

# EL ESPÍRITU SANTO EN LA BIBLIA y en nuestra vida

**P. Hugo Estrada, s. d. b.**



# **El Espíritu Santo en la Biblia y en nuestra vida**

**P. Hugo Estrada**

## Indice

El Espíritu Santo en la Biblia y en nuestra vida

Introducción

### 1. EL ESPÍRITU SANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Hombres del Espíritu

Los Profetas

El profeta Joel

El profeta Isaías

Ezequiel

Será para todos

### 2. EL ESPÍRITU SANTO EN LOS SINÓPTICOS

La concepción de Jesús

El Bautismo de Jesús y el nuestro

Llevado a la tentación

La primera prédica

El mejor regalo

### 3. EL ESPÍRITU SANTO EN EL EVANGELIO DE SAN JUAN

Dos Personajes

Los ríos de Agua Viva

El Paráclito

La obra de enseñanza del Espíritu Santo

La entrega del Espíritu

Una experiencia en nuestra vida

#### 4. EL ESPÍRITU SANTO EN EL PENSAMIENTO DE JESÚS

Un Paráclito

El mundo no lo puede recibir

No los dejaré huérfanos

El ministerio de enseñanza

El testimonio

El que convence

Toda la verdad

También lo que ha de venir

Todo muy bonito pero...

#### 5. EL ESPÍRITU SANTO EN EL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

El viento y el fuego

Las condiciones

Nuevas efusiones del Espíritu Santo

Prisioneros del Espíritu

La Iglesia en Concilio

Nuevo Pentecostés

#### 6. EL ESPÍRITU SANTO EN LAS CARTAS DE SAN PABLO

Templos del Espíritu Santo

El Espíritu Santo entristecido

El concepto de Dios Padre

Maestro de oración

No una teoría, sino una experiencia

Nuestro dilema

## 7. LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

¿Qué es un Carisma?

Son regalos de Dios

No son «algo raro»...

Todavía hay desconfianza

¿Carismas = Santidad?

Saber discernir

## 8. EL FRUTO DEL ESPÍRITU

Cómo lograr el fruto del Espíritu

No estorbar la obra del Espíritu

Permanecer unidos a Jesús

Sed de las cosas de Dios

Sólo dos caminos

## 9. LLENOS DEL ESPÍRITU SANTO

Lo que obra en nosotros

¿Cómo hacer?

Liberados por el Espíritu Santo

## 10. CÓMO NOS GUÍA EL ESPÍRITU SANTO

La Biblia

El hombre espiritual

Los signos de los tiempos

Madre y Maestra

Los Instrumentos

Ven, Espíritu Santo

## 11. EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIRGEN MARÍA

La Anunciación

Una visita memorable

En el templo

Tres regalos

María en Pentecostés

Los carismas en la Virgen

La que mejor se dejó conducir por el Espíritu

Vida abundante

## 12. NUESTRO PENTECOSTÉS PERSONAL

Algo más

El Bautismo en el Espíritu Santo

Cómo recibir el Bautismo en el Espíritu Santo

Quédense en Jerusalén

Hay que tener sed

### 13. NUESTRO CAMINAR EN EL ESPÍRITU

La paloma

El fuego

El viento

El agua

El proceso de encuentro

El nuevo corazón

### 14. EL ESPIRITU SANTO EN LA NUEVA EVANGELIZACION

La evangelización de Jesús

El evangelizador, otro Jesús

La Iglesia primitiva

La fidelidad de Felipe

La fidelidad de Pedro

Pablo, el Evangelizador

No vayan sin el poder...

Primero, el parecer del Espíritu Santo

### 15. LA UNCIÓN DEL ESPIRITU SANTO

La primera unción

Como obtener la unción del Espíritu

Morir al yo

Orar sin cesar

Perdida de la unción

La doble porción

P. Hugo Estrada

El Espíritu Santo en la Biblia y en nuestra vida

## Sobre el libro

EL ESPIRITU SANTO EN LA BIBLIA Y EN NUESTRA VIDA.  
El autor mismo, en la introducción, nos dice cuál ha sido el móvil que lo llevó a escribir este libro:

“Durante años, con gozo he podido constatar, cómo tantísimas personas, al llegar a tener una ‘experiencia’ del Espíritu, han dado un viraje total en sus vidas. Los he visto ‘crecer’ espiritualmente en una manera inexplicable. También, con alegría, no dejo de apreciar el viento fuerte de Pentecostés que ha abierto violentamente las ventanas de nuestra Iglesia, para rejuvenecerla y llenarla de la vitalidad propia de la invasión del Espíritu.

Mi ideal, al escribir este libro sobre el Espíritu Santo, ha sido ‘vulgarizar’ lo que se ha dicho acerca del Espíritu Santo en la Biblia y en nuestra vida. Más que un estudio, mi libro es una prédica sobre el Espíritu Santo”.

## Sobre el autor

EL PADRE HUGO ESTRADA, s.d.b., es un sacerdote salesiano, egresado del Instituto Teológico Salesiano de Guatemala. Obtuvo el título de Licenciado en Letras en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Tiene programas por radio y televisión. Durante 18 años dirigió la revista internacional “Boletín Salesiano”.

Ha publicado 46 obras de tema religioso, cuyos títulos aparecen en la solapa de este libro. Además de las obras de tema religioso, ha editado varias obras literarias: “Veneno tropical” (narrativa), “Asimetría del alma” (poesía), “La poesía de Rafael Arévalo Martínez” (crítica literaria), “Ya somos una gran ciudad” (poesía), “Por el ojo de la cerradura” (cuentos), “Selección de mis poesías” y “Selección de mis cuentos”.

# Introducción

Cuando era niño, escuchaba a los predicadores que, como escandalizados, narraban la escena en que San Pablo llega a Efeso y se encuentra con un grupo de «cristianos» en cuyas vidas no se evidenciaba la experiencia del Espíritu Santo. Ahora como sacerdote, después de muchos años de predicación, también, yo me escandalizo al oír hablar a muchos del Espíritu Santo como de algo «lejano», «abstracto», y no como de una gozosa «experiencia» en sus vidas.

Existen muchos y valiosos libros sobre el Espíritu Santo. Lastimosamente muchos de esos libros están escritos por «expertos», cuyo tecnicismo teológico impide que nuestro pueblo pueda gustar de la enseñanza -tan necesaria- acerca del Espíritu Santo.

Durante muchos años, con gozo, he podido constatar, cómo tantísimas personas, al llegar a tener una «experiencia» del Espíritu, han dado un viraje total en sus vidas. Los he visto «crecer» espiritualmente en una manera inexplicable. También, con alegría, no dejo de apreciar el «viento fuerte» que sopla en nuestra Iglesia, rejuveneciéndola y llenándola de la vitalidad propia del Espíritu Santo.

Mi ideal, al escribir este libro, ha sido «vulgarizar» lo que se ha dicho acerca del Espíritu Santo en la Biblia. Más que un estudio, mi libro es una “predica” sobre el Espíritu Santo.

Tengo la ilusión de que muchas personas, al leer mi libro, puedan conocer y apreciar mejor ese REGALO inapreciable del Paráclito, del Ayudador, del Abogado, que Jesús prometió en la Última Cena, y que entregó a su Iglesia el día de Pentecostés.

Que el Espíritu Santo, ilumine a las personas que se van a acercar a mi libro, para que con su luz puedan ser conducidas a Jesús, que es el único camino que nos conduce hacia el Padre.

Ruego también a la «Llena de Gracia», la que mejor se dejó «conducir» por el Espíritu Santo, que nos acompañe con su oración maternal para que nos dejemos, también nosotros, «controlar» por el Espíritu Santo, y, como Ella, en todo momento, podamos decir: «HAGASE EN MI SEGUN TU PALABRA».

P. Hugo Estrada, s.d.b.

# 1. EL ESPÍRITU SANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Para comprender mejor lo que el Nuevo Testamento dice acerca del Espíritu Santo es necesario ver cómo lo presenta el Antiguo Testamento. Más o menos unas cien veces se habla del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento. Solamente TRES VECES se le menciona con el nombre de Espíritu Santo. Por lo general se le llama Espíritu de Yahveh, Espíritu de Dios.

En hebreo, la palabra espíritu se traduce también como ALIENTO y como VIENTO. Y es muy expresiva esta manera de llamar al Espíritu Santo. Los israelitas conocían muy bien la fuerza del viento del desierto, las tempestades de arena. Para ellos el Espíritu Santo era la FUERZA de Dios que daba vida y transformaba al individuo. Con frecuencia se emplea la expresión «cayó el poder de Dios sobre él», para señalar la manifestación del Espíritu Santo en un individuo. Ese poder se manifiesta en los individuos cuando son seleccionados para una «misión especial». Entonces «cae» sobre ellos el poder del Espíritu Santo y los equipa para el ministerio que les ha sido encomendado. Para los escritores del Antiguo Testamento el Espíritu Santo es la manifestación de Dios en las personas que cumplen su propósito.

## Hombres del Espíritu

Desde los primeros versículos de la Biblia se hace referencia al Espíritu Santo. Se le presenta moviéndose sobre la inmensidad de las aguas (Gn 1, 2). Luego se va manifestando en varios individuos que tienen una misión de Dios que cumplir. La Biblia es la historia de hombres llenos del Espíritu por medio de los cuales Dios le habla a la humanidad.

José tiene el carisma de interpretar los sueños. El mismo Faraón se da cuenta de eso y dice: «¿Acaso hallaremos otro hombre como éste, en quien está el espíritu de Dios ?» (Gn 41, 38).

El Señor prometió que llenaría de su Espíritu a dos artistas: a Besaleel y Aholiab, para que dirigieran la construcción del TABERNACULO, en donde se manifestaría a su pueblo (Ex 31, 2-3).

A Moisés se le exhibe en un momento en que se siente desfallecido y desanimado por el peso del pueblo, que lleva sobre sus espaldas. El Señor le indicó que escogiera a 70 ancianos y los llevara ante el Tabernáculo; allí El se manifestaría a ellos. En esta ocasión sucedió que Eldad y Medad no estaban dentro de ese grupo escogido. También ellos recibieron la fuerza del Espíritu, y comenzaron a profetizar. Josué, el ayudante de Moisés, vio con malos ojos a ese grupo de profetas, y acudió a Moisés para que les prohibiera profetizar. Muy acertada la respuesta de Moisés: «Ojalá que todo el pueblo de Yahveh fuera profeta, y que Yahveh pusiera su Espíritu sobre ellos» (Nm 11, 29).

En la mentalidad de Moisés, el Espíritu de Dios no estaba encadenado a determinado grupo y circunstancia. Esta es una visión muy amplia que nos ayuda a vivir un sano ecumenismo, y a no creernos con el «monopolio» del Espíritu Santo, que se puede manifestar en donde bien le parezca.

El caso del profeta Balaam es muy desconcertante. Era un profeta falso; solamente le interesaba el dinero. Un rey pagano lo manda a llamar para que maldiga al pueblo de Israel; Balaam

experimenta el insólito caso de que en lugar de proferir maldiciones, el Espíritu del Señor «se apodera» de él, y termina bendiciendo al pueblo de Israel (Nm 24, 2). Fue despedido por el rey pagano que lo había llamado. El profeta no pudo contra el Espíritu del Señor.

A Josué el mismo Dios lo señala como hombre que tiene el Espíritu del Señor, y le ordena a Moisés que le imponga las manos para que se vea confirmada esa presencia del Espíritu ante el pueblo (Nm 27, 18). En Josué la presencia del Espíritu no se da a conocer con signos carismáticos visibles; en él el Espíritu se manifiesta serenamente.

A Débora Dios le concede el don de DISCERNIMIENTO. Ella se sentaba bajo una palmera (Jc 4, 4). La gente acudía para recibir consejo. San Pedro la conceptúa como profetiza movida por el Espíritu Santo (2P 1, 21).

Cuando la Biblia se refiere a Gedeón, emplea una expresión sumamente significativa. Gedeón es llamado por Dios para ser líder del pueblo. Después que Gedeón ha obedecido a varios mandatos muy comprometedores de parte de Dios, entonces recibe el poder del Espíritu.

Dice la Biblia: «El Espíritu se REVISTIO de Gedeón». Es interesantísimo. No es Gedeón el que se reviste del Espíritu, sino el Espíritu el que se reviste de Gedeón (Jc 6, 34). Cuando el Espíritu Santo usa a un individuo es como que estuviera «escondido» detrás de esa persona, Dios se «esconde» en nosotros para llevar bendición a otras personas, cuando aceptamos ser dirigidos por El.

En Sansón el Espíritu Santo comienza a manifestarse paulatinamente por medio de actos de fuerza hasta que es colocado como líder del pueblo. Se ha dado, a veces demasiada importancia al pelo de Sansón como relacionado con su fuerza. La verdad es que Sansón llevaba el pelo largo como un

NAZAREO, es decir, como un «consagrado». Su consagración a Dios era lo que le daba esa fuerza del Espíritu de Dios.

En Sansón apreciamos lo que es un CARISMA mal orientado. Un carisma es una «aptitud natural liberada por el Espíritu Santo y puesta al servicio de la comunidad (H. Mühlen). Sansón comienza a emplear su carisma, no para el servicio de su pueblo, sino para sus amoríos y desviaciones. Hay un momento impresionante en que la Biblia apunta: «El Señor lo había abandonado» (Jc 16, 20). El Señor lo privó de la fuerza de su Espíritu Santo.

En ese momento la mujer, Dalila, le había cortado su cabellera. Lo había inducido a profanar su «consagración» a Dios. Sansón comienza entonces a ser juguete de sus enemigos que le sacan los ojos.

En el caso de Sansón impacta observar cómo el Espíritu -la fuerza de Dios- vuelve a él cuando durante su desgracia se arrepiente. Sansón va a morir en un acto heroico en favor de su pueblo, Dios nos perdona cuando nos arrepentimos. Y puede reavivar los carismas que una vez pudimos «apagar» por nuestros pecados.

Saúl inicia su presentación en la Biblia como alguien insignificante que anda buscando unas burritas. Cuando es ungido por el profeta Samuel, comienza a profetizar, y Dios le cambia el corazón, (1S 10, 9).

Saúl, también, comienza a desobedecer, una y otra vez, a Dios hasta llegar al colmo de consultar a una mujer espiritista. La Biblia apunta: «El Espíritu del Señor se apartó de Saúl» (1S 16, 14).

Saúl todavía va a tener un momento muy fuerte de gracia. El día que llega a la casa de Samuel para matar a David, el Espíritu de Dios se apodera de él y comienza a profetizar. Sin embargo, Saúl resiste al Espíritu Santo. En él no se aprecia arrepentimiento.

Lo característico en el caso de Saúl es que cuando el Espíritu Santo lo abandona inmediatamente comienza a perturbarlo un «mal espíritu» que lo lleva a la obsesión, a la neurosis. Se intuye

claramente que la Biblia nos sugiere que, como Saúl, o estamos dirigidos por el Espíritu de Dios y hay bendición en nuestra vida, o estamos alejados del Espíritu Santo y entonces estamos a merced de fuerzas maléficas, porque nos falta la bendición de Dios. Este es el dilema en nuestra vida.

El Señor le ordenó al profeta Samuel que consagrara como rey a David. El profeta derramó un frasco de aceite sobre el jovencito David. La Biblia dice: «A partir de aquel momento, el espíritu del Señor se apoderó de David» (1S 16, 13).

La ceremonia, que realizó Samuel con David fue la misma que había empleado para consagrar a Saúl. En Saúl hubo manifestaciones visibles de tipo carismático; en David no se dieron estas manifestaciones en esta ceremonia. El Espíritu Santo no dispone de un «único patrón» para llegar a las personas. Es por eso fuera de lugar pretender que en todos se den las mismas manifestaciones carismáticas para poder afirmar que allí se ha hecho presente el Espíritu Santo.

El Salmo 51 refleja algunas experiencias de David con respecto al Espíritu Santo. En su plegaria de arrepentimiento David expresó: «No me quites tu Santo Espíritu» (Sal 51 , 11). David conocía lo que era «apagar el fuego del Espíritu Santo» por medio del pecado. Por eso suplicaba que eso no volviera a suceder en su vida. También David le rogaba a Dios: «Renueva en mí un espíritu firme». Su ruego consistía en pedirle a Dios que le devolviera la «experiencia» de su Espíritu Santo, que había perdido por el pecado. Algo parecido expresa David en el salmo 139, donde dice: «¿A dónde iré lejos de tu Espíritu?» (Sal 139, 7). Por eso pide: «Que tu buen Espíritu me guíe por un terreno llano» (Sal 143, 10). La súplica de David expone su temor de ir por los caminos tortuosos del pecado por los que ya había pasado.

# Los Profetas

Al profeta Elías la Biblia lo describe como un hombre lleno del Espíritu Santo. Tanto es así que cuando está por desaparecer, su discípulo, el profeta Eliseo, le pide que le conceda «una doble porción del Espíritu que él tiene» (2R 2, 9). Se le concede su petición. Más tarde, todos van a admitir que el espíritu que reposaba en Elías estaba también en el profeta Eliseo (2R 1,5). En el Antiguo Testamento, el profeta es el mensajero por excelencia de Dios. La profecía es la señal evidente de Dios en el individuo. Entre los profetas hay conceptos muy bellos, acerca del Espíritu Santo.

## El profeta Joel

Seguramente el profeta Joel no comprendió el largo alcance de la profecía que el Señor le inspiró. En su capítulo segundo, Joel escribió.. «Derramaré mi espíritu sobre toda la humanidad; los hijos e hijas de ustedes hablarán de mi parte, los viejos tendrán sueños y los jóvenes visiones. También sobre mis siervos y siervas derramaré mi espíritu» (Joel 2, 28-29).

Entre los judíos se le daba importancia a los ancianos como portadores de sabiduría. Pero de pronto aquí el profeta anuncia que hasta los niños y los jóvenes van a tener experiencia del Espíritu Santo. Lo más desconcertante es que anuncia que el Espíritu del Señor va a ser derramado también sobre «los esclavos y esclavas». Nunca se le hubiera ocurrido a un dirigente religioso que el Espíritu Santo se iba a manifestar en un esclavo. Los esclavos eran despreciados. El amo era dueño de vida y

muerte. Tanto es así, que ellos interpretaron este pasaje como que Dios se refería a los “siervos y siervas de Dios”.

El tiempo se encargó de revelar el alcance de la profecía. Con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, se comprendió que el Espíritu Santo en la nueva era, se concedería a toda clase de personas; también a los niños y a los esclavos.

## **El profeta Isaías**

A Isaías se debe que, en nuestra Iglesia, se hable de los “siete” dones del Espíritu Santo. Fue Isaías quien anunció al Mesías como el portador de siete dones. En el texto (Is 11, 2) se repite dos veces «temor de Dios». Una de esas veces, la Vulgata traduce: “Piedad” en vez de “temor de Dios”. El número siete, en la Biblia, indica plenitud, abundancia. Por eso al referirnos a los siete dones del Espíritu Santo, al mismo tiempo que recordamos a Isaías, hacemos hincapié en la abundancia de los dones del Espíritu Santo.

También el profeta Isaías va a profetizar a Jesús como el que tiene el Espíritu Santo. En su capítulo 42 dice: «He puesto en él mi espíritu para que traiga la justicia a todas las naciones» (Is 42, 1). Cuando Jesús se presentó por primera vez en la sinagoga de Nazaret empleó la profecía con que Isaías lo había anunciado, y dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha enviado a dar buenas noticias a los pobres, a aliviar a los afligidos, a anunciar libertad a los presos, libertad a los que están en la cárcel: a anunciar el año favorable del Señor» (Is 61,1).

## **Ezequiel**

Es el profeta que tiene más alusiones al Espíritu del Señor, por medio de experiencias carismáticas. En primer lugar, el Espíritu entra en él y lo hace estar en pie para que escuche el mensaje (2, 2); luego lo hace permanecer en su casa y le priva del habla; solamente puede hablar cuando el Espíritu lo impulsa; así el pueblo se dará cuenta de que es un verdadero profeta de Dios. Ezequiel tiene varias visiones; en una de ellas, el Espíritu lo toma por el cabello y lo lleva a una experiencia mística (Ez 8, 3).

Una visión famosa es la del valle de los huesos secos. Ve un sinnúmero de huesos secos. El Señor les infunde su aliento, y aquellos huesos cobran vida. Las palabras del Señor son: “Infundiré mi espíritu en ustedes y vivirán” (Ez 37, 14 B.J.).

Tal vez otra referencia en relación con el Espíritu Santo, según algunos comentaristas, sea la visión del agua que sale de un costado del templo y se introduce en el Mar Muerto, lo purifica y hace que broten árboles frutales en sus orillas. El agua, en la Biblia, con frecuencia, es símbolo del Espíritu Santo (Ez 47, 1-12).

## **Será para todos**

Todo el Antiguo Testamento habla del Espíritu Santo como la FUERZA poderosa de Dios que cae sobre los individuos y los equipa para cumplir un determinado encargo en la comunidad.

Lo característico del Antiguo Testamento es que ese poder “cae” solamente sobre determinados individuos que han sido seleccionados para una misión en la comunidad. Pero ya, en el

mismo Antiguo Testamento estaba vaticinada la época del Espíritu en que se manifestaría en toda la humanidad, también en los niños y en los esclavos.

Todo el Antiguo Testamento estaba preanunciando la dichosa época que estamos viviendo. El Espíritu Santo, como lo prometió Jesús en la última cena, es el AYUDADOR que se queda para siempre en la Iglesia y la va conduciendo a toda la verdad. En la actualidad, estamos viviendo la época del Espíritu Santo que había anunciado el Antiguo Testamento.

## **2. EL ESPÍRITU SANTO EN LOS SINÓPTICOS**

Llamamos evangelios “sinópticos” a los que fueron escritos por Mateo, Lucas y Marcos. Se les llama sinópticos por la « semejanza » que presentan en sus respectivos relatos con respecto a la vida de Jesús.

En Mateo y Marcos encontramos pocas referencias al Espíritu Santo; Lucas, en cambio, como que goza al mencionar muchas veces al Espíritu Santo.

En los evangelios sinópticos, de manera especial, se realiza la acción del Espíritu Santo en Jesús y en algunas personas que lo rodean. Hay muy poca doctrina de Jesús acerca del Espíritu Santo. La enseñanza amplia acerca del Espíritu Santo se concentra en el Evangelio de San Juan y en las cartas de San Pablo.

### **La concepción de Jesús**

Tanto Mateo como Lucas, con toda claridad, exponen que la concepción de Jesús fue de manera virginal, por obra del Espíritu Santo. Un ángel se aparece a María y le comunica, de parte de Dios, que tendrá un hijo. Ella pide explicaciones, ya que no está conviviendo con ningún varón. El ángel le aclara: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su

sombra; el santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35). María no llegó a comprender todo el sentido de lo que el ángel trataba de exponerle, pero Ella amaba de todo corazón a Dios, y, por eso mismo, no insistió en pedir más explicaciones; simplemente dijo: “HAGASE”. Quería decir que aceptaba el plan de Dios, aunque no supiera cómo se realizaría.

Cuando María pronuncia su HAGASE, el Espíritu Santo invade todo su ser. Se convierte en una persona «llena del Espíritu Santo». Es el «Pentecostés adelantado» de la Virgen María. Desde el momento que María dijo sí, Jesús comenzó a ser gestado en su seno, hasta que pudo entregarlo al mundo.

María tuvo que decir HAGASE, antes de que el Espíritu invadiera su vida, y Jesús naciera de ella.

Misión del Espíritu Santo es “glorificar a Jesús”. “El me glorificará”, afirmó Jesús, cuando prometió que enviaría al Espíritu Santo (Jn 16, 14). El Espíritu Santo hace que Jesús se vaya «formando» en la persona, que vaya naciendo en ella cada vez más; pero antes, como María, la persona debe decir.. «HAGASE». Debe permitirle al Espíritu que actúe plenamente en su alma.

Cuando María , dijo. «Hágase», renunció a sus propios planes y se expuso a “hacer el ridículo” ante sus familiares y vecinos, como una madre soltera. Ella “se fió de Dios”, y por eso dijo: “HAGASE”.

Cuando una persona se deja controlar por el Espíritu Santo, renuncia a sus propios planes para ponerse al servicio de Dios. En ese momento el Espíritu Santo logra que Jesús no sea un simple conocimiento de tipo intelectual para las personas, sino una «experiencia». Jesús comienza a ser gestado en la vida interior.

Las personas que se dejan “controlar” por el Espíritu son las que están mejor dispuestas para recibir a Jesús, para reconocerlo en todas partes. A Simeón y a Ana, la Biblia los muestra como «llenos del Espíritu Santo». Simeón no vio nada de especial en

aquella familia que llegaba a presentar a su Niño al templo; sin embargo, el Espíritu impulsó al anciano Simeón para que en el Niño de José y de María descubriera al Mesías. La profetiza Ana también fue llevada por el Espíritu para que se hiciera presente en el templo, precisamente en el momento en que, por primera vez, Jesús era introducido en ese lugar santo.

Juan Bautista, hombre dirigido por el Espíritu Santo, al punto, descubrió que aquel individuo que, pedía ser bautizado, era Jesús, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Isabel, mujer «llena del Espíritu Santo», inmediatamente llama a María «Madre de mi Señor»: reconoce a su «Señor» en el seno de María. El sacerdote Zacarías, cuando recibe el anuncio de que su anciana esposa, Isabel, va a tener un hijo no lo cree; por eso queda «mudo». Cuando nace su hijo -Juan Bautista-, acepta la intervención milagrosa de Dios y se da cuenta de que su hijo está llamado a ser el precursor del Mesías. Si antes había quedado “mudo” por no dejarse guiar por el Espíritu, ahora «lleno del Espíritu Santo», comienza a cantar proféticamente.

Cuando en nuestra vida nos dejamos invadir por el Espíritu Santo, El inicia su obra de “glorificar a Jesús”; entonces Jesús deja de ser un dato de tipo histórico para convertirse en la «experiencia de Jesús», es decir, en el verdadero nacimiento de Jesús, en nuestra existencia.

María ha quedado llena del Espíritu Santo, al aceptar ser la principal colaboradora de Jesús en la obra de salvación. Ahora Dios la comienza a usar como «signo de bendición». Su prima Isabel queda llena del Espíritu Santo, al no más escuchar la voz de María. Es porque María es portadora de Dios en su seno. María capta perfectamente, en ese momento, que Dios la “usará” como instrumento de bendición para muchos. Por eso, proféticamente, exclama: «Me llamarán bienaventurada -dichosa- todas las generaciones» (Lc 1, 48).

Una persona que le permite al Espíritu Santo invadir su vida, es una persona que Dios «usa» como instrumento de bendición,

para muchos. Simeón se convierte en profeta que anuncia que Jesús será «signo de contradicción», bendición para unos y maldición para otros (Lc 2, 35). Zacarías también anuncia que su hijo tiene el encargo de prepararle el camino al Mesías. Isabel es la primera que descubre, en el seno de María, a su «Señor». Juan Bautista es escogido para “limpiar” los caminos por los que pasará Jesús.

Toda persona que se pone a la disposición de Dios, por medio del Espíritu Santo, se convierte en instrumento de bendición; Dios la empleará para que sea su profeta, para que lleve consolación, curación, servicio. El santo, como María, deja actuar dentro de sí al Espíritu Santo y, por eso, es signo de bendición para todos los que gozan de su presencia.

## **El Bautismo de Jesús y el nuestro**

Para Jesús el momento de su Bautismo fue la indicación clara, de parte del Padre, de que ya era la hora de iniciar su ministerio de predicación y liberación, Jesús escuchó la voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado, a quien he elegido» (Lc 3, 22).

El Evangelio dice que el Espíritu Santo se manifestó visiblemente en forma de paloma, que se posó sobre la cabeza del Señor. Entre los rabinos -los maestros religiosos del pueblo judío- era normal hablar del Espíritu de Dios como de una paloma, ya que en el segundo versículo del Génesis se afirma que en el principio del mundo el Espíritu, como un ave, flotaba sobre las aguas.

En nuestro bautismo esencialmente se nos concedió la gracia de ser «adoptados» como HIJOS DE DIOS. Sobre nuestra cabeza también resonó ese día la voz de Dios: «Tú eres mi hijo elegido».

Desde ese momento el Espíritu Santo comenzó a habitar dentro de nosotros como manifestación de Dios en nuestra vida, Desde ese momento, el Espíritu Santo inició dentro de nosotros su obra salvadora para que podamos encontrar a Dios como Padre y le podamos decir.. “Abba, Padre”.

Desde el día de su bautismo, Jesús quedó «equipado», con la plenitud del Espíritu Santo para llevar la Buena Noticia y para romper toda cadena de opresión -su misión salvadora-. El día de nuestro bautismo se nos equipó también a nosotros para que fuéramos como otros «Jesús», en medio del mundo, llevando el Evangelio y rompiendo toda clase de cadenas que oprimen, física y espiritualmente, a los hijos de Dios.

## **Llevado a la tentación**

Es impresionante lo que dice San Mateo: «Jesús fue empujado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4, 1). Se afirma expresamente que el Espíritu Santo es el que empuja a Jesús para ser «tentado». Ciertamente la Biblia no está afirmando que el Espíritu Santo “indujo” a caer en la tentación a Jesús. Solamente se dice que Jesús fue “empujado” para enfrentarse con la tentación. Jesús tuvo que derrotar al espíritu del mal que lo quería inducir a llevar a cabo su misión de una manera triunfalista, y no por el camino de la cruz.

Es muy de tomarse en cuenta la manera cómo Jesús vence la tentación. Es por medio de tres frases de la Biblia. O sea, es con la “espada del Espíritu Santo” -así llama la carta a los efesios a la Palabra de Dios-. Es el mismo Espíritu Santo quien sugiere a Jesús la manera adecuada de enfrentarse contra el mal.

También a nosotros, en determinadas circunstancias, el Espíritu Santo nos “empuja” hacia el enfrentamiento con el espíritu del mal. Será una prueba, una tentación propiamente dicha. Así como el papá “presiona” a su hijo para ir al quirófano para que sea sometido a una operación y pueda salvar su vida, así el Espíritu Santo nos conduce a la prueba, para ser purificados. Hay algo bueno que El quiere para nosotros; pero antes se debe pasar por el bautismo de fuego.

Viendo, retrospectivamente, podríamos evaluar muchos acontecimientos de nuestra vida pasada; en aquel entonces hasta pensamos que Dios nos «abandonaba» o nos «castigaba». Ahora comprendemos que no se trata de “castigo” ni de “abandono”; ahora llegamos a captar que esos momentos difíciles fueron las mayores «bendiciones» que Dios nos regaló. Era el Espíritu Santo que nos empujaba para que pudiéramos enfrentarnos con el fuego de la tentación de la prueba, y saliéramos de allí más fortalecidos y santificados.

Cuando el Espíritu Santo nos «empuja» hacia el enfrentamiento con el mal, no nos envía desarmados; nos proporciona “su espada”, la Palabra, que él mismo inspiró en la Biblia. Con ella no podemos ser derrotados.

A Pablo, contra el parecer de la comunidad, el Espíritu Santo lo llevó a Jerusalén en donde le esperaban cárcel y sufrimiento. En el plan de Dios, Pablo debía ser uno de los gloriosos mártires de la Iglesia para testimonio en bien de toda la Iglesia.

Renegar en el momento de la prueba, es desconocer la acción del Espíritu Santo e impedir su obra santificadora en nosotros.

## **La primera prédica**

Jesús contaba treinta años; por primera vez se presentó para predicar en la Sinagoga. Comenzó aplicándose las palabras que el profeta Isaías había vaticinado con respecto al Mesías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado para anunciar la libertad a los presos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos» (Lc 4, 18). Jesús puntualiza que su obra de predicación y liberación en favor de los oprimidos -sus milagros- son por el poder del Espíritu Santo.

La verdadera predicación del Evangelio no tiene su fundamento en las cualidades retóricas del orador, sino en el poder del Espíritu Santo, que es el único que puede tocar, los corazones. Apolos era un orador de primera categoría y de una cultura excelente; los piadosos laicos Aquila y Priscila intuyeron que le faltaba más «espiritualidad», por eso lo tomaron por su cuenta y lo ayudaron a dejarse conducir por el Espíritu Santo. Aquel hombre, entonces, se volvió un poderoso «evangelizador» (Hch 18, 24-26).

Pablo, cuando fue a predicar a los corintios, tomó muy en cuenta que sin la ayuda del Espíritu Santo, él no podría tener ningún éxito, y por eso, en su predicación, le dio el primer lugar, no a sus cualidades oratorias, sino al Espíritu del Señor. De aquí que Pablo pudo escribirles a los corintios: «Cuando les hablé y les prediqué el mensaje, no usé palabras sabias para convencerlos. Los convencí por medio del Espíritu y del poder de Dios» (1Co 2, 4).

Lo primero que Jesús hizo, al ir a predicar, es darle el lugar que le correspondía al Espíritu Santo. Nuestra predicación, nuestra exhortación al hermano, al hijo, no pueden tener ningún impacto espiritual si no van avaladas por el poder del Espíritu Santo, que es el encargado de llegar a las profundidades de la subconciencia.

San Lucas hace constar que cuando Jesús inicia su misión «liberadora» en favor de los oprimidos, va «lleno del Espíritu Santo» (Lc 4, 14). Los milagros de Jesús con los que rompe cadenas materiales y psicológicas, son obrados con el poder del Espíritu Santo. Todo trabajo en favor de los necesitados, si no está respaldado por el poder del Espíritu Santo, se puede quedar en simple «activismo» o en “filantropía”, que pueden hacer el bien, pero que no tocan el corazón para convertirlo a Dios.

Los fariseos, ante la evidencia del poder del Espíritu Santo, manifestado en las obras maravillosas de Jesús, no tuvieron otra salida que decir que los milagros de Jesús eran por obra «del diablo». A esto Jesús lo llamó «el pecado contra el Espíritu Santo», que consiste en ver el poder de Dios y cerrar el corazón, y afirmar que se trata del poder del diablo.

Jesús asegura que esta «blasfemia contra el Espíritu Santo» no será perdonada (Lc 12, 10). Algunas personas se afligen pensando si acaso ellas no han incurrido en ese «pecado contra el Espíritu Santo». Los maestros espirituales aseguran que desde el momento que la persona se aflige, con respecto a este pecado, es señal más que segura que no tiene su corazón cerrado, sino abierto a la acción de Dios, y que, por lo tanto, no ha incurrido en el pecado contra el Espíritu Santo.

Este pecado “no se perdona” no porque Dios no quiera perdonarlo, sino porque el individuo ha endurecido tanto su corazón que la acción del Espíritu Santo ya no logra “convencer” ese corazón para que le abra la puerta y entre la salvación.

## **El mejor regalo**

San Lucas remarca el hecho de que Dios Padre se complace en dar regalos a sus hijos; pero que el don más grande que les puede obsequiar es el mismo Espíritu Santo.

Preciosamente hace reflexionar en el hecho de que un padre de la tierra no es capaz de darle a su hijo una «culebra cuando le pide un pescado». La comparación es de gran “impresionismo”, precisamente para impactar. Si los padres de la tierra, con todos sus defectos, saben responder positivamente a sus hijos, con mayor razón, dice Jesús, el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan. De aquí que hay que ser insistentes en pedir el Espíritu Santo, que es el don más grande que Dios nos concede (Lc 11, 11-12).

En el pensamiento de Jesús, la oración conduce a la «experiencia» profunda del Espíritu Santo, lo mejor que Dios nos puede entregar. Si unimos lo que dice San Lucas y lo que dice San Mateo, colegimos que Jesús, después de su bautismo, sale del río y está orando cuando recibe el Espíritu Santo.

En el Cenáculo están en oración 120 discípulos que reciben el Espíritu Santo. El capítulo cuarto de Hechos nos muestra a una comunidad fervorosa en oración que es inundada con la presencia del Espíritu, que hace temblar el lugar. En la casa del centurión Cornelio todos están en oración cuando reciben la efusión del Espíritu. Pablo y Bernabé, en compañía de su comunidad, están orando, cuando reciben el mandato de Dios de enviar como misioneros a Pablo y a Bernabé. Por eso Jesús nos anticipó que donde dos o tres estuvieran reunidos en su nombre, allí se manifestaría su presencia (Mt 18, 19-20). La nueva forma de manifestarse Jesús, después de su ascensión, es por medio del Ayudador, del Espíritu Santo (Jn 16, 17).

El resultado de toda oración fervorosa es el don del Espíritu, el mejor regalo que Dios Padre envía a sus hijos por medio del Espíritu que Jesús prometió.

En los evangelios sinópticos, se señala la acción del Espíritu Santo en la vida de Jesús y de varias de las personas que lo rodean. En nuestra vida, el Espíritu Santo se nos regala en nuestro bautismo; nos acompaña en el momento de la prueba y nos capacita para que, como Jesús, nos presentemos ante el mundo como «ungidos» para llevar la Buena Noticia -el Evangelio- y para que prosigamos la obra en favor de los que necesitan toda clase de liberación, ya sea de tipo material o espiritual.

### **3. EL ESPÍRITU SANTO EN EL EVANGELIO DE SAN JUAN**

El Evangelio de San Juan proporciona más detalles acerca del Espíritu Santo y de su obra que los otros tres evangelios. Lo singular en el Evangelio de San Juan es que el Espíritu Santo no se le muestra como algo «abstracto», sino como una «experiencia» en la vida del individuo.

Nada más alejado del pensamiento evangélico que hablar del Espíritu Santo como algo teórico, intelectual. El Espíritu Santo es esencialmente el poder de Dios que se trasluce en la vida de las personas llenas del Espíritu Santo.

#### **Dos Personajes**

Cuando Nicodemo -hombre muy religioso e instruido- va a visitar, de noche, a Jesús, se encuentra con la sorpresa de que Jesús le dice que para entrar en el Reino de los cielos tiene que «nacer de nuevo del agua del Espíritu». Para que Nicodemo tenga una idea acerca de lo que es el Espíritu Santo, Jesús lo compara al VIENTO. «El viento sopla donde quiere y tú lo oyes -decía Jesús-; pero no sabes de dónde viene ni a donde va. Así le sucede al que ha nacido del Espíritu» (Jn 3,6-8). El Espíritu Santo no está encasillado en una manera peculiar de obrar; es misterioso como el viento. El Espíritu Santo es «experiencia» en

el individuo. No se le logra definir, pero se sabe que está actuando en determinado individuo.

A la mujer samaritana, junto al pozo, Jesús también le indicó algo parecido. Le enseñó que la vida nueva, que El regalaba, era como «torrente de agua de vida eterna» (Jn 4, 14). El agua, en el Evangelio de Juan, indica la vida en el Espíritu. Esto se explica mejor en el capítulo séptimo de San Juan, donde Jesús habla del Espíritu Santo como de «ríos de agua viva que brotan en el interior de los que creen» (Jn 7, 38).

También aquí Jesús especifica que el Espíritu Santo se manifiesta en la «experiencia» de los individuos que son llenados por el Espíritu Santo.

## **Los ríos de Agua Viva**

En la fiesta de los Tabernáculos, la gente construía chozas con palmeras; vivían allí durante algunos días para recordar su peregrinación a través del desierto. Al concluir la fiesta, el sacerdote llevaba un cántaro de oro con agua y lo volcaba en la escalinata del templo. Era para recordar el agua que había manado de la roca.

Jesús se aprovechó del gentío, que había acudido para la fiesta, y empezó a gritar: «Si alguien tiene sed, venga y beba. Como dice la escritura, del corazón del que cree en mí brotarán ríos de agua viva. Jesús quería decir que los que creyeran en El recibirán en Espíritu; y es que el Espíritu Santo todavía no había venido, porque Jesús no había sido glorificado» (Jn 7, 37-39).

Comenzando por lo último: Juan no afirma que el Espíritu Santo no existía; dice simplemente que todavía no había sido

descubierto en toda su plenitud por los hombres. El átomo siempre estuvo en la naturaleza; pero fue sólo en la edad moderna cuando fue descubierto. El Espíritu Santo siempre existió; pero fue hasta después de la muerte y resurrección de Jesús, en Pentecostés, cuando se manifestó con toda su plenitud.

En la fiesta de los Tabernáculos Jesús nuevamente describe al Espíritu Santo como una «experiencia» dentro del individuo: «Ríos de agua viva». El Espíritu Santo, en la persona, es esa agua purificadora de los más profundos sentimientos y emociones que da por resultado una vida llena del fruto del Espíritu Santo. Una vida «abundante», dijo el mismo Jesús (Jn 10, 10).

Jesús le aseguró a la mujer samaritana que, si ella aceptaba esa agua que le prometía, sentiría en su interior un torrente de agua de vida eterna. La samaritana aceptó el agua, que Jesús le prometía, y, al momento, fue otra persona. De adúltera se convirtió en una gozosa evangelizadora.

## **El Paráclito**

En la última cena predominaba la tristeza por la próxima partida de Jesús. El Señor, entonces, les garantizó que no los dejaría HUÉRFANOS. Les prometió UN PARÁCLITO. Les dijo: «Yo rogaré al Padre que les mande otro Defensor, el Espíritu de verdad, para que esté siempre con ustedes. Los que son del mundo no lo pueden recibir, porque no lo ven ni lo conocen; pero ustedes lo conocen, porque él está con ustedes y permanecerá EN ustedes siempre» (Jn 14, 16-17).

Jesús garantiza que les enviará OTRO CONSOLADOR. Jesús es un CONSOLADOR; el Espíritu Santo será «otro Jesús» en medio de ellos. El término PARÁCLITO, que viene del griego,

«parakletos», detalla muy bien la función que cumplirá, en el futuro, el Espíritu Santo. PARÁCLITO era el ABOGADO que se llamaba para defender una causa. Era la persona que daba testimonio en favor de otra. Era un EXPERTO que aconsejaba acerca de determinado asunto. Era el individuo que se escogía para levantar el ánimo de los soldados cuando estaban decaídos. Todo esto es el ESPÍRITU SANTO, EL CONSOLADOR.

Además, Jesús puntualiza: el Consolador estará «EN USTEDES». Jesús estaba «con» ellos. El Espíritu Santo será una nueva forma de presencia: estará DENTRO DE ELLOS. Vitalmente unido a ellos, y, por eso mismo, su obra será en profundidad.

Durante tres años Jesús estuvo siempre con sus discípulos; pero no lograba penetrar en lo profundo de sus corazones y mentes. Seguían con sus mismos defectos; no le comprendían muchas cosas. Cuando Jesús estuvo DENTRO DE ELLOS, por medio de su Espíritu Santo, entonces vino la gran TRANSFORMACIÓN.

El Espíritu Santo es otro Jesús, en nosotros, como nuestro abogado, como nuestro Consolador, como nuestro experto para aconsejarnos en momentos decisivos de la vida, y para consolarnos cuando nuestro espíritu está decaído.

## **La obra de enseñanza del Espíritu Santo**

Jesús fue el gran maestro para sus discípulos; con tesón y mucha didáctica les explicaba las Escrituras, los preparaba para los acontecimientos venideros. Una de las providencias que Jesús tomó para sus seguidores, en el futuro, fue que no los dejaría sin maestro. El Espíritu Santo sería ese maestro constante para ellos.

En el capítulo 16 de San Juan están claramente expresadas las funciones que cumplirá el Espíritu Santo como el «Otro Maestro» que tendrán los discípulos.

En primer lugar, el Espíritu Santo cumplirá, como maestro, una misión «purificadora». Jesús les adelantó: «Cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio» (Jn 16, 8). Cuando el pueblo condenó a Jesús cometió un gran pecado. Esto lo comprenderá el pueblo al recibir al Espíritu Santo. Cuando Pedro, el día de Pentecostés, predicó con gran poder, el pueblo se conmovió al ver lo que habían hecho (Hch 2, 37).

El Espíritu Santo también convencerá al mundo de justicia. A Jesús lo condenaron como un criminal. El Espíritu Santo hará comprender que la resurrección de Jesús muestra que es el enviado de Dios y que con El se cometió la más grande injusticia de la historia.

El Espíritu Santo también convencerá al mundo de juicio. Jesús fue juzgado y condenado. El Espíritu Santo enfrentará al mundo con el momento decisivo de la cruz, cuando el Espíritu del mal será juzgado y derrotado. El que no acepte ese juicio de la cruz, como el demonio, será también condenado.

La obra del Espíritu Santo en nosotros, primordialmente, es una obra de CONVENCIMIENTO DEL MAL. El no puede actuar mientras haya algo malo en nosotros que se lo impida. Dios toca a nuestra puerta, cuando abrimos, el Espíritu puede actuar poderosamente en nuestra vida.

Una nota característica del Espíritu Santo es que siembra en nosotros inquietud y tristeza cuando dentro de nuestro corazón hay algo que se opone a la voluntad de Dios. Es uno de los grandes regalos del Espíritu Santo: poner el dedo en la llaga para que duela y para que tomemos todas las medidas necesarias para que sea curada. Sólo entonces puede llevar a feliz término el Espíritu Santo su obra de santificación.

En segundo lugar, el Espíritu Santo, como maestro, tiene una misión de enseñanza. Jesús les anticipó a sus discípulos: «Tengo mucho más que decirles, pero en este momento sería demasiado para ustedes. Cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que dirá todo lo que oye, y les hará saber las cosas que van a suceder. El me honrará a mí, porque recibirá de lo que es mío y se lo dará a conocer a ustedes» (Jn 16, 12-15).

Jesús «tenía muchas cosas más» que decirles a sus apóstoles; ellos todavía no estaban preparados, como no está preparado el niño de sexto grado para que le enseñen Álgebra. Por eso les prometió que, poco a poco, los iría llevando a la verdad. La vida, la muerte y resurrección de Jesús, no fueron comprendidas por los apóstoles en su totalidad. Fue el Espíritu Santo el que les fue revelado todo lo que había sucedido. De allí la reflexión teológica de los discípulos acerca de quién era Jesús.

De esas meditaciones, inspiradas por el Espíritu Santo, nacieron, más tarde, los Evangelios, las Epístolas, los Hechos y el Apocalipsis: Todo el Nuevo Testamento.

Allí los apóstoles nos entregaron lo que el Espíritu Santo les había revelado acerca de la obra de Jesús en el mundo. A eso Jesús se refería cuando les anticipó que el Espíritu Santo «los llevaría a toda la verdad» (Jn 16, 13).

Jesús les garantizó que el Espíritu Santo «les recordaría todo lo que El les había dicho» (Jn 14, 26). También les dijo que tuvieran por cierto que el Espíritu Santo les hablaría de El (Jn 16,14). El Espíritu Santo cumpliría, entonces, la bella misión de «hacer conocer», más, a Jesús, y de «recordar» continuamente todo lo que El había enseñado.

Es sumamente consolador saber que dentro de nosotros está ese CONSOLADOR que nos va, paulatinamente, revelando lo que Jesús nos vino a enseñar. Es muy alentador saber que nos va llevando a la verdad total. No es raro encontrarse con personas

muy sencillas y con estudios limitados que son conducidas por el Espíritu Santo hasta profundidades espirituales que los teólogos famosos nunca han logrado penetrar. Esa es la obra del Espíritu Santo en nosotros. Esa es la bella misión de «enseñanza» del Espíritu Santo, que Jesús nos ha dejado, como buen pastor, para conducirnos por el «sendero recto, haciendo honor a su nombre» (Salmo 23,3).

## **La entrega del Espíritu**

La primera providencia que tomó Jesús cuando apareció a sus contristados apóstoles, en su primera aparición de resucitado, fue entregarles el Espíritu Santo. Se les mostró. Después de enseñarles las manos y el costado -huellas de los clavos y de la lanza-, y desearles la paz, sopló sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo» (Jn 20, 22).

Muy de tenerse en cuenta eso de que primero Jesús les muestra las huellas de su martirio en sus manos y costado. Les quería hacer comprender que ése era el precio de la nueva «vida en el Espíritu Santo», que ahora les podía entregar. Este pasaje está íntimamente conectado con el capítulo 19 de Juan: el soldado hunde su lanza en el costado de Cristo; el evangelista indica que del costado de Jesús «salió sangre y agua». En el Evangelio de San Juan todo lleva un simbolismo. Así lo entendieron los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo decía que la sangre de Cristo era lo único que podía borrar el pecado, y que el agua era la «nueva vida en el Espíritu Santo».

Ahora que Jesús había cumplido su misión, ya había llegado «su hora», ya podía entregar su Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, que Jesús entrega a sus discípulos el día de la resurrección, algún comentarista lo ha querido comparar a la levadura que va fermentando dentro de la masa hasta estallar. El día de la resurrección, Jesús al soplar sobre sus apóstoles, – como Dios sopla sobre el hombre en el Génesis–, les adelanta lo que será la «nueva vida en el Espíritu Santo», de la que tendrán experiencia en plenitud el día de Pentecostés.

Antes de poder recibir la plenitud del Espíritu Santo -una experiencia más profunda del Espíritu-, hay que valorar las llagas de Jesús –de sus pies, de sus manos, de su costado–; hay que aceptar la oferta de salvación que Jesús nos entrega. Cuando, como el pueblo, el día de Pentecostés, nos compungimos y pedimos perdón, entonces ya estamos preparados para nuestro «Pentecostés personal», la experiencia del Espíritu Santo en nuestra vida. Dios se sirve de misteriosos canales para que ese Espíritu llegue a nosotros como a los apóstoles el día de Pentecostés.

## **Una experiencia en nuestra vida**

Todo el Evangelio de Juan nos va llevando a comprender el Espíritu Santo como «una experiencia de vida». Algo de lo cual el individuo siente dificultad de hablar, pero que puede experimentar. Un viento que no se ve, pero cuyos efectos se pueden apreciar.

El Espíritu Santo es ese poder que nos viene «de lo alto» y produce en nosotros «nuevo nacimiento», una «vida abundante», que se manifiesta como «ríos de agua viva», que brotan del interior de la persona que se ha entregado a Jesús.

Desde ese momento el individuo sabe que lleva dentro de sí «un PARÁCLITO» que lo va conduciendo a toda la verdad, que le

va «recordando» lo que Jesús enseñó, y le va revelando el sentido de la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Ese es el motivo por el cual al Espíritu Santo lo llamamos el GRAN REGALO que Dios nos envía por medio de su Hijo Jesús. Esa es la gozosa experiencia de la que nos habla San Juan en su Evangelio, cuando se refiere al Espíritu Santo.

## **4. EL ESPÍRITU SANTO EN EL PENSAMIENTO DE JESÚS**

Algo llamativo: Jesús es el hombre del Espíritu Santo en todas sus palabras y sus hechos; por algo puede decir: «El Espíritu está sobre mí... me ha enviado...». Pero, durante su predicación, Jesús no aborda con amplitud el tema del Espíritu Santo. Lo reserva para las últimas horas que iba a pasar con sus discípulos, en la Última Cena. El teólogo Leon Dufour estima que Jesús no podía hablar de su nueva presencia por medio del Espíritu Santo porque sus discípulos no estaban capacitados para comprender esa nueva «experiencia».

Durante la Última Cena, Jesús expone cómo estará en el interior de cada uno de los discípulos por medio del Espíritu Santo. San Juan, en su Evangelio, nos va dando cuenta de lo que Jesús les reveló en esa oportunidad con respecto al Espíritu Santo. Lo valioso de estos datos es que cuando San Juan escribió su Evangelio ya habían transcurrido setenta años desde aquella noche famosa de la Última Cena. San Juan, al ir recordando aquel acontecimiento, lo hacía con «conocimiento de causa», es decir, ya había experimentado en su propia vida y en la Iglesia lo que significaba la presencia viva del Espíritu de Jesús.

Comentemos algunos aspectos de la revelación acerca del Espíritu Santo.

**Un Paráclito**

Jesús captaba la tristeza de sus discípulos ante su futura desaparición. Quiso reanimarlos; por eso les dijo: «Yo le pediré al Padre y les dará otro Paráclito que para esté siempre con ustedes» (Jn 14,16).

El significativo término PARÁCLITO se ha traducido como «Consolador», «Defensor», «Ayudador». En griego, el término se empleaba con varios significados. Se llamaba «paráclito» al abogado que se invitaba para sacar de apuros a una persona en un conflicto judicial. También se nombraba un «paráclito» o un experto para consultarlo acerca de asuntos determinados. Se denominaba «Paráclito» al que era enviado para levantar el ánimo de los soldados deprimidos.

El término escogido por Jesús para hablar de su nueva presencia entre sus seguidores, es sumamente sugestivo. Cuando Jesús estaba con sus discípulos era su abogado en los momentos apurados. El los salvó cuando la tormenta en el mar los hizo gritar y desconcertarse. Jesús vino en su ayuda cuando no lograban hacer nada con el joven epiléptico, cuyo padre se había sulfurado y estaba armando alboroto.

Cuando los apóstoles necesitaban consultar algún asunto, acudían con confianza al Señor. Un día le sugirieron que les diera una catequesis acerca del Padre. «Señor, muéstranos al Padre», le suplicaron. Otro día, le rogaron: «Señor, enséñanos cómo orar». Cuando estaban con el ánimo decaído -en la última Cena- Jesús trató de fortalecerlos; les dijo: «No se turbe el corazón de ustedes... confíen en mí... Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 1, 6). Todo esto lo haría en el futuro el OTRO PARÁCLITO... Su Espíritu Santo. No estaría CON ELLOS, sino EN ELLOS (Jn 14,17). De esta manera, Jesús les estaba asegurando que no se separaría nunca más de ellos; por medio de su Espíritu Santo permanecería VITALMENTE siempre dentro de ellos. Claro está que los apóstoles, en ese momento, no lograban comprender lo que Jesús les estaba prometiendo. El

Señor lo sabía perfectamente. Lo único que pretendía era ponerlos sobre aviso para cuando todo esto se realizara después de su resurrección. El ministerio del Espíritu Santo consiste en estar a nuestro lado como un «paráclito», un abogado que nos ayude a afrontar los momentos difíciles de la vida. El Espíritu Santo es “otro” Jesús dentro de nosotros que nos «ilumina» acerca de determinados temas relacionados con la fe, y nos «consuela» en los momentos críticos de nuestra vida.

## **El mundo no lo puede recibir**

El Señor, les advirtió que este regalo de OTRO PARÁCLITO no era para todos, sino para los que le demostraran su amor «cumpliendo sus mandamientos». «Si ustedes me aman -decía Jesús-, cumplirán mis mandamientos; y yo le pediré al Padre que les envíe otro Paráclito» (Jn 14, 15-16). También señaló el Señor: «Los que son del mundo no lo pueden recibir, no lo ven NI LO CONOCEN» (Jn 14,17).

En el Evangelio de San Juan, «mundo» significa lo que está apartado de Dios. La experiencia del Espíritu Santo es un regalo «únicamente» para el que hace a un lado los criterios antievangélicos, y se decide a seguir los mandamientos de Jesús. Aquí sucede como en los conciertos: hay mucha gente en el conservatorio de música, pero sólo algunos tienen afinada su alma musical para gozar plenamente la sinfonía que se está interpretando. O como en los museos; mucha gente va pasando ante centenares de cuadros; sólo unos pocos logran descubrir la esquisitez de algunos detalles artísticos.

El «mundo», representado por el «hombre no espiritual», no logra percibir la presencia del Espíritu Santo; lo desconoce. Ni se

lo imagina. El «hombre espiritual», en cambio, por medio de la oración y la escucha de la Palabra, aprende a detectar los «sonidos inenarrables» por medio de los cuales se comunica el Espíritu Santo a los que no son del mundo.

Jesús afirmó: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Como dice la Escritura, del corazón del que cree en mí brotarán ríos de agua viva» (Jn 7, 37-38). El que, como el ciervo sediento, va buscando el agua viva del Espíritu, experimentará dentro de su corazón un manantial espiritual indecible. Pero para que eso suceda, hay que ir primero en busca del agua viva, hay que ser «hombres espirituales».

La mujer samaritana, que se enfrentó a Jesús, al principio era «no espiritual»; buscaba únicamente, el agua material. Después de escuchar al Señor, le llegó la conversión y dijo: «DAME de esa agua». Ahora lo que le interesaba era el agua de Jesús. Al momento experimentó que en su corazón comenzaba a manar un torrente de agua viva; algo que nunca había experimentado antes en su vida de pecado. A San Agustín le sucedió lo mismo. Después de su conversión decía con melancolía: «¡Qué tarde te conocí!». Esto nos toca comprobarlo a nosotros con mucha frecuencia. Las personas que se convierten, que dejan a un lado el agua del mundo y escogen el agua de Jesús, de pronto, se llevan las manos a la frente y dicen «¡Qué tonto que fui!».

## **No los dejaré huérfanos**

Cuenta Platón que cuando Sócrates estaba por tomar el veneno con que lo iban a eliminar, sus discípulos lloraban lamentando que serían en adelante como hijos sin padre. Algo parecido estaba por suceder en la Última Cena. Pero Jesús

prometió algo que Sócrates no pudo prometer. Les aseguró a sus discípulos que no los dejaría huérfanos, que permanecería con su Espíritu Santo en ellos. «No los dejaré huérfanos -les dijo el Señor-; volveré para estar con ustedes» (Jn 14, 18).

La Biblia muestra la agonía en que se quedó el profeta Eliseo cuando le fue arrancado su maestro Elías. Se tuvo que contentar con el manto que le lanzó Elías al despedirse. Elías no le aseguró a Eliseo que volvería a él por medio de su espíritu. Jesús sí les aseguró que estaría en cada uno de ellos; por eso mismo no debían considerarse como huérfanos. Pero, también aquí, el Señor recalcó que eso solamente se verificaría en los que obedecieran sus mandamientos. «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y HAREMOS MORADA en él», les dijo el Señor (Jn 14, 23).

Ese «hacer morada» es muy significativo; denota la presencia del Espíritu Santo en el seguidor obediente de Jesús. Cuando una persona enfila por la senda de los mandamientos, recibe la promesa del Señor de que hará su morada en él; experimentará al Espíritu Santo como un Consolador, como un Abogado, como un Defensor.

## **El ministerio de enseñanza**

Toda la vida el individuo es un interminable aprendizaje. Conforme la persona se va purificando y permanece fiel a la Palabra, el Espíritu Santo la va conduciendo cada día más hacia la verdad de Dios. Ya sea un intelectual o un simple campesino. La Sabiduría de Dios no se aprende en las universidades, sino de rodillas y con humildad. El Beato Hermano Pedro de Betancourt no había logrado llegar al sacerdocio, pues su cerebro humano no

le había permitido aprobar los exámenes del seminario. Su cerebro espiritual, en cambio, era excepcional. El famoso Obispo Francisco Marroquín -intelectual de primera- narraba que él se quedaba asombrado cuando reflexionaba en lo que decía el humilde hermano Pedro, al comentar las cosas de Dios. Era la obra del Espíritu Santo. Jesús les había dicho a sus discípulos: «Cuando llegue el Espíritu, les ENSEÑARA TODAS LAS COSAS».

También les dijo: el Espíritu Santo «les recordará todo lo que yo les he dicho» (Jn 14, 26). En los asuntos de fe, el Espíritu Santo es el que nos va conduciendo según los criterios del Evangelio. Nos ilumina para recordar lo que hacía y decía Jesús para ponerlo en práctica. Es como una «memoria» dentro de nosotros que Jesús nos ha dejado. Es por eso que nosotros antes de buscar discernimiento acerca de algún problema, antes de tomar una determinación, invocamos al Espíritu Santo, ya que el Señor lo dejó para que «nos enseñara todas las cosas» y nos «recordara» todo lo que Jesús dijo.

## **El testimonio**

El Señor, al referirse al Espíritu Santo, que enviaría, dijo: «El dará testimonio de mí. También ustedes darán testimonio» (Jn 15, 26).

El testimonio que da el Espíritu Santo en nosotros acerca de Jesús consiste en llevarnos a dar una respuesta de fe a Jesús. Ante lo que escuchamos de Jesús, el Espíritu nos conduce a aceptarlo como el Enviado de Dios, como nuestro Salvador. Una vez que una persona le ha dado una respuesta de fe a Jesús, ya no puede quedarse callada; se siente impedida a dar también

testimonio acerca del Señor. Ese fue el caso de Pentecostés. Los 120 discípulos, que en compañía de la Virgen María quedaron llenos del Espíritu Santo, se sintieron impedidos a salir del Cenáculo para compartir con todos El Evangelio de Jesús. Bien decía el Cardenal Suenens que Pentecostés es gente por las calles dando testimonio de Jesús, con poder.

Una prueba de que alguien está lleno del Espíritu Santo es la «necesidad» que siente de llevar a otros la Buena noticia de Jesús. Señal también de que alguien carece de una presencia fuerte del Espíritu Santo es la apatía para la evangelización, la indiferencia con respecto al apostolado.

Muy sabios fueron los de la iglesia primitiva cuando, al elegir a los siete primeros diáconos, pusieron como condición de que estuvieran «llenos del Espíritu Santo». Aquella iglesia pentecostal no quería unos «simples funcionarios», sino unos testigos gozosos del poder de Dios en ellos.

Muchas veces, entre nosotros, al tratar de buscar dirigentes para la Iglesia, se da más importancia a los títulos, a los talentos de la persona que a su «llenura» del Espíritu Santo. Tal vez por eso las cosas, muchas veces, no resultan bien. Porque predomina el hombre carnal y no el espiritual.

## **El que convence**

La misión del Espíritu Santo es, ante todo, purificadora. Por eso Jesús decía: «Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Jn 16, 8).

El mundo condenó a Jesús, creyendo que hacía algo bueno. Cuando, en Pentecostés, Pedro salió a predicar con el poder del

Espíritu Santo, los oyentes se dieron cuenta de su error. Dice la Biblia que se «compungieron». Aceptaron y lloraron su pecado.

Es lo primero que el Espíritu Santo realiza en nosotros. Nos señala lo pecaminoso, tal vez, escondido en nosotros. Es el primer paso para la conversión, para ser limpiados; luego el Espíritu Santo podrá llenarnos y moverse con libertad dentro de nosotros. A eso se llama convencer de pecado.

A Jesús lo condenaron como un criminal; como un hereje. Por medio de la resurrección, Dios probó que el que tenía la razón era Jesús. Dios probó la justicia de Jesús. El centurión, que estaba junto a la cruz, al ver todos los acontecimientos que rodeaban la crucifixión, exclamó asombrado: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15, 39). El Espíritu Santo nos lleva a arrodillarnos ante Jesús como el Justo, el Santo de Dios. Eso es el convencimiento de Justicia. En la Cruz, la muerte de Jesús, sirvió para juzgar y condenar el mundo, el mal. Ante la cruz del Señor, no nos queda sino pedir perdón. Esa es la obra del Espíritu Santo en nosotros. San Pedro, en su discurso de Pentecostés, les echa en cara a todos su maldad; al referirse a Jesús, les dice: «Ustedes lo mataron». Los oyentes comenzaron a llorar y a pedir perdón.

Hay un soneto famoso que comienza con el verso «No me mueve mi Dios para quererte»... En este poema se hace ver que el amor de Dios no debe nacer por miedo al infierno ni por interés de ir al cielo. El amor a Dios debe nacer en nosotros cuando nos damos cuenta de lo que significa que Jesús haya muerto en la cruz por nosotros. Es la obra de convencimiento de JUICIO que el Espíritu Santo obra en nosotros cuando nos presenta a Jesús en la cruz.

**Toda la verdad**

Hubo muchas cosas que los apóstoles no estaban capacitados para comprender cuando Jesús los evangelizaba. El Señor se los hizo saber con claridad; pero les prometió algo muy consolador, les dijo: «Cuando venga el espíritu de la verdad, los guiará a toda la verdad» (Jn 16,13).

No quiere decir que Jesús dejó incompleta su enseñanza; sino que los apóstoles no podían comprender todavía todo lo que Jesús les estaba manifestando. Cuando les pudo enviar el Espíritu Santo, entonces ellos, cada día se fueron internando, más y más, en la verdad de Dios.

Nosotros creemos que nuestra religión es «revelada». A través del tiempo, Dios, progresivamente, nos ha ido revelando su verdad. El Antiguo Testamento es una preparación para el Nuevo. Eso lo explica espléndidamente la Carta a los Hebreos en sus primeros versículos, cuando apunta: «En tiempos antiguos Dios habló a nuestros antepasados, muchas veces y de muchas maneras, por medio de los profetas. Ahora, en estos tiempos últimos, nos ha hablado por su Hijo» (Hb 1, 1-2). La revelación de Dios ha sido progresiva a través de los siglos.

Con la llegada de Jesús, se completa para nosotros la revelación total que Dios nos envía. Y Jesús nos hace partícipes de esa revelación por medio de su Espíritu Santo, que nos va llevando, conforme se lo permitimos a TODA LA VERDAD.

En la religión revelada, nosotros no somos los creadores de la verdad a base de investigación. La verdad de Dios ya está allí frente a nosotros. Cuando nos dejamos llevar por el Espíritu Santo, él nos va haciendo descubrir, cada vez más, la verdad de Dios que nos llena de Sabiduría y de gozo. Ese es nuestro peregrinar hasta llegar un día a encontrarnos con la verdad plena, en el cielo. San Pablo decía que nosotros, ahora, vemos a Dios como a través de un espejo; pero que un día lo veremos cara a cara (ver 1Co 13, 12).

## **También lo que ha de venir**

El Espíritu Santo no sólo nos va aproximando a la verdad de Dios, sino que, por anticipado, nos indica las «cosas que han de venir».

Jesús lo aseguró: dijo que cuando viniera el Espíritu Santo no adelantaría «las cosas que han de venir» (Jn 16, 13). Se trata del don de Profecía. El Espíritu Santo por medio de los profetas va preparando a la Iglesia para acontecimientos que vendrán. Pero la profecía no se refiere sólo al futuro, sino también al presente. El Espíritu Santo nos hace comprender el porqué de muchos acontecimientos actuales. El profeta sabe «leer los signos de los tiempos».

Rubén Darío a los poetas los llamaba «torres de Dios». Los profetas son las verdaderas «torres de Dios». Llevados por el Espíritu Santo, son como vigías que en lo alto están siempre oteando el horizonte; por eso se anticipan en prevenir a la Iglesia acerca de lo que está por venir.

Handel afirmaba que cuando compuso el Aleluya del Mesías había visto el cielo abierto. Los profetas son las torres de Dios; se dejan conducir por el Espíritu Santo y, por eso, son los primeros en captar los signos de los tiempos, las señales que Dios hace a los hombres para que puedan encontrarlo y seguirlo.

**Todo muy bonito pero...**

Es emocionante meditar en la obra tan bella que el Espíritu Santo realiza en la persona que lo recibe. Pero, en la Biblia, categóricamente, se hace notar que esos beneficios no son para todos. Así como Jesús resucitado solamente se manifestó a los que lo amaban, así también el Espíritu Santo únicamente se manifiesta plenamente a los que cumplen los mandamientos y guardan la Palabra de Jesús (ver Jn 14,23). Esto lo subrayó muy bien San Pedro el día de Pentecostés. Cuando las personas vieron las maravillas que había obrado el Espíritu Santo en los discípulos que salieron del Cenáculo, les preguntaron que qué debían hacer para poder participar de esos beneficios. San Pedro les contestó que, en primer lugar, tenían que arrepentirse de sus pecados y luego someterse al Bautismo (cfr. Hch 2,38).

Esa es la clave para ser «llenados» por el Espíritu Santo. Para que las promesas de Jesús se hagan realidad en nuestra vida. Hay que comenzar por purificar el vaso que debe ser llenado por el Espíritu Santo. Nunca el Espíritu Santo se va a derramar en un vaso sucio. Cuando la persona inicia por purificarse de todo que desagrade a Dios y comienza a dar pasos hacia Jesús, al punto comienza a experimentar los «ríos de agua viva» que brotan en su corazón. El Espíritu Santo, entonces, ya no es el símbolo de una Paloma, sino el abogado, el paráclito que nos viene a sacar de apuros, el experto que nos concede sabiduría y discernimiento; el Consolador que nos llena de gozo y de esperanza. Eso debe ser el Espíritu Santo en nosotros, tal como lo vivieron los apóstoles después de Pentecostés.

## **5. EL ESPÍRITU SANTO EN EL LIBRO DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES**

Alguien ha sugerido que el título más apropiado para el libro de los Hechos de los Apóstoles debería ser: HECHOS DEL ESPÍRITU SANTO. Más que los apóstoles, el protagonista de este libro es el Espíritu Santo. Aquí se ve concretizada la presencia de Jesús, por medio de su Espíritu, en los individuos y en la Iglesia. Este libro se aprecia, a cabalidad, lo que debe ser una Iglesia que se deja guiar por el Espíritu Santo.

### **El viento y el fuego**

Jesús les había anunciado a sus discípulos que cuando recibieran el poder que vendría de lo alto «serían sus TESTIGOS en todas partes» (Hch 1,8). Pentecostés es un sinnúmero de personas por las calles de Jerusalén, dando testimonio de Jesús con poder. Antes, los apóstoles se caracterizaban por su encierro; el temor los tenía atados. Ahora, se abren las puertas del Cenáculo y nunca más se van a volver a cerrar.

EL PODER, que Jesús les había prometido, se manifestó con claridad el día de Pentecostés. Ante la predicación de los

apóstoles, el pueblo quedó impactado y todos pedían que se les señalara cuál era el camino para su salvación (Hch 2,38).

Jesús también les había garantizado que el PARÁCLITO, el Consolador, les «recordaría todo lo que les había dicho» (Jn 14,26). El discurso de Pedro puso en evidencia el cumplimiento de esta promesa. Los apóstoles no habían comprendido muchas cosas de la enseñanza de Jesús. El mismo Señor les había hecho ver que todavía «tenían muchas cosas que decirles, pero que ellos no estaban preparados». Con la venida del Espíritu Santo, todo tomó un nuevo rumbo. El discurso de Pedro puso de manifiesto el cumplimiento de la promesa del Maestro. En el discurso de Pedro hay una bella exposición de la historia de la salvación y de la personalidad de Jesús. «El me glorificará» (Jn 16,14); «El les recordará todo lo que yo les he dicho», les había advertido Jesús. Aquí quedaba comprobada la realización de la promesa de Jesús.

Las LENGUAS de fuego, de Pentecostés, significaron la purificación de los sentimientos y emociones de los discípulos reunidos en el Cenáculo. El viento impetuoso simbolizó la fuerza de Dios que transformó las vidas de aquellos 120 individuos que se habían congregado en el aposento alto.

## **Las condiciones**

Para que se hiciera realidad Pentecostés, los discípulos tuvieron que someterse a algunas condiciones que Jesús les había impuesto. Ante todo, les había ordenado: «No se muevan de Jerusalén hasta que reciban el poder de lo alto» (Hch 1,4).

Según la Biblia, fueron 500 los que escucharon estas palabras de Jesús durante el momento de la ascensión al cielo; pero

solamente 120 fueron los que se sometieron a la orden del Señor.

El libro de los Hechos realza que los 120 discípulos «perseveraban unánimes en la oración» (Hch 1, 14). Su reunión esencialmente tenía como finalidad encontrarse con Dios por medio de la oración. No sabían lo que les esperaba; únicamente se aferraban a la oración como la manera de estar íntimamente conectados con Dios para ser dirigidos por El.

Además, el libro de los Hechos detalla que ellos se mantenían «con un mismo espíritu» (Hch 1, 14), es decir, formaban una comunidad en donde imperaba el amor que Jesús les había enseñado a profesarse.

También el libro de los Hechos retrata una comunidad eminentemente jerárquica en donde están los apóstoles, los discípulos, y la Madre de Jesús, la madre que el Señor había dejado para su Iglesia el día de su muerte.

Estas son las mismas condiciones que deben repetirse para que, en la actualidad, una iglesia o una comunidad puedan ser comunidades pentecostales, con el poder del Espíritu Santo, para dar testimonio y para llevar a la conversión a millares de personas.

Para que una iglesia sea eminentemente pentecostal debe sobresalir como una iglesia de profunda oración; debe «perseverar en la oración». Ninguna otra obra debe prevalecer sobre la oración. Muchas otras actividades son de suma importancia e indispensables en la acción pastoral; pero sin la base de la oración, todo lo demás viene a convertirse en «filantropía» y «activismo».

Para que la Iglesia tenga el signo del Espíritu Santo, debe sobresalir por su «caridad», expresada en el perdón, la comprensión y la proyección hacia los más necesitados.

Una iglesia del Espíritu Santo es una iglesia obediente a la Palabra. «Quédense en Jerusalén y no se muevan hasta recibir la

promesa del Padre», les había mandado Jesús. Ellos obedecieron al pie de la letra.

La palabra de Dios debe ser «escuchada y puesta en práctica»; cuando se obedece decididamente a la Palabra, el Espíritu Santo invade la comunidad con sus manifestaciones de todo tipo. Cuando la Iglesia permanece obediente a la jerarquía, en unión con la Madre de Jesús, esa Iglesia se convierte en un Cenáculo en donde se repetirá el acontecimiento de Pentecostés.

Cuando se dan las mismas condiciones que en el Aposento Alto: cuando hay oración perseverante, caridad, obediencia a la Palabra, adhesión a la jerarquía y devoción a la Madre de Jesús, no dejará de experimentarse el fuego purificador y avivador del Espíritu Santo. Allí soplará el viento fuerte que transforma vidas y estructuras.

## **Nuevas efusiones del Espíritu Santo**

La «nueva efusión del Espíritu Santo» no es un hecho reservado únicamente para Pentecostés. En el libro de los Hechos se puede comprobar. Los apóstoles ya habían recibido el Espíritu el día de la resurrección (Jn 20,22). Ante la nueva situación a la cual se debían enfrentar, recibieron una «nueva efusión del Espíritu Santo». El término que emplea la Biblia es «bautismo en el Espíritu Santo» (Hch 1, 5), es decir, hundimiento total en el Espíritu Santo.

En el libro de los Hechos, varias veces, se hace alusión a una «nueva efusión del Espíritu» ante determinadas circunstancias por las que pasan la comunidad o determinados individuos. El capítulo cuarto nos relata el caso de la comunidad que, ante la persecución religiosa, se reúne para orar con fervor. No piden que

cese la persecución, sino que se les conceda ser testigos valientes con «signos y milagros». El libro acentúa que en aquella oportunidad «tembló en lugar en donde estaban reunidos» y que «todos quedaron llenos del Espíritu Santo» (Hch 4, 31). Todos ellos ya habían recibido antes el Espíritu Santo: eran «creyentes». Se les concedió una «nueva efusión del Espíritu» ante las circunstancias adversas -la persecución- que debían afrontar.

El capítulo octavo consigna lo que pasó en Samaria. Felipe tuvo un gran éxito en la evangelización. Felipe era admirado por las «señales y milagros» que realizaba.

Los cristianos de Samaria ya habían recibido el Espíritu Santo en su bautismo. Felipe, conocedor de lo que debe ser la vida espiritual, manda a llamar a Pedro y a Juan para que les impongan las manos y tengan una «Nueva efusión del Espíritu». Esos cristianos, ahora, estaban preparados para dar un paso más en su vida espiritual; comenzaba para ellos una nueva etapa en su vida. Felipe discernió que necesitaban una «Nueva efusión del Espíritu», por eso mandó a llamar a Pedro y a Juan para que les impusieran las manos (Hch 8).

Esta tradición ha permanecido en nuestra Iglesia. Después del bautismo, en la Confirmación, cuando el joven se decide a aceptar «personalmente» al Señor, el obispo le impone las manos para que tenga una «Nueva efusión del Espíritu Santo».

Hay varios casos más en el libro de los Hechos en los que se destaca que para hacerle frente a situaciones especiales, las personas reciben una «Nueva efusión del Espíritu Santo». Cuando Pedro tiene que presentarse ante el Sanedrín, que le prohíbe hablar de Jesús, la Biblia hace notar que Pedro «lleno del Espíritu Santo» (Hch 4, 8), no se amilanó, sino que les dijo que él «antes tenía que obedecer a Dios que a los hombres». Cuando Pablo tiene que hacerle frente al mago Elimas, que estaba desorientando a los del pueblo, la Escritura puntualiza que Pablo lo hizo «lleno del Espíritu Santo». Tan grande fue el poder que se manifestó en Pablo, que el brujo quedó ciego. Tanto Pedro como

Pablo recibieron una nueva fuerza espiritual para lograr superar la nueva circunstancia que se les presentaba.

Todos nosotros, el día de nuestro bautismo, recibimos el Espíritu Santo. Sin embargo, muchas veces, en nuestra vida, volvemos a implorar «una nueva efusión del Espíritu, ya sea para enfrentar nuevas situaciones, ya sea cuando nos sentimos como «vacíos» del Espíritu por haberlo «contristado» o «apagado» con nuestros pecados y debilidades.

Circunstancia muy oportuna para suplicar una «nueva efusión del Espíritu Santo», es cuando la comunidad está en oración, en un momento de mucho fervor, durante un retiro espiritual, en una vigilia de oración, en la Eucaristía, etc.

En esas circunstancias puede «volver a temblar», como sucedió con la comunidad del capítulo cuarto del libro de los Hechos, y entonces podemos «experimentar» la presencia fuerte del Espíritu Santo.

## **Prisioneros del Espíritu**

Es muy característico de varios de los líderes del libro de los Hechos, someter sus intereses personales y sus gustos a la acción del Espíritu. Alguien los ha llamado «prisioneros del Espíritu».

Cautivador es el caso de Felipe. Se encuentra predicando; el Espíritu lo «interrumpe»: lo empuja al desierto y le sugiere que se acerque a un carruaje. En ese momento Felipe no comprende por qué debe acercarse al carruaje. Cuando cumple la orden del Espíritu, se da cuenta que en el carruaje va un etíope leyendo la Escritura sin entenderla. Felipe le explica la Escritura; aquel

pagano pide ser bautizado. La Biblia afirma que aquel individuo regresó muy gozoso a su tierra. Posiblemente habrá sido una semilla de Evangelio en medio del paganismo (Hch 8, 26-40).

Parecido es el caso de Pedro. Se encuentra silenciosamente en la azotea; tiene una visión perturbadora en la que ve alimentos prohibidos a los judíos; se le ordena que coma de ellos. Pedro se turba. En la misma visión se le indica que vendrán varios hombres a buscarlo, que debe ir con ellos.

Pedro fue a la casa del pagano Cornelio, hombre piadoso y caritativo. Pedro no sabe qué hacer. Es consciente de que para un judío como él está prohibido poner pie en casa de un pagano. Se pone a hablarles de Jesús. Al momento, en aquella casa, se repiten los fenómenos carismáticos de Pentecostés. Ante aquella evidencia de la presencia del Espíritu Santo, Pedro procede a bautizarlos con agua. Aquel fue el paso de la Iglesia hacia los paganos.

Jesús claramente les había ordenado que debían difundir el Evangelio a «todas las gentes»; pero ellos permanecían anclados en sus prejuicios raciales. Pedro se dejó guiar por el Espíritu Santo, y la Iglesia fue conducida para derribar las barreras entre judíos y paganos. La iglesia ingresó con su Evangelio en las casas paganas: la casa de Cornelio fue la primera visitada por el Espíritu Santo con un nuevo Pentecostés.

Pablo fue otro «prisionero del Espíritu». En sus ansias de evangelización, Pablo dispuso ir a Asia. Expresamente el libro de los Hechos apunta que «el Espíritu se lo impidió» (Hch 16, 6). Pablo entonces intenta ir a Bitinia. Nuevamente la Biblia recalca que el «Espíritu no se lo permitió».

¡Cómo nos gustaría saber de qué manera el Espíritu Santo no les permitió ir a los lugares mencionados! La Biblia no da más detalles. Lo cierto es que en un sueño-visión Pablo ve a un hombre de Macedonia que le alarga la mano. Lo discierne son su

equipo de evangelización, y decide partir hacia Macedonia. El Espíritu Santo, en esta oportunidad, les abrió las puertas.

Pablo se va a enfrentar, hacia el final de su vida, con un caso muy delicado: se sintió impelido por el Espíritu Santo para ir a Jerusalén; el Espíritu le sugería que le esperaban muchos sufrimientos. La comunidad en pleno se oponía, según ellos, en nombre de Dios, para que no fuera. Apareció el profeta Agabo quien, simbólicamente, se ató de manos y de pies con el cinturón de Pablo. Afirmó que el dueño de ese cinturón sería de la misma manera atado en Jerusalén. Para Pablo ésta fue la confirmación del Espíritu Santo acerca de su futura suerte. Ya no dudó más, a pesar de la oposición de la comunidad. Seguramente la comunidad, en esta ocasión, se dejó llevar por el «sentimiento» ante la posible pérdida de Pablo. En cambio Pablo, como hombre del Espíritu, supo escuchar con serenidad la voz del Espíritu, siguió sus indicaciones.

Dios quiere conducirnos por medio del Espíritu Santo, pero necesita que seamos «prisioneros del Espíritu». Felipe no le hizo preguntas al Espíritu ante la misteriosa sugerencia de acercarse a un carruaje. Pedro se dejó conducir por los hombres paganos que llegaron a su casa. Pablo aceptó que el Espíritu Santo le cerrara puertas para que no fuera a Asia. El Espíritu Santo no quiere resistencia. Entre más un individuo se dedique a la oración, más aguzará su sentido espiritual para tener el debido discernimiento y para dejarse conducir por el Espíritu Santo, aunque, a su alrededor, todos, con frases piadosas, digan lo contrario. Es el caso de nuestros santos, «los prisioneros del Espíritu».

## **La Iglesia en Concilio**

Llama la atención que cuando los apóstoles eligieron al sustituto de Judas, acudieron a los «dados» para conocer la voluntad de Dios (Hch 1, 26). Así se estilaba en ese tiempo, cuando «se echaba la suerte». Pero eso fue antes de Pentecostés. Después de esta fecha, nunca más la Iglesia acude a los dados porque ya tiene el Paráclito, al Espíritu Santo.

Según se capta en el libro de los Hechos de los Apóstoles, fue muy grande la dificultad que tuvo la Iglesia en sus comienzos con respecto a la circuncisión. Para algunos de los apóstoles, este rito era esencial para ser un discípulo de Jesús. Para otros -como Pablo y Bernabé-, que habían conocido más de cerca a los paganos, eso era solamente un rito para los judíos. Tan grande fue la disensión que tuvieron que reunirse en el concilio de Jerusalén. La discusión aparece en el libro de los Hechos muy caldeada. Los ánimos estaban muy exaltados.

Jesús les había advertido que no los dejaría solos, que les enviaría un Ayudador, un Paráclito. Eso fue lo que los reunidos en el primer concilio de la Iglesia no olvidaron. Por eso, cuando enviaron una carta pastoral a la Iglesia, hicieron notar que se habían sentido asistidos por el Espíritu Santo. Es sumamente cautivador el inicio de la carta: «Le ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...» (Hch 15, 28). En esa breve expresión está consignada la fe total en la presencia del Espíritu Santo, que Jesús les había asegurado.

Durante ese Concilio, prevalecieron el diálogo, la oración y la fe en la presencia del Espíritu. Nuestra Iglesia no ha perdido esa sabia tradición. En momentos especiales y cruciales de su historia, vuelve a repetir la escena del Concilio de Jerusalén. Últimamente, el Concilio Vaticano II es una muestra fehaciente de la asistencia ininterrumpida del Espíritu Santo a la Iglesia.

En nuestras reuniones comunitarias, cuando hay diálogo sincero, acompañado de oración y fe en la presencia del Espíritu Santo, se hará notoria la voz de Dios por medio del Espíritu

Santo, porque Jesús nos prometió estar siempre con nosotros hasta el fin de los tiempos (Mt 28, 20).

## **Nuevo Pentecostés**

Al iniciar el Concilio Vaticano II, el piadoso Papa Juan XXIII, pidió un nuevo Pentecostés para la Iglesia en los tiempos modernos. Pentecostés con su fuego purificador y avivador, y con su viento que cambia corazones, no ha terminado. Repetidas veces en la historia de nuestra Iglesia CONTINUAN cayendo esas lenguas de fuego que purifican a nuestra Iglesia de la escoria; el viento pentecostal, repetidas veces, abre sorprendentemente las ventanas de nuestra Iglesia y se mete para barrer con lo que es puramente humano.

Para continuar su obra en un mundo tan convulsionado, más que nunca, Dios quiere hombres que sepan renunciar a sus intereses egoístas y se dejen «aprisionar» por el Espíritu. Entonces los Hechos del Espíritu Santo no serán algo para estudiarse en un libro de historia, sino algo «experencial» que llevará a nuestra Iglesia a no perder su carácter pentecostal. Pentecostés, esencialmente, es gente gozosa predicando con poder, por las calles, el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

## **6. EL ESPÍRITU SANTO EN LAS CARTAS DE SAN PABLO**

Cuando Jesús intentó que Nicodemo comprendiera quién era el Espíritu Santo, se sirvió de una imagen: lo comparó con el VIENTO; con el misterioso viento cuyo silbido se escucha, pero no se sabe de dónde viene ni a donde va (Jn 3, 8). San Pablo hace lo mismo cuando se refiere al Espíritu Santo: emplea una serie de imágenes de mucha plasticidad para que se comprenda, más fácilmente, la acción del Espíritu Santo en nuestra vida. San Pablo afirma que nosotros somos «Templos del Espíritu Santo»; que el Espíritu Santo es “arras” y “primicias” de lo que se nos entregará; el Espíritu Santo es «sello» con el cual hemos sido marcados. Todas estas figuras nos ayudan a ahondar en la acción del Espíritu Santo en nuestra vida espiritual.

### **Templos del Espíritu Santo**

El pueblo judío a dondequiera que iba llevaba consigo el TABERNÁCULO. Era un templo portátil; allí guardaba lo más sagrado para él. En el Tabernáculo Dios se manifiesta a su pueblo. También tenía lo que se llama la CARPA DE LOS ENCUENTROS. Ahí acudía Moisés, en momentos extraordinarios, para pedir la iluminación de Dios. Seguramente Pablo tenía esta idea en mente cuando en la primera carta a los

corintios escribía: «¿No saben ustedes que su cuerpo es Templo del Espíritu Santo?» (1Co 6, 19). Para Pablo el Espíritu Santo es Alguien que está dentro de nosotros y que con su presencia nos convierte en algo sagrado, en templos de Dios.

Cuando Jesús prometió al Paráclito, al Ayudador, dijo: «Estará en ustedes» (Jn 14, 17). De esta manera, Jesús estaba señalando para el futuro su «nueva» forma de presencia en cada cristiano por medio del Espíritu Santo.

A nosotros, cuando nos bautizan, nos «ungen» con santo crisma, aceite consagrado. Desde el momento que el Espíritu Santo habita en nosotros, nos convertimos en templos de Dios, en algo sagrado. De aquí que no exista ningún motivo válido para despreciar el cuerpo. Somos relicarios de algo sagrado: del Espíritu Santo.

A la idea de «templos del Espíritu Santo», algo sagrado, viene a sumarse la idea del «sello del Espíritu Santo». En la carta a los Efesios, Pablo apunta: «No entristezcan al Espíritu Santo con el cual ustedes han sido “sellados” para el día de la redención» (Ef 4, 30).

En la antigüedad, el sello que se imprimía en una carta, indicaba autenticidad; también era signo de «propiedad». El finquero marcaba su ganado o mercancía; el sello garantizaba que le pertenecía.

Cuando Pablo se refiere a que hemos sido «sellados» por el Espíritu Santo, quiere establecer que hemos pasado a ser algo «apartado» para Dios, propiedad exclusiva de Dios.

En nuestro bautismo se nos «unge» con santo crisma. Esta unción rememora la costumbre del pasado de «ungir» todo aquello que se apartaba para ser propiedad de Dios. Se ungía a los reyes, a los sacerdotes y a los profetas. Su ungió las cosas reservadas para el culto.

En nuestro bautismo, al recibir al Espíritu Santo, nosotros quedamos «sellados» por el Espíritu Santo. A esto la Iglesia le

llama «el carácter» que imprime el bautismo. Es una de nuestras realidades más bellas. Quiere decir que, al ser «marcados» como Hijos de Dios, ese «sello» es irrompible. Nosotros podemos «renegar» de Dios, podemos «blasfemar» y apartarnos de su Iglesia. Lo cierto es que Dios nunca «reniega» de nosotros; nos «selló» con su Espíritu Santo «como sus hijos». Esa marca es indeleble.

En nuestra Iglesia el sacramento del bautismo solamente se administra una vez a una misma persona. Es porque la Iglesia es consecuente con lo que significa ser «sellados por el Espíritu Santo»: el carácter del bautismo es definitivo. Dios nos marcó como sus hijos y se compromete a cuidar de nosotros hasta el último segundo de nuestra existencia. Nosotros podemos fallar, pero Dios no falla nunca a sus hijos. Por medio del profeta Isaías el Señor dice: «¿Se olvida una madre o deja de amar a su hijo? Pues aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré» (Is 49, 15).

## **El Espíritu Santo entristecido**

San Pablo describe al Espíritu Santo dentro de nosotros; somos «templo» en donde Dios actúa. Por medio del Espíritu Santo nos inicia en la fe salvadora y nos va conduciendo «hacia toda la verdad». San Pablo expone con claridad que nosotros podemos bloquear la acción del Espíritu Santo.

Se sirve de dos expresiones muy plásticas para indicar ese bloqueo que nosotros con nuestra libertad -que Dios respetamos efectuamos: podemos «entristecer al Espíritu Santo» (Ef 4, 30). Una madre se entristece cuando su hijo va por mal camino. El Espíritu Santo se siente «frenado» en su obra salvadora cuando el pecado ingresa en nuestra vida.

No es raro que en nuestra alma de pronto predomine una «tristeza» profunda. Es la tristeza que el Espíritu Santo pone en nosotros para hacernos recapacitar en nuestro pecado. Eso es lo que Jesús había anticipado: una de las primeras misiones del Espíritu Santo sería «convencernos de pecado». La otra expresión, que emplea San Pablo para hablar de los obstáculos que nosotros podemos poner al Espíritu Santo, es: «No apaguen el fuego del Espíritu Santo» (1Ts 5, 19). Muy indicativa esta imagen de Pablo; «apagar el fuego», es decir, «sofocar» el incendio. El Espíritu Santo es fuego de amor, de gozo, de avivamiento. Cuando el pecado hace su entrada en escena, el amor desaparece, viene el conflicto, abundan las tinieblas.

Cuando el Señor entregó los mandamientos, con antelación afirmó, que si se cumplían, habría bendición; si se quebrantaban, vendría la maldición (Dt 11, 26). Esto se aprecia vivamente en Saúl. Cuando va por la senda de Dios, es un hombre «lleno del Espíritu Santo» que «profetiza»; cuando Saúl se aparta de los mandamientos de Dios, es un hombre torturado por «un mal espíritu». En nuestra vida, o existe el fuego del Espíritu Santo, o predominan las tinieblas de la duda y el desamor. Eso es lo que Pablo llama «entristecer al Espíritu Santo», «apagar el fuego del Espíritu Santo».

## **El concepto de Dios Padre**

Cuando se bucea, en profundidad, en el concepto de Dios, que muchas personas tienen, se llega a la conclusión de que muchos propiamente le tienen «MIEDO» a Dios. Le rezan y le ofrecen ritos porque tienen miedo que algo malo les suceda, si no lo hacen. Una educación religiosa inadecuada se ha encargado de incrustar

en la mente de muchas personas una imagen «terrible» de Dios. Un Dios «más vengativo» que los mismos seres humanos. Muchos padres, que les han fallado a su familia, son un obstáculo para que sus hijos puedan tener un concepto de Dios como padre bondadoso y perdonador.

San Pablo nos hace ver cómo, dentro de nosotros, el Espíritu Santo nos va conduciendo hacia Dios hasta encontrarlo como un Padre bondadoso. El Espíritu Santo, desde las profundidades de nuestra subconciencia, nos va induciendo a considerarnos con todos los derechos de un hijo en su casa. Las palabras de San Pablo, en su carta de los Romanos, son muy expresivas: «Ustedes no han recibido un espíritu de esclavitud que los lleve otra vez a tener miedo, sino el Espíritu que los hace hijos de Dios. Por este espíritu nos dirigimos a Dios, diciendo: Abba, Padre. Y este mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que ya somos hijos de Dios» (Rm 8, 15-16).

En la carta a los Gálatas, Pablo repite el mismo concepto: «Y la prueba de que ustedes son hijos es que Dios envió al interior de ustedes al Espíritu de su Hijo, que grita: Abba, Padre» (Ga 4, 6).

Según Pablo, dentro de nosotros -templos de Dios- está el Espíritu Santo; una de sus primeras misiones es ir provocando en nosotros la «experiencia» de Dios como de un Padre bondadoso. A ese concepto de Dios no se llega a base de rozamientos puramente intelectuales. Es un «don» del mismo Dios por medio del Espíritu Santo dentro de nosotros.

## **Maestro de oración**

Con frecuencia pululan en el ambiente ideas de que se puede aprender a orar por medio de algún «método» que alguien difunde

con entusiasmo. Ciertamente hay «ayudas» adecuadas para iniciarnos en la senda de la oración. Lo cierto es que la oración, esencialmente, es un «regalo» de Dios por medio del Espíritu Santo. San Pablo lo afirma, tajantemente, en su carta a los Romanos, cuando escribe: «De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad. Porque no sabemos orar como es debido, pero el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que examina los corazones, sabe qué es lo que el Espíritu quiere decir, porque el Espíritu ruega, conforme a la voluntad de Dios, por los que le pertenecen» (Rm 8, 26-27).

San Pablo, en primer lugar, habla de nuestra «debilidad» con respecto a la oración. No es nada fácil rezar; si lo fuera, habría muchísimos santos a nuestro alrededor. Rezar no es fácil; basta que lo comprobemos en nuestra propia experiencia.

Jesús no nos ha dejado abandonados en nuestra debilidad con respecto a la oración; ha puesto dentro de nosotros mismos a su Santo Espíritu como un «maestro de oración». Cuando nos dejamos conducir por el Espíritu Santo, nuestra oración no intentará forzar la mano de Dios, para que se haga «nuestra» voluntad, sino que buscará encontrar cuál es la voluntad de Dios para acatarla del todo.

Muchos movimientos seudorreligiosos afirman que enseñan a rezar. Si se examinan esas «llamadas» oraciones, en el fondo, son un «método egoísta» para solamente pensar en nosotros mismos, en busca de serenidad, para calmar nuestros nervios, para inyectar optimismo. Aquí no se encuentra un «diálogo comprometedor» con Dios Padre, que nos escucha y que nos «compromete» con nuestras responsabilidades. En la verdadera oración, el hijo se encuentra con su Padre y no puede seguir por un camino torcido; tiene que «convertirse», tiene que cambiar de rumbo.

Una oración no dirigida por el Espíritu Santo puede llegar hasta aberraciones inexplicables. Una señora contaba que ella

visitaba al Santísimo y le pedía que la ayudara a «matar» a su ingrato marido por cuya causa había perdido varios de sus hijos.

Es muy fácil creer que con nuestros métodos y con nuestro esfuerzo personal podemos, llegar a conseguir un alto nivel de oración. Y no es así. Según Pablo, recalca que sin el «maestro» de oración, el Espíritu Santo, es imposible saber rezar. Afortunadamente, Jesús, dentro de nosotros, por medio de su Santo Espíritu, nos va conduciendo en la oración hasta que esté de acuerdo con la voluntad de Dios. Una conclusión muy lógica entonces: no se puede iniciar una oración cristiana sin antes haber invocado al Espíritu Santo que Jesús nos dejó como maestro de oración.

## **No una teoría, sino una experiencia**

Tanto Jesús como Pablo se refieren al Espíritu Santo como una «experiencia» del cristiano. Jesús hablaba del Espíritu Santo como de «ríos de agua viva» dentro del individuo (Jn 7, 37-39).

Pablo trae a colación dos imágenes muy plásticas para intentar describir la experiencia del Espíritu. Nos dice que Dios nos da el Espíritu Santo como «arras» y como «primicias». Dice Pablo: «Dios nos ha dado en arras al Espíritu» (2Co 5, 5). En la ceremonia del casamiento, el novio entrega las arras -unas monedas- a la novia. Significa un «adelanto» de todo lo que se compromete a darle en el futuro para que sea feliz. El Espíritu Santo, que la persona «experimenta», dentro de sí, es como una «cuota previa», un «adelanto» de lo que será la felicidad futura que Dios promete.

La imagen de primicias sigue la misma tónica. Dice Pablo: «La creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y

no sólo ella: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (Rm 8, 23-24). Para Pablo somos como desterrados que anhelamos la patria definitiva; entretanto, Dios nos ha regalado la «experiencia» del Espíritu Santo como «primicias» de lo que nos tiene reservado. El campesino se alegra inmensamente con sus primeros frutos, sus «primicias», que le anuncian la gran cosecha que se espera. El Espíritu Santo es una «primicia» que nos hace intuir la felicidad que Dios nos tiene reservada.

El Espíritu Santo, entonces, debe ser algo que el individuo pueda «experimentar» dentro de sí; es Dios que habita en su «templo» y que por misteriosos signos «anticipa» lo que quiere entregar un día a su hijo.

## **Nuestro dilema**

San Pablo dividió a los hombres en dos categorías. El hombre espiritual y el no espiritual. Algunas traducciones los llaman el hombre «espiritual» y el hombre «carnal»: el individuo que se deja guiar por el Espíritu Santo, y el que impide que el Espíritu Santo controle su vida. «Anden en el Espíritu -dice Pablo-, y no satisfagan sus deseos de la carne» (Ga 5, 16-18).

Para Pablo hay dos caminos: el de la corrupción y el de la vida eterna. Si el individuo se deja guiar por el Espíritu, dará muchos frutos de santidad. Si rehúsa la guía del Espíritu, se irá hundiendo, más y más, en el pecado. Dice Pablo: «El que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembra en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna» (Ga 6, 8). Este es el dilema para todo cristiano: o nos dejamos conducir -controlar- por

el Espíritu Santo para dar frutos de salvación, o «apagamos» el fuego del Espíritu Santo, y entonces sólo podemos esperar caer, más y más, en las tinieblas.

Nunca podremos apreciar, en su debida dimensión, el gran regalo de nuestro bautismo. Ese día fuimos convertidos en algo sagrado, en templos del Espíritu Santo. Desde ese día, dentro de nosotros, el Espíritu Santo, nos conduce hacia Dios, para encontrarlo como Padre; nos enseña a comunicarnos con El en la oración, nos «sella» para siempre como Hijos de Dios, y es para nosotros un «anticipo» de la felicidad para la cual Dios nos ha creado y hacia la cual nos va guiando cuando nos dejamos controlar por ese divino «Paráclito», por ese «Ayudador», por ese «Consolador», que Jesús nos regaló, para que nos acompañara durante nuestro peregrinaje por esta vida.

## 7. LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Es impresionante constatar el desconocimiento que muchas personas tienen acerca de los dones, de los «carismas» del Espíritu Santo. Algunos hasta se refieren a algunos de ellos con cierto desprecio o indiferencia. Posiblemente el descuido de estos dones ha causado el «estancamiento» y «fossilización» de muchas estructuras de nuestra Iglesia.

El Teólogo Francis Sullivan -profesor en la Universidad Gregoriana de Roma- cuenta que durante el Concilio Vaticano II lo llamaron los obispos norteamericanos para consultarle acerca de los carismas del Espíritu Santo; le pidieron un estudio acerca de los mismos. Sullivan narra que acudió a varias bibliotecas y se encontró con que el material que existía con respecto a los dones del Espíritu Santo era deficiente; en algunos diccionarios ni siquiera aparecía el término buscado.

También es digna de recordarse la polémica que se entabló durante el Concilio Vaticano II, entre el Cardenal Suenens y el Cardenal Ruffini, acerca de los carismas. El Cardenal Ruffini sostenía que «eran rarísimos y existían de manera excepcional». El Cardenal Suenens, en cambio, afirmaba que Dios concedía sus carismas hasta a personas muy sencillas.

De esta discusión brotó una seria reflexión del Concilio acerca de los dones del Espíritu Santo. Una de las declaraciones dice: «Los fieles (laicos) tienen derecho y el deber de usarlos (los carismas), en la Iglesia y en el mundo, para el bien de la humanidad y la edificación de la Iglesia» (Decreto sobre el apostolado de los laicos).

San Pablo sabía de sobra, como buen pastor, el papel que juegan dentro de la comunidad los dones del Espíritu Santo, por eso inicia su primera carta a los Corintios diciendo: «Hermanos, no quiero que estén en la ignorancia en lo que respecta a los dones espirituales» (1Co 12, 1). Alguien ha escrito que nuestra Iglesia, muchas veces, se encuentra en la pobreza, sentada sobre una mina de oro, porque no se le da debida importancia a los dones que el Espíritu Santo concede a la comunidad para su edificación.

## ¿Qué es un Carisma?

Uno de los equívocos más comunes es creer que toda cualidad que posea una persona es un «carisma», o «don espiritual». Es cierto que toda cualidad es un don de Dios, pero no por eso se puede llamar «carisma». El ateo puede tener una gran habilidad para la enseñanza; es un don de Dios, pero no es un «don espiritual», no es un «carisma».

El teólogo alemán Heribert Mühlen ha formulado una definición de carisma muy acertada. Dice Mühlen: «Carisma es una aptitud natural que ha sido liberada por el Espíritu Santo y asumida para el servicio de la edificación y crecimiento del Cuerpo de Cristo» («Espíritu, Carisma y Liberación», Secretariado Trinitario, Salamanca, España, 1975, pág. 254). Una cualidad natural no puede llamarse «carisma» hasta que no haya sido LIBERADA por el Espíritu Santo y puesta al SERVICIO de la comunidad. Por así decirlo, una cualidad natural tiene que ser «bautizada» para poder ser un «don espiritual» o «carisma».

A algunos les gusta hablar de los «siete» dones del Espíritu Santo; se basan en la enunciación de siete dones que hace el

profeta Isaías (Is 11, 2). Otros buscan detenidamente en la Biblia todas las listas referentes a los dones del Espíritu Santo, y se encuentran con 27 dones. Lo cierto que los dones del Espíritu Santo son incontables.

Muy elocuente es la imagen de San Pablo, en el capítulo 12 de la primera carta a los Corintios, en donde para hablar de los dones espirituales, exhibe a la Iglesia como el cuerpo de Cristo. Jesús es la cabeza; nosotros somos los miembros. Cada uno tiene determinada función en el cuerpo: las manos, los pies, los ojos, los oídos. Según Pablo, cada uno de nosotros hemos recibido «dones espirituales» para poder ser miembros útiles en ese cuerpo de Cristo. Desde el momento que nuestras cualidades naturales son liberadas por el Espíritu Santo y puestas al servicio de la comunidad, nos hemos convertido en cristianos activos en nuestra Iglesia, cooperando con los «carismas» que Dios gratuitamente nos ha regalado.

## **Son regalos de Dios**

La palabra griega CARISMATA, indica claramente que los carismas son «regalos» que Dios concede al individuo sin ningún mérito de su parte. En el capítulo 12 de la primera carta a los Corintios, Pablo especifica que un don es una «prueba» de la presencia del Espíritu Santo en el individuo (v.7). También afirma que el Espíritu Santo «da a cada persona lo que a El mejor le parece» (v.11). Nadie, entonces, puede protestar por no tener «determinado» don. Cada uno debe confiar en la sabiduría de Dios que nos sabe colocar en el lugar del cuerpo de Cristo que más nos conviene. El mismo Pablo hace ver la inconsecuencia de la oreja que dice: «Como no soy ojo, no soy del cuerpo (v.16).

Cada uno ha recibido de Dios, por medio del Espíritu Santo, lo que más le conviene para la misión que se le ha encomendado.

La Carta a los Efesios, en el capítulo cuarto, acentúa que los dones se nos conceden para cumplir con el «ministerio» -servicio- que se nos ha encomendado (v. 12). También dice que ese don se nos ha regalado para «edificación» de la Iglesia. Aquí «edificación» tiene el sentido de crecimiento espiritual (v.12). El don, que hemos recibido, tiene una finalidad también de tipo personal: para nuestra «maduración espiritual». La expresión que emplea la carta a los Efesios dice: «De ese modo alcanzamos la madurez y el desarrollo que corresponden a la estatura perfecta de Cristo» (v.13).

Por medio de los dones, el Espíritu Santo nos va trabajando espiritualmente para que nos «asemejemos», en santidad, a Jesús.

San Pablo, por eso, no duda en decirnos: «Aspiren a los carismas superiores» (1Co 12, 31). Según Pablo existen unos carismas «superiores». El mismo Pablo enumera algunos: «Apóstoles, profetas, maestros, milagros, curaciones, servicio, liderazgo, lenguas» (1Co 12, 28). Es muy digno de tenerse en cuenta este pensamiento de Pablo; él no tiene temor de invitarnos a «aspirar a los carismas superiores». Sabe que mientras más dotada esté una persona de los dones del Espíritu, más útil podrá ser a la comunidad, y se encontrará bien equipada para su crecimiento espiritual.

## **No son «algo raro»...**

Durante mucho tiempo ha prevalecido la falsa idea de que los carismas son «exclusividad» de nuestros grandes santos. En

nuestra iglesia los santos han ocupado un puesto de relevancia, pero se ha descuidado el aprecio de los carismas que lucen también en la generalidad de los fieles. El Concilio Vaticano II hizo resaltar este aspecto en lo referente a los carismas de los laicos.

También en nuestra Iglesia se ha dado mucha importancia a los «carismas superiores», que han adornado la vida de los grandes santos, y se han descuidado los «carismas ordinarios», que abundan también en los que no son santos de «primera categoría».

Todo cristiano es un «carismático» desde el momento que en su bautismo ha recibido la fuente de los carismas, el Espíritu Santo. Todo cristiano, como hijo de Dios, ha sido «equipado» con los dones que necesita para su santificación, y para el servicio en la comunidad. Pensar en lo contrario sería ir contra la doctrina bíblica, tan claramente expresada en la primera carta a los Corintios.

En las comunidades primitivas de la Iglesia, los «carismas» no se tomaban como algo «raro», reservado a un grupo selecto. Entre los cristianos primitivos lo normal era aceptar que poseían los dones del Espíritu Santo; basta recordar la multiplicidad de dones en la comunidad de Corinto.

Creemos que en la actualidad, ha surgido en nuestra Iglesia, un redescubrimiento del valor que tienen los dones del Espíritu Santo para el crecimiento espiritual de los individuos y para la «edificación» de la Iglesia. No es raro escuchar que estamos viviendo un nuevo «Pentecostés». En la actualidad, con gozo, constatamos cómo personas sumamente sencillas están ejercitando sus «dones superiores» con gran provecho de la Iglesia.

## **Todavía hay desconfianza**

En algunos ambientes todavía prevalece la desconfianza con respecto a los «carismas», sobre todo si aparecen en personas sencillas. Uno de los motivos es porque en muchas esferas impera el «racionalismo»; todo se quiere comprobar científicamente. San Pablo hacía notar que el hombre «no espiritual», no puede comprender las «cosas del Espíritu» (1Co 2, 14). Muchos de estos fenómenos espirituales solamente tienen una explicación desde la fe y la «experiencia».

Walter Smet, sacerdote y psicólogo, en su libro «Yo hago un mundo nuevo», narra que cuando asistía a grupos carismáticos, como un simple «crítico», no reportaba ningún beneficio espiritual para su vida. Hasta que se decidió a «entrar» con fe, entonces descubrió la fuerte presencia del Espíritu Santo y la abundancia de sus dones.

Abundan los «Nicodemos» que con su «ciencia» quieren descubrir a Dios. La ciencia solamente es una pauta para acercarse a Dios. El verdadero encuentro con Dios sólo llega cuando la persona, como Nicodemo, admite que «también él» tiene que «volver a nacer». Jesús, un día, lo expresó con claridad cuando dijo: «Padre, te doy gracias porque has revelado estas cosas a las personas sencillas y las has escondido a los sabios y entendidos» (Mt 11, 25).

**¿Carismas = Santidad?**

Por mucho tiempo se ha impuesto la idea de que «carisma» es sinónimo de santidad. Por eso algunos se consideran «fuera de lugar» en cuanto a los carismas.

Lo cierto es que una persona puede estar adornada con muchos carismas y ser una persona mediocre o mala en lo que respecta a la santidad. Dios concede los «dones» para el crecimiento espiritual del individuo y de la comunidad, pero el individuo puede hacer mal uso de esos «carismas»; puede emplearlos para su beneficio personal, para ganar prestigio, para enorgullecerse.

Sansón es un carismático y al mismo tiempo un individuo inmoral. Saúl profetiza y también odia a David, hasta intentar matarlo. Gedeón es instrumento de Dios para salvar a su pueblo, y termina en un estado deplorable de espiritualidad.

Carismas no indican santidad. Lo normal es que una persona santa, por eso mismo que se deja conducir por el Espíritu Santo, cada vez, vaya siendo enriquecida con más dones espirituales para que pueda servir mejor a la comunidad a la cual se ha entregado con fervor. Todos nuestros grandes santos presentan una gama vistósísima de «carismas superiores» con que Dios los fue dotando, conforme ellos se fueron abriendo, más y más, a la acción del Espíritu Santo.

Aquí cabe hacer una distinción muy necesaria. No es lo mismo «carismas» que «fruto del Espíritu». En Gálatas 5, 22, se enuncian concretamente las virtudes que sobresalen en la persona que deja obrar al Espíritu Santo en su vida. «El fruto del Espíritu -apunta a la carta a los Gálatas- es amor, gozo, paz, paciencia, bondad, amabilidad, mansedumbre, fe y templanza». Esta es la verdadera prueba de la santidad.

El fruto del Espíritu, que se manifiesta en las virtudes mencionadas, indica que el individuo se ha dejado conducir por el Espíritu Santo, y el Espíritu se manifiesta en él por medio de frutos de santidad.

Para saber si una persona es de veras santa, no hay que hacer el recuento de sus «carismas», sino hay que examinar si en ella se evidencia el fruto del Espíritu Santo: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, templanza.

Los Corintios se llegaron a creer «muy espirituales» porque abundaban los carismas en su comunidad. Pablo, que entendía de espiritualidad, los llamó «niños» en cuanto a su madurez espiritual porque en ellos no se evidenciaba el fruto del Espíritu Santo.

San Pablo les recalca a los Corintios que se puede tener una fe que mueve montañas, y hacer milagros espectaculares, pero que si no se tiene amor, no vale para nada (1Co 13). De aquí que «carismas», sin amor solamente sirven para vanagloria y perdición del que los posee.

## **Saber discernir**

El discernimiento es un don que no puede faltar en una comunidad, sobre todo en nuestros tiempos de tanta confusión. Jesús advirtió que aparecerían «falsos» profetas que harían señales milagrosas (Mc 13, 22). También señaló que en el día del juicio final, muchos llegarían aseverando: «Hemos profetizado en tu nombre... hemos hecho milagros...»; Jesús dice que les responderá: «No los conozco» (Mt 7, 23).

No basta hacer señales espectaculares para poder ser llamados «santos» o «espirituales». También por el poder del espíritu del mal se pueden obrar maravillas. Los magos de Egipto también repitieron las señales espectaculares que había hecho Moisés en nombre de Dios. En la actualidad, son muchos los «maestros» que llegan con señales espectaculares. Son muchos

los que se dejan «fascinar», por ellos, sobre todo en el campo juvenil. Aquí es donde se impone el examen acerca de los frutos del Espíritu Santo. Un cristiano «maduro» sabe cotejar lo que dice Jesús con lo que dicen otros «maestros» de moda. Un asiduo lector de la Biblia, bien orientado por sus legítimos pastores, no va a ser «embaucado», como está sucediendo a tantas personas «desobedientes» que le creen más al «espectáculo» que a la Palabra de Dios.

En la parábola, llamada de los talentos, Jesús nos llama la atención acerca de la «responsabilidad» que tenemos con respecto al buen uso de nuestros «dones espirituales». El Señor de la parábola premió a los que multiplicaron sus talentos, y castigó al que enterró su talento y no lo puso a fructificar (Mt 25, 15).

Cada uno de nosotros hemos recibido «talentos», «carismas» para nuestra santificación y para el servicio en la Iglesia. Dice también Jesús que «a quien mucho se le dio, mucho se le pedirá». Tenemos la grave responsabilidad de «descubrir» nuestros «dones» y de multiplicarlos y ponerlos al «servicio» de la comunidad.

Timoteo era un «carismático»; pero según parece, por su timidez, en un tiempo, no estaba «multiplicando» sus talentos. Pablo le tuvo que escribir : «No descuides el don que hay en ti» (1Tm 4, 14). También le exhortó: «Te aconsejo que avives el fuego de tu don» (2Tm 1, 6).

San Pablo, concretamente, dice que por medio de los dones espirituales Dios nos da «prueba de la presencia del Espíritu Santo». Esos dones son muestras fehacientes de que nuestro Padre, nos ha encomendado una misión en el mundo y que, al mismo tiempo, nos ha «equipado» con los medios necesarios -«los carismas»- para poder llevar adelante la misión que ha puesto bajo nuestra responsabilidad.

Si nos empeñamos en hacer fructificar esos «dones», el Espíritu Santo irá haciendo su obra en nosotros hasta que nos pueda presentar ante Dios para que le digamos: «Me diste diez, cinco, dos talentos, aquí los entrego multiplicados». Entonces escucharemos la voz de Dios. «Siervo bueno y fiel, entra y alégrate conmigo» (Mt 25, 21).

## 8. EL FRUTO DEL ESPÍRITU

No es raro que algunas personas creen que porque alguien se distingue en la comunidad por sus dones y carismas, sea un santo. Nada más fuera de la verdad. Sansón era un carismático, lo mismo que Saúl, al principio de su reinado; pero los dos de santos no tenían nada. No hay que confundir el “don” con el “fruto del Espíritu”.

El don es un regalo, una gracia especial, que Dios concede al individuo para que pueda cumplir una función en el Cuerpo Místico de Jesús, en la Iglesia. Puede recibir el don de predicación o de profecía, o de sanación. No por eso la persona automáticamente es santa. Si se sirve de ese don para estar al servicio de los demás con amor, con devoción, el don le servirá para su propia santificación.

San Pablo nos hace reflexionar seriamente acerca de nuestros dones, cuando escribe: “Si hablo las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo discordante. Y si hablo de parte de Dios, entiendo sus propósitos secretos, y sé todas las cosas, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo amor, no soy nada. Y si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y aun si entrego mi propio cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve” (1Co 13, 1-3).

Jesús también nos advierte que el día del juicio final, muchos se le van a presentar, asegurándole que han hecho milagros en su nombre y que en su nombre también han expulsado demonios. Jesús dice que les dirá: “Apártense de mi, obradores de iniquidad;

no los conozco” (Mt 7, 23). Según esto, se pueden tener muchos dones y, al mismo tiempo, ser malos cristianos y falsos profetas.

La santidad de un individuo no se aprecia por sus dones, sino por la vida de Jesús que se refleja en el individuo. Es lo que la Carta a los Gálatas llama “el fruto del Espíritu”. Según san Pablo en esta carta, la verdadera santidad se manifiesta cuando en el cristiano hay: “Amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, templanza” (Gal 5, 22). El fruto del Espíritu en una persona demuestra que esa persona se ha dejado trabajar por el Espíritu Santo, que la ha ido transformando, cada día más, hasta que han aparecido estas manifestaciones de la vida de Jesús, que san Pablo llama “el fruto del Espíritu”.

La Carta a los Gálatas se presta para un examen minucioso de conciencia para escrutar nuestro corazón. San Pablo en esta carta presenta una especie de test para que nos examinemos y veamos si somos personas “carneales” o “espirituales”. Reflexionando acerca de estas nueve expresiones, que exhibe el fruto del Espíritu, podemos darnos una respuesta muy importante en nuestra vida: si somos carneales o espirituales.

**AMOR.** Hay muchas clases de amor. Amor entre esposos, entre padres e hijos, entre hermanos, entre amigos. Nuestro amor, muchas veces, es un egoísmo refinado. Amamos nuestro yo en el tú de la otra persona. Buscamos en alguna forma una recompensa.

El amor al que se refiere la carta a los gálatas, en este pasaje, se enuncia con el término griego “agape”, que significa un amor desinteresado, que ama sin esperar recompensa. Jesús nos amó a nosotros, cuando todavía éramos pecadores, sus enemigos. Jesús expuso en la parábola del “Buen samaritano”, la práctica de ese amor desinteresado. El buen samaritano, al ver a su enemigo –un judío– que está malherido a la vera del camino, no duda en involucrarse en el problema de aquel individuo. Se mete en problemas para tratar de ayudarlo y salvarle la vida. Al concluir la

narración de la parábola, Jesús le dijo a su interlocutor: “Vete y haz tú lo mismo”.

Ese amor desinteresado es el que el Espíritu Santo va haciendo brotar en nosotros como un fruto de santidad. Un amor, que no es simple simpatía, sino un compromiso desinteresado hacia el otro.

**GOZO.** Al hablar de gozo, no entendemos simplemente un buen carácter. Jesús, un día, estaba agotado. Así lo encontraron sus apóstoles junto al pozo de Jacob. Jesús, no obstante su agotamiento, les dijo a sus apóstoles: “Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre” (Jn 4, 34). Jesús estaba muy cansado, pero muy gozoso porque estaba cumpliendo la voluntad de su Padre.

Nuestro gozo más profundo viene de sentirnos en comunión con Dios, haciendo su voluntad lo mejor que podamos. Así se explica el caso de Pablo y Silas en la cárcel de Filipos. Los habían metido en lugar más oscuro, los acababan de azotar, y ellos, a media noche, se pusieron a cantar Salmos al Señor. A pesar de las circunstancias, nadie les había podido quitar su gozo. Nadie había podido encadenar su alegría de hacer la voluntad de Dios (Hch 16, 25).

Jesús dijo: “Les he dicho estas cosas para que mi gozo esté en ustedes, y para que su gozo llegue a la plenitud” (Jn 15, 11). La revelación, que Jesús nos trae, tiene como finalidad que conozcamos la voluntad de Dios y la pongamos en práctica. De allí brota el gozo espiritual en lo profundo del corazón. Este no es un simple don que aparece en nosotros de un día para otro. Es una obra del Espíritu Santo en nosotros a través de muchos años.

**PAZ.** Los filósofos estoicos se distinguían porque luchaban por conservar la serenidad, a pesar de los más grandes sufrimientos. No era un fruto del Espíritu, sino el resultado de un esfuerzo

humano de tipo psicológico. Éste no es el fruto del Espíritu, al que se refiere san Pablo.

Ante todo, hay que recordar que la Biblia afirma: “No hay paz para el impío” (Is 57, 21). El impío es el que se ha apartado de Dios. Imposible que la paz de Dios pueda habitar en su corazón. Por eso tiene que acudir al licor, a la droga, a las pastillas para tratar de aliviar su estrés.

En cambio, el que está en la gracia de Dios, goza de su paz. Dice san Pablo: “Justificados, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rm 5,1). El que está en paz con Dios, está en paz consigo mismo y con los demás. Aunque los demás no estén en paz con él.

Esa paz es fruto de la vivencia del Espíritu Santo. Sólo así se explica la paz que demuestra Jesús, cuando puede dormir en medio de una tormenta en el mar. En el barco Titánic es explicable que alguien pueda dormir durante una tormenta, pero no en la barquichuela en la que iba Jesús, y en la que entraba agua por todos lados.

El libro de Hechos de los Apóstoles expone también el caso de Pedro, que en la cárcel duerme en la víspera de su posible ejecución. Acababan de martirizar a Santiago, ahora le tocaba el turno a él. El ángel, que Dios envía para liberar a Pedro, tiene que moverlo para que se despierte. Pedro podía dormir porque tenía la paz de Dios en su mente y en su corazón.

Momentos antes de que iniciara la pasión, el “escándalo de la pasión” para los discípulos, Jesús les dijo que les dejaba “su paz”. No la del mundo, que consiste en cosas materiales, en medicinas. En diversiones momentáneas. Además, el Señor les ordenó que no debía “turbarse su corazón”. Para Jesús, la paz también debe acompañarnos en los momentos más críticos de nuestra existencia.

Esta paz, a la que se refiere Jesús, no es producto de un ejercicio psicológico. Aquí se trata del fruto de la paz que proyecta

el Espíritu Santo, cuando el individuo se entrega en manos de Dios. Con razón san Pedro pudo escribir: “Echen en El sus preocupaciones, porque El cuida de ustedes” (1P 5, 7).

**PACIENCIA.** La paciencia consiste en la fortaleza para saber enfrentar las situaciones difíciles de la vida. El método que emplea el Espíritu Santo para producir el fruto de la paciencia es el de someternos a distintas pruebas. Nadie puede aprender a nadar sólo “en teoría”. Necesita lanzarse a la piscina. Nadie puede aprender a tener paciencia, si no ha logrado superar con éxito los distintos contratiempos, que continuamente se presentan en nuestra vida.

Alguien se quejaba de que todo le resultaba mal de repente: la computadora no funcionaba, la secretaria no había llegado ese día, su hijo estaba enfermo. Un amigo le hizo ver que era la respuesta del Espíritu Santo, pues le había pedido al Espíritu Santo que le concediera paciencia. No debía extrañarse.

Nuestra falta de paciencia hace sufrir a muchas personas y nos hace sufrir a nosotros mismos. El Espíritu Santo nos foguea en las pruebas para que cada vez vayamos saliendo vencedores en las distintas pruebas de la vida. Ese es el fruto de la paciencia.

Pablo es un modelo de paciencia. Por predicar el Evangelio, lo meten a la cárcel, lo apedrean, lo calumnian, lo azotan, naufraga. Sin embargo no es un hombre de lamentaciones, de reclamos a Dios. Pablo es el hombre de la alabanza. Porque el Espíritu Santo había ido depositando en su corazón el fruto de la paciencia.

**BONDAD.** Dice Jesús: “El hombre bueno de su buen corazón saca cosas buenas. El hombre malo de su mal corazón, saca cosas malas” (Lc 6, 45). Todos querían estar cerca de Jesús. Junto a Jesús experimentaban paz, gozo, confianza. Del corazón de Jesús sólo salían cosas buenas.

Todos quieren estar junto a la persona buena. Se sienten a gusto. De su corazón sólo se expande bondad, servicio a los demás, palabras de consuelo. Bernabé significa, hombre lleno de consuelo. Se ve que los que se acercaban a Bernabé, encontraban siempre una palabra de consuelo. Era el fruto de la bondad, que el Espíritu Santo había ido madurando en este cristiano ejemplar de la iglesia primitiva.

**BENIGNIDAD.** La persona que tiene el fruto de la benignidad se caracteriza porque no molesta ni mortifica a nadie. Busca que los demás sean felices. La Biblia describe a Dios como “lento a la ira y rico en misericordia” (Sal 103, 8). Jesús se acerca a la mujer samaritana, que es una mujer de múltiples adulterios; tiene que ponerle el dedo en la llaga de sus pecados; Jesús lo hace con delicadeza, con sumo amor. La mujer samaritana, al principio, se muestra agresiva, pero Jesús la va venciendo, poco a poco, con dulzura, con mucha benignidad. A Pedro, después de sus negaciones, Jesús se industria para buscarlo entre el gentío y lo mira con compasión. Esa mirada de benignidad le bastó a Pedro para comprender que Jesús lo había perdonado. El fruto de la benignidad, el Espíritu Santo lo va formando en el corazón con el correr de los años.

**FE.** Hay que distinguir entre el don de la fe y el fruto de la fe. El don de la fe consiste en la certeza que el individuo tiene en determinado momento para asegurar algo en nombre de Dios. Pedro va al Templo, ve a un tullido que le pide dinero. Pedro en nombre de Dios le ordena que camine. Aquel hombre comienza a saltar. Pedro, en este momento, fue favorecido con el “don de la fe”.

La Biblia de Jerusalén, al referirse al fruto de la fe, emplea más bien la palabra “fidelidad”. El fruto de la fe consiste esencialmente en fidelidad a Dios: lo que él pide y ordena. El que tiene el fruto de la fe busca serle fiel a Dios hasta en las cosas mínimas.

El que es fiel a Dios, por consecuencia, es fiel a sí mismo y a los demás. Jesús describe al hombre fiel como el “siervo bueno y fiel a quien al regresar, su señor lo encuentra con los lomos ceñidos en actitud de cumplir su voluntad” (Lc 12, 35). Jesús llama “bienaventurado” al siervo fiel. Será bendecido por Dios y será de bendición para los demás. Es el Espíritu Santo el que va llevando a la persona para que en todo le diga “Sí” a Dios. Así como la Virgen María, cuya vida fue un total sí a Dios: “Hágase en mí según tu Palabra”.

**MANSEDUMBRE.** Nadie nace “manso”. No es algo connatural en el ser humano. Manso viene del latín, “mansuetus”, que, a su vez viene del verbo latino, “mansuesco”, que significa “acostumbrarse a la mano”. El caballo indómito ya está amansado cuando obedece a la rienda de su amo. Manso es el que ha sido amansado por el Espíritu Santo, y es dócil a la voluntad de Dios.

La Biblia dice que Moisés era el hombre más manso. Pero a Moisés lo vemos, al principio, como un hombre violento. Mata a un egipcio para defender a un judío. Moisés, al bajar del Sinaí, cuando ve que el pueblo está adorando un becerro de oro, quiebra coléricamente las tablas de la ley. Moisés se dejó “amansar” por Dios. Hay una lenta conversión en él. Se convierte en el hombre que habla cara a cara con Dios y está a su total disposición.

Nadie nace manso. Todo lo contrario, nacemos con inclinación a la rebeldía, a seguir nuestro propio camino, y no el camino de Dios. El Espíritu Santo va debilitando nuestro yo hasta que estemos dispuestos a renunciar a nuestro antojo para seguir la voluntad de Dios.

**TEMPLANZA.** La templanza consiste en tener dominio de sí mismo. Con facilidad nos descontrolamos en nuestras actitudes, en nuestras palabras. Sansón con su fuerza excepcional

dominaba a sus enemigos, pero no lograba dominarse a sí mismo. Era juguete de sus pasiones lujuriosas.

El Espíritu Santo va puliendo, poco a poco, las aristas de nuestro carácter descontrolado para que podamos llegar a un sano equilibrio que nos traiga paz y no nos haga sufrir más de la cuenta.

## **Cómo lograr el fruto del Espíritu**

En la Biblia hay varias indicaciones de cómo dejarse moldear por el Espíritu Santo para que pueda hacer brotar en nosotros el fruto del Espíritu. Nos vamos a referir a tres de esas indicaciones: No obstaculizar la obra del Espíritu; permanecer unidos a Jesús para dar mucho fruto; tener sed de las cosas de Dios.

## **No estorbar la obra del Espíritu**

Hay varias expresiones en la Biblia que señalan en qué forma podemos bloquear en nosotros la obra del Espíritu Santo. San Pablo recomienda: “No entristezcan al Espíritu Santo” (Ef 4, 30), “No apaguen el fuego del Espíritu Santo” (1Ts 5, 19). Entristecer al Espíritu, es hacer algo que impide su obra de santificación en nosotros. En el contexto bíblico se entristece al Espíritu cuando hay odio, rencor, rebeldía, malas palabras, falta de oración.

El Espíritu Santo es fuego que purifica e ilumina, trae purificación, gozo, iluminación. Cuando hay pecado, cuando no se obedece a la Palabra, cuando se desprecian las inspiraciones del Espíritu, se está “sofocando” el fuego del Espíritu. Este es el verbo que emplea el original griego. Se impide que el fuego del Espíritu nos purifique, nos ilumine, nos llene de su gozo.

San Pedro le dijo a Ananías: “Has mentido al Espíritu Santo” (Hch 5, 3). Ananías y su esposa Safira intentaban aparentar santidad ante la comunidad, mientras llevaban en sus corazones un gran pecado. “Mentir al Espíritu Santo” es engañarse e intentar engañar a los demás aparentando santidad, cuando el corazón no está lleno del Espíritu, sino de pecado.

San Esteban les echaba en cara a los dirigentes judíos que sus padres siempre habían “resistido al Espíritu Santo” (Hch 7, 51). Esta expresión indica claramente que podemos bloquear en nosotros la obra del Espíritu. Por eso, un primer paso para favorecer que aparezca en nosotros el fruto del Espíritu, es evitar todo lo que pueda “entristecer al Espíritu Santo”, “apagar su fuego”. Todo lo que sea “mentir al Espíritu” o “resistir” a su dulce influencia.

## **Permanecer unidos a Jesús**

Por medio de la alegoría de la “Vid y los sarmientos” (Jn 15), Jesús nos indica cómo dar “abundante fruto”, es decir el “fruto del Espíritu”. La alegoría es una “comparación alargada”. Jesús se compara a la vid: nosotros somos los sarmientos, las ramas. Si permanecemos unidos a Jesús como la rama al árbol, vamos a dar mucho fruto. Se permanece unidos a Jesús, de manera especial, por medio de la fe, de la oración, de la lectura de la

Palabra, de los Sacramentos, de las obras de caridad, del apostolado, de la obediencia a sus mandamientos.

Jesús también asegura que si nos desprendemos de él, como la rama desprendida del árbol, nos vamos a secar, y sólo serviremos para ir a parar al basurero, al fuego. En la Noche Buena se ve esplendoroso el árbol de Navidad: adornado con luces de colores y regalos. A los quince días ese mismo árbol ya está en el basurero: se ha secado. No era propiamente un árbol, sino una rama desprendida del árbol: ya no le llegaba la savia y por eso se secó. Sin Jesús no somos nada. Si nos alejamos de la oración, de la Palabra, de los Sacramentos, de las obras de caridad, nos desprendemos de la mano de Jesús y quedamos a merced de las fuerzas del maligno que nos destruye.

Jesús dice: “Mi padre, el Viñador, corta las ramas que no dan fruto, pero si dan fruto, las poda para que den más” (Jn 15, 2). Nos parece lógico que el agricultor corte las ramas que no dan fruto; pero nos extraña que tenga que podar a las que dan mucho fruto. Sin embargo éste es el método de Dios. Por medio del Espíritu Santo nos va “podando” por medio de pruebas, que permite para que seamos purificados, para que sintamos la necesidad de estar cerca de él; para que caigamos en la cuenta de nuestra debilidad. Para que no nos olvidemos de qué barro estamos hechos (Sal 103).

Por medio de la “poda”, con su Palabra, que es espada, con las tribulaciones, Dios nos va cortando todo lo que impide nuestro crecimiento espiritual. De esta manera el Espíritu Santo nos va santificando para que aparezca más en nosotros la vida de Jesús, la santidad. Eso es lo que se llama el fruto del Espíritu.

## **Sed de las cosas de Dios**

El día de la Fiesta de los Tabernáculos, mientras el sacerdote estaba derramando agua cerca de las gradas del Templo, Jesús se puso a gritar: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba... del interior del que cree en mí brotarán ríos de agua viva” (Jn 7, 37-38). San Juan anota que Jesús se refería al Espíritu Santo, que iban a recibir los que creyeran en él. El Espíritu Santo es comparado por Jesús al agua que purifica y da vida. Jesús advierte que para gozar de esos “ríos de agua” del Espíritu, hay que tener, en primer lugar, sed de las cosas de Dios: de la oración, de la Palabra, de los Sacramentos, de las obras de caridad.

Una de nuestras tristes realidades es que tenemos mucha sed, pero de las “cosas del mundo”: diversiones, afanes materiales, placeres, muchas veces pecaminosos; nuestra mente está llena de lo que dice la televisión, la radio y los periódicos. Nuestra manera de hablar y de actuar demuestran claramente que nos falta mucho para que se pueda afirmar que tenemos “sed de Dios”. Es por eso tan necesaria la obra del Espíritu Santo para que despierte en nosotros el hambre de la oración, de la Palabra de Dios, del servicio amoroso a los hermanos.

De nuestra parte, por otro lado, debemos colaborar para que se despierte en nosotros el deseo impetuoso de las cosas de Dios. Primero, apartándonos de lo que nos “mundaniza”, de lo que nos aleja de las cosas de Dios. Luego, dando pasos positivos hacia Jesús, hacia su Palabra, su Iglesia, su comunidad. En el mundo secularizado en que vivimos, si no pertenecemos a una comunidad de oración, de amor, de sacramentos, nos vamos vaciando de espiritualidad y terminamos por ser unos cristianos, no de oración fervorosa, sino de una “mecánica devocional”, como llamaba el escritor Papini a muchas prácticas religiosas.

Cuando en nuestra oración diaria decimos: “Ven, Espíritu Santo”, sobre todo le estamos suplicando que despierte en nosotros el hambre de la Palabra de Dios, de la oración, del amor

a los hermanos. Cuando esta “sed de las cosas de Dios” vaya apareciendo en nosotros, se cumplirá la promesa de Jesús: “comenzarán a brotar en nuestro corazón los ríos de agua viva del Espíritu Santo”. Cuando esos ríos manan del corazón es porque el Fruto del Espíritu ha brotado en nuestra vida.

## **Sólo dos caminos**

En la Carta a los Gálatas (Gal 5, 19-23), san Pablo nos indica que sólo hay dos clases de personas: el hombre “carnal”, que se deja dominar por las cosas, por la mentalidad del mundo, que es contraria al Evangelio, y el hombre “espiritual”, que es dirigido por el Espíritu Santo. ¿En que categoría nos situamos?. La característica del hombre lleno del Espíritu Santo es que tiene el fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, templanza, ¡Qué difícil poder afirmar que somos “personas llenas del Espíritu”! ¡Qué fácil encontrar en nosotros tantas de las manifestaciones del hombre carnal, que describe el capítulo cinco de la Carta a los Gálatas: odios, rencores, borracheras, lujuria, idolatría...! Cuando leemos las nueve manifestaciones que enumera Pablo en Gálatas, como identificación del hombre en el que aparece el fruto del Espíritu, nos damos cuenta que allí está la lista de las muchas virtudes que nos faltan. Esto nos humilla ante Dios; pero no debe desalentarnos, sino animarnos a dejar trabajar más en nosotros al Espíritu Santo para que nos convierta en hombres llenos del Espíritu, en los que todos pueden apreciar el fruto del Espíritu, la vida de Jesús. El retrato de Jesús.

## 9. LLENOS DEL ESPÍRITU SANTO

Una canción muy pegajosa dice: «Jesús es mi COPILOTO». El autor de esa canción no cayó en la cuenta de que estaba diciendo un «disparate».

Copiloto es el que recibe órdenes del piloto; es el que ayuda al piloto. Jesús no puede ser un «copiloto» en nuestra vida.

Sin embargo, ésa es una realidad en muchas vidas. En algunos países hay un rey o una reina; pero el que verdaderamente manda es el primer ministro. Muchos a Jesús lo llaman «Señor», pero son ellos los que «controlan» sus propias vidas. A Jesús se le lleva como «ayudante» para pedirle algún favor en momentos de emergencia.

Cuando el Espíritu Santo llena la vida de un individuo, se cumple lo que Jesús dijo acerca del mismo Espíritu Santo: «El me honrará a mí, porque recibirá de lo que es mío y se lo dará a conocer a ustedes» (Jn 16, 14). Misión del Espíritu Santo es «hablarnos de Jesús», «ayudarnos a conocer mejor a Jesús». Estar llenos del Espíritu Santo es vivir en más profundidad a Jesús y permitirle que controle nuestra vida.

### Lo que obra en nosotros

Varias veces, en libro de los Hechos de los Apóstoles, se habla de «hombres llenos del Espíritu Santo». Cuando se

examinan esos pasajes, se observa cómo obra el Espíritu Santo en los individuos y los potencia para ejercer su misión de seguidores de Jesús. Veamos algunos de esos pasajes del libro de los Hechos.

El día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo invade a los 120, que están reunidos en el Cenáculo, los enciende en fuego misionero y les da poder para proclamar el Evangelio de Jesús. Una persona llena del Espíritu Santo se siente impelida a hablar de lo que lleva adentro.

En el capítulo 4, se expone el caso de una comunidad, que en tiempo de persecución, se reúne para orar; quedan llenos del Espíritu Santo que se manifiesta visiblemente por medio de un temblor fuerte que no los asusta, sino que los conforta. En el mismo capítulo se dice que Pedro, ante los que lo quieren silenciar para que no siga hablando de Jesús, es llenado por el Espíritu Santo y, de acusado, se convierte en acusador de los dirigentes religiosos a quienes echa en cara que dieron muerte al Mesías enviado por Dios.

A Esteban (cap. 6) se le muestra como un hombre «lleno del Espíritu Santo». Son muchos los que quieren rebatirlo en su proclamación del Evangelio, pero todos quedan confundidos ante la sabiduría que el Espíritu Santo le proporciona. El Espíritu Santo es nuestro «paráclito», nuestro ayudador en el momento de dar testimonio acerca de Jesús.

Cuando la comunidad quiere escoger a siete que se dediquen específicamente a obrar en favor de los más necesitados, lo primero que piensan es en que deben estar «llenos del Espíritu Santo». Es por medio del Espíritu Santo, que se «derrama en nosotros el amor de Dios» que sigue fluyendo hacia los otros (Rm 5, 5).

Ananías es un personaje que solamente se nombra dos veces en toda la Biblia (cap. 9); aparece como un hombre «llenos del Espíritu Santo»; es el instrumento que Dios emplea para que le

imponga las manos, nada menos, que a Pablo, para que reciba la salud y para que sea llenado del Espíritu Santo. Una persona llena del Espíritu Santo es un instrumento valiosísimo en manos del Señor.

Cuando se necesita un «evangelizador» para ser enviado a la ciudad de Antioquía, la comunidad no duda en pensar en Bernabé, pues todos saben que es un hombre «lleno del Espíritu Santo». Evangelizar no consiste en difundir enseñanzas acerca del mensaje cristiano; hay algo indispensable que no puede faltar en la Evangelización: la unción del Espíritu Santo. Sin ella no hay evangelización efectiva.

Cuando Pablo se tuvo que enfrentar al brujo Elimas, iba lleno del Espíritu Santo: lo increpó y aquel hombre quedó ciego (Hch 13, 8). El Espíritu Santo nos da poder para enfrentarnos a las fuerzas maléficas que pululan en el mundo.

En Antioquía, en momentos de dura persecución, el texto bíblico afirma que los cristianos «estaban llenos de alegría y del Espíritu Santo» (Hch 13, 52). El Espíritu Santo es Consolador y fuente de gozo y paz, que nadie puede arrancarnos porque van dentro de nosotros.

La presencia abundante del Espíritu Santo en un individuo hace que Jesús esté presente en él con sus dones y sus frutos. Entonces el individuo goza de la «vida abundante», que Jesús aseguró que tendrían las personas que le entregaran su corazón.

## **¿Cómo hacer?**

¿Qué hay que hacer para estar llenos del Espíritu Santo como los personajes de que nos habla el libro de los Hechos de los

Apóstoles? Ante todo una premisa: todos nosotros, el día de nuestro bautismo, recibimos el Espíritu Santo. A través del tiempo, con nuestros pecados y debilidades hemos ido «limitando» su acción en nosotros; El quiere manifestarse con abundancia, pero se encuentra «impedido» por nuestra falta de correspondencia. Nosotros tenemos al Espíritu Santo; pero él «no nos tiene a nosotros». No le hemos entregado el control de nuestra vida. Para emplear una imagen de tipo práctico, podríamos decir que nos hemos ido «vaciando» de la fuerza del Espíritu Santo. Es por eso que muchas veces en nuestra vida, sobre todo en momentos espirituales más fuertes, pedimos «una nueva efusión del Espíritu Santo», así como hacían los primeros cristianos en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 4, 29-31).

Jesús nos dio una pauta segura para poder estar «llenos del Espíritu Santo». El día de los Tabernáculos, mientras el sacerdote vaciaba un cántaro de oro con agua cerca de las gradas del templo, Jesús se puso a gritar: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba; del interior de los que crean en mí brotarán ríos de agua viva» (Jn 7, 37-38). San Juan explica que Jesús se refería al Espíritu Santo que iban a recibir los que creyeran. Aquí, en esta frase de Jesús, hay directivas muy seguras para buscar la presencia viva del Espíritu Santo en nuestras vidas.

En primer lugar, HAY QUE TENER SED. «El que tenga sed». Una característica de nuestro hombre moderno es la apatía por las cosas de Dios. Está imbuido en lo material, en el «tener» y en el «poder» para gozar. No tiene sed. Dios queda para los momentos de emergencia. La mujer samaritana, que se acercó al pozo, en cuyo brocal estaba Jesús, tenía sed del agua material, de placeres, de sexo; Jesús tuvo que curarla espiritualmente. Cuando ella pidió de beber, en ese momento Jesús pudo transformar su vida. Fue una nueva persona. Su marchita vida se convirtió en un gozo inexplicable.

David nos compartió su sed de espiritualidad; se comparó a un ciervo sediento que anhela las aguas del río. El que, como ciervo,

anhela las cosas de Dios, y, como la samaritana, dice: «DAME DE ESA AGUA», quedará saciado. Experimentará la presencia del Espíritu Santo en su vida.

Hay una condición que no se puede obviar. El recipiente, que debe ser llenado, tiene que estar LIMPIO. El Espíritu Santo es Santidad y no puede posarse sobre la basura. La paloma, que soltó Noé, no pudo detenerse sobre los cadáveres putrefactos que flotaban sobre el mar; tuvo que volver al arca. El Espíritu Santo sólo reposará en las almas puras.

San Pablo nos dice que nosotros podemos «ENTRISTECER AL ESPIRITU SANTO» (Ef 4, 30). Cuando no hay pureza de corazón, el Espíritu Santo queda «limitado» en nosotros. También dice san Pablo que podemos «apagar el fuego del Espíritu Santo» (1Ts 5, 19). El Espíritu Santo es fuego, es luz. Esa luz no puede «manifestarse» en nosotros, cuando hay pecado en nuestras vidas.

En las emisoras de radio, con frecuencia, entran interferencias que estorban la audición de una sinfonía. Nuestros pecados y debilidades son «interferencias» que obstaculizan la obra del Espíritu Santo en nosotros.

Nuestro corazón es como un vaso -para valernos de una comparación- que debe ser llenado por el Espíritu Santo. Es condición indispensable que ese vaso SEA ENTREGADO al Espíritu Santo. Esto se puede explicar con la escena del Apocalipsis en que se representa a Jesús tocando a la puerta. Jesús asegura que, si lo dejan entrar, cenará con el individuo que le abre su puerta. Es decir, le llevará una bendición muy grande. A todas las casas a donde llegaba Jesús, entraba su gozo, su paz, su perdón, su alegría.

Muchos tienen todavía a Jesús tocando a su puerta; todavía están pensando abrirle, pero en próxima fecha. No están en comunión con Dios. El Espíritu Santo no puede manifestarse como quisiera.

Otros, ya dejaron entrar a Jesús en su casa, pero lo tratan como a un HUÉSPED. Al huésped se le trata con mucha educación, pero se le retiene en la sala; no se le lleva a todas las habitaciones de la casa; al huésped no se le cuentan los secretos de la familia.

En muchas casas Jesús es un huésped de honor; pero no tiene acceso a muchas habitaciones. Para El hay muchos secretos. No controla la vida de esos individuos.

En otras casas ya se le abrió la puerta; además se le han entregado las llaves de todos los armarios. Es el Señor de la casa. Puede cenar con confianza y llevar las mismas bendiciones que llevó a la casa de Marta y de María, a la casa de Zaqueo, a la de Pedro.

Cuando Jesús es recibido como el Señor de la propia vida, entonces la persona queda «llena del Espíritu de Jesús». «Si alguno tiene sed -decía Jesús- acérquese y beba». Acercarse a Jesús, como la Samaritana, y creer que el, que no tiene una cubeta para sacar agua del pozo, puede darnos el agua que salta hasta la vida eterna, a eso se llama tener fe. Y ésta es la fe que Jesús quiere de nosotros cuando nos invita a ACERCARNOS a beber.

El que bebe se «apropia el agua». El que cree en Jesús, se apropia de su promesa de ser «llenado del Espíritu Santo». Los diez leprosos quedaron curados hasta que se pusieron a correr, creyendo que podían ser liberados de su terrible enfermedad. El hijo del alto oficial quedó curado cuando el padre comenzó a caminar hacia su casa, creyendo en la palabra de Jesús que le aseguraba que su hijo ya estaba curado. El Espíritu Santo invadirá nuestra vida, cuando con sed, después de habernos arrepentido de nuestros pecados, nos acerquemos a Jesús y le entreguemos el «vaso» de nuestro corazón para que lo llene con su Espíritu Santo.

Para saber si estamos llenos del Espíritu Santo, hay que ver si aparece en nosotros el Fruto del Espíritu: «amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, templanza» (Ga 5, 22).

Una persona puede tener muchos DONES, y no por eso estar llena del Espíritu Santo. Los dones son entregados «gratis» por Dios, sin ningún mérito de parte de la persona. El fruto del Espíritu Santo, en cambio, señala una respuesta por parte de la persona al amor de Dios. Entonces Dios se manifiesta en esa persona por medio de la santidad, en el fruto del Espíritu Santo, que menciona el capítulo cinco de la carta a los Gálatas.

## **Liberados por el Espíritu Santo**

Cuando un avión está sobre la pista, tiene encima la «ley de la gravedad» que lo mantiene como clavado en la tierra. De pronto ingresa el piloto en el avión, y pone en marcha los motores. Entra en acción, entonces, la «ley de la aerodinámica», y el avión es liberado por una fuerza superior y puede elevarse.

El hombre viejo, nuestras debilidades, nuestros pecados, nuestra indiferencia, el mundo que nos rodea, gravitan sobre nosotros y nos reducen a una vida puramente material, que se caracteriza por la falta de piedad y por la carencia del gozo y la serenidad, y la poca vivencia del amor. Cuando el Espíritu Santo invade nuestra vida, cuando le permitimos que controle nuestra vida, quedamos liberados por medio del Espíritu Santo de la fuerza del hombre viejo en nosotros. Comienza entonces nuestra elevación espiritual, la vida en el Espíritu, que se caracteriza por RIOS DE AGUA VIVA, que producen en nosotros UNA VIDA

ABUNDANTE, y destacan en nosotros el FRUTO DEL ESPIRITU SANTO.

Cuando Jesús no es un «copiloto» en nuestra vida, sino el «Señor» de nuestra existencia, cuando con sed ardiente nos acercamos a El y le entregamos el vaso de nuestro corazón para que lo llene, entonces, los RIOS DE AGUA VIVA comenzarán a brotar dentro de nosotros, y, con gozo, podremos experimentar que estamos «llenos del Espíritu Santo».

# 10. CÓMO NOS GUÍA EL ESPÍRITU SANTO

Fue el profeta Jeremías quien escribió algo sobrecogedor: «No hay nada tan engañoso como el corazón humano» (Jr 17, 9). Nuestro corazón está dañado por una falla de origen -el pecado original-, y nos juega malas partidas. La historia humana está saturada de equivocaciones de individuos que se dejaron sorprender por su engañador corazón. Ese corazón, que no duerme, es el centro de tantas bondades y de interminable falsedad. Nuestro corazón continuamente necesita ser «purificado e iluminado». Nuestra subconciencia es un pozo sin fondo; ni nosotros mismos sabemos qué hemos ido acumulando allí por espacio de muchos años. Esas profundidades cavernosas deben ser iluminadas para que las tinieblas no venzan a la luz.

Jesús conocía lo que «había en el corazón de los hombres»; no quiso que fuéramos desorientados por las mareas altas y bajas de nuestro engañoso corazón; por eso antes de partir, nos prometió un «Ayudador», que nos pudiera conducir siempre hacia «toda la verdad». Jesús prometió: «Cuando venga el Espíritu de la Verdad, El los llevará a toda la verdad» (Jn 16, 13). Dentro de nosotros habita el Espíritu Santo; cuando le permitimos actuar en nuestra vida, El purifica e ilumina nuestro corazón, y no le permite que nos desoriente.

**La Biblia**

El Espíritu Santo fue el que inspiró a los escritores de la Biblia. El fue quien los usó, con sus virtudes y defectos, para que se dejaran invadir por la Palabra de Dios y la pusieran por escrito. Por eso la Biblia es un libro diferente con respecto a todos los demás del mundo.

El Espíritu Santo es el maestro indispensable para penetrar en la Biblia. Sin su ayuda, el libro Sagrado se convertiría en una «selva oscura», como en la que se perdió el poeta Dante.

Jesús, en una oración al Padre, nos abrió los ojos para que no pusiéramos barreras a la acción del Espíritu Santo en nosotros. «Gracias, Padre -decía Jesús- porque has revelado estas cosas a las personas sencillas, y las has escondido a los sabios y entendidos» (Mt 11, 25). El orgullo es muro de contención contra los ríos de agua viva que el Espíritu Santo quiere desbordar en nosotros. La autosuficiencia, el estar llenos de nosotros mismos, le impide al Espíritu Santo llenarnos. La humildad, en cambio, es árbol verde que atrae la lluvia de gracia del Santo Espíritu de Dios.

En la Sagrada Escritura, Dios nos ha ido exponiendo su plan de salvación. A esta relevación del Espíritu no llegamos solos, sino en comunidad, en Iglesia. San Pedro muy preventivamente nos hizo ver que la Biblia «no es de interpretación privada» (2P 1, 20). Muchos se han aventurado a ingresar en la Biblia creyendo tener «hilo directo» con el Espíritu Santo; las consecuencias han sido fatales. Con la Biblia bajo el brazo, son muchos los que han fraccionado la «única» Iglesia que Jesús fundó. Con la Biblia bajo el brazo unos le llaman blanco a lo negro y viceversa. Tenía razón San Pedro, el primer Papa de la Iglesia, cuando advertía que la Biblia «no es de interpretación privada» (2P 1, 20). La Biblia ha sido entregada, no a los individuos, personalmente, sino a la Iglesia. Es dentro de la Iglesia donde hay que interpretarla.

Donde dos o tres están reunidos en nombre del Señor, allí se va a manifestar el Espíritu Santo como el gran maestro que nos

tomará de la mano y nos irá «llevando a toda la verdad».

El primer salmo de la Biblia dice claramente que es «dichoso» el hombre que día y noche medita en la Escritura. Es porque allí está el dedo de Dios indicándonos cuál es la ruta de salvación; cuál es su voluntad para que nos podamos realizar, en este mundo, como hombres de bien. La Biblia, entonces, es un camino seguro por medio del cual el Espíritu Santo nos va guiando a «toda la verdad».

## **El hombre espiritual**

San Pablo, muy conocedor de las cosas del Espíritu, hacía notar que si un individuo no es «espiritual» y se deja llevar por los criterios de este mundo, no podrá captar las cosas -las inspiraciones- del Espíritu (1Co 2, 14).

El hombre espiritual, hombre de oración, de meditación y de acción -Marta y María aunadas-, tiene antenas espirituales parabólicas; mientras los demás logran captar sólo tres canales, él logra aprisionar más de cien canales por medio de los cuales le llegan las inspiraciones del Espíritu Santo; porque, por lo común, el Espíritu Santo no nos va guiando por medio de «apariciones», sino de «inspiraciones», que solamente logran captar lo que están en comunión con Dios.

El pecado, está plenamente demostrado, es «interruptor» potentísimo que impide que nos llegue con claridad la voz de Dios. Se escucha, pero como en medio de mil interferencias. Cuando aparece el pecado, se corta la comunicación, y nuestro engañoso corazón sigue su retorcido curso por su cuenta y riesgo, sin contar con la iluminación del Espíritu Santo.

Mientras la comunidad de Bernabé y Pablo permanece en intensa oración, el Espíritu Santo se comunica con ellos y les indica que deben enviar a Bernabé y a Pablo a una misión que él les señala (Hch 13, 2).

Mientras Pedro está en actitud reflexiva, en una terraza, el Espíritu Santo lo empuja, por medio de señales evidentes, para que vaya a la casa de Cornelio, y comience la evangelización entre los paganos.

Felipe es un hombre muy espiritual, y, por eso, al menor impulso del Espíritu Santo, abandona lo que está haciendo y se deja conducir hasta el carruaje de un hombre etíope; no sabe para qué lo llevan hasta ahí. Solamente se deja conducir. Una vez junto al carruaje, comprende que su misión es explicar las Escrituras a aquel pagano, y bautizarlo.

Solamente si somos «personas espirituales», sabremos estar con el oído atento a la voz del Espíritu que ingresa en los corazones de los que tienen bien orientadas sus antenas espirituales.

## **Los signos de los tiempos**

«Los signos de los tiempos», una frase muy querida por el Papa Juan XXIII. El supo leer «los signos de los tiempos»; se dejó conducir por el viento del Espíritu y se metió en una empresa -el Concilio- que, para un anciano de su edad, parecía una «locura».

El hombre espiritual está atento a los «signos de los tiempos». Sabe dialogar con Dios y con los hombres, y luego se deja conducir. San Pablo quería ir a evangelizar a Asia; pero se le cerraron las puertas; dice la Biblia con frase misteriosa: «El

Espíritu Santo se lo impidió» (Hch 16, 6). Intentó ir a Bitinia; se repitió lo mismo: el mismo Espíritu Santo no lo permitió. Hasta que fue el mismo Espíritu Santo que, en la manera más impensada, le dio la señal de partida a Pablo. Durante un sueño, Pablo ve a un hombre de Macedonia que lo llama; Pablo entiende el signo de Dios, y enfila hacia Europa. Ahora no se cerraron las puertas, sino que se abrieron de par en par.

Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto. El Evangelio de Mateo (4, 1) expresamente dice que el Espíritu «empujó» a Jesús al desierto para ser tentado. La voluntad de Dios era que, en medio del desierto, Jesús definiera su posición; que rechazara todo camino fácil y escogiera el camino de la cruz. El sufrimiento puede ser «signo» de Dios; cuesta leerlo, pero por medio del dolor, el Espíritu Santo puede indicarnos la ruta que Dios quiere para nosotros.

Saúl no supo esperar el «tiempo de Dios»; prefirió atenerse a «su tiempo»; como tardaba en llegar el sacerdote Samuel, se metió a «hacer de sacerdote». Dios lo repudió. Samuel le dijo claramente: «Más le agrada a Dios la obediencia que el sacrificio» (1S 15, 22).

La Virgen María, en muchas oportunidades, no «comprendió» las cosas de Jesús; pero nunca se precipitó en su actuación; supo «guardar y meditar todas estas cosas en su corazón» (Lc 2, 19). Estaba llena del Espíritu Santo, y, por eso mismo, le permitió guiarla. En el Evangelio, María solamente dice lo indispensable: sólo lo que el Espíritu Santo le inspira. Cada una de sus palabras es un mensaje maravilloso.

La mejor manera de permitirle a Dios que nos guíe por medio de su Espíritu Santo, es «conservar y meditar» la palabra de Dios en el corazón. Cuando la persona procura estar atenta a la voz de Dios, el Señor no se hace esperar y envía sus señales para que vayamos aprendiendo a leer su «lenguaje morse», hecho de circunstancias y de inspiraciones.

## Madre y Maestra

En los primeros tiempos de la Iglesia, se suscitó un problema de grandes dimensiones, que amenazaba dividir la Iglesia que Jesús quiso unida. Algunos comenzaron a exigir la «circuncisión» como indispensable para ser seguidores de Jesús. Otros -como Pablo y Bernabé- alegaban que la circuncisión era solamente para los judíos. Fue dolorosa y tensa la prueba por la que pasó la Iglesia (Hch 15).

Pablo no se fue a la Biblia para encontrar él solo una solución. Tampoco Pedro pretendió que Dios se comunicara directamente con él por medio de la Escritura. Todos los apóstoles y los dirigentes principales de la Iglesia se reunieron en Concilio -el Concilio de Jerusalén-. Allí meditaron y oraron. Y el Espíritu Santo no se hizo esperar. Se sintieron guiados por el Espíritu del Señor, y así lo expresaron en su carta pastoral, que enviaron a toda la Iglesia, que iniciaba afirmando: “Le ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros...” (Hch 15, 28).

El Espíritu Santo nos siguen guiando por medio de la Iglesia que Jesús nos dejó. Jesús habló de «su Iglesia». Por algo a Pedro le entregó unas llaves simbólicas; por algo también estableció a los apóstoles como «columnas» en su Iglesia (Ga 2, 9).

Para formar iglesia se necesita humildad, obediencia. Es más fácil ser un «francotirador» y andar afirmando, con la Biblia bajo el brazo, que no hay necesidad de repetir la escena de los apóstoles y dirigentes reunidos en concilio. Para ser Iglesia, se necesita saber escuchar a Dios y a los hombres. El que con autosuficiencia pretende escuchar a Dios, que le habla solamente a él, no es

Iglesia. No sigue el ejemplo de los apóstoles y los líderes de la Iglesia apostólica. Los «francotiradores» tienen buen «record» de «divisionismo» en la Iglesia.

La Tradición, en nuestra Iglesia, es una guía muy segura del Espíritu Santo. Ahí vemos cómo Dios, por medio de su Espíritu, fue guiando a los que tuvieron íntima relación con los apóstoles. Ahí se nos exhibe la manera cómo la Iglesia, guiada por el Espíritu, supo hacerle frente a las tempestades que se suscitaron a través de los siglos. Ahí se nos muestra cómo el Espíritu Santo fue inspirando a nuestros grandes santos, que nunca provocaron «divisiones», sino que supieron «morir a su orgullo» para que viviera la Iglesia de Jesús.

Dice la Biblia: «El varón obediente cantará victoria». El que es fiel a su Iglesia, podrá evidenciar cómo el Espíritu Santo, que entregó la Biblia a la Iglesia, sigue hablando en la Iglesia y la continúa «guiando hacia toda la verdad».

## **Los Instrumentos**

Una de las realidades evidentes, en la Biblia, es que Dios se sirve de «instrumentos» humanos para guiar a los hombres. Muchas veces, en la Biblia, se habla de «ángeles»; el término griego ANGELOS significa «mensajero».

Con facilidad, al escuchar la palabra ángel, nos imaginamos esos cuadros en donde los ángeles aparecen con alas. Los mensajeros a los que alude la Biblia no son precisamente ángeles con alas. Dios dispone de muchos medios para hacer llegar su gracia a los hombres. Lo importante es que el hombre logre «leer el signo de Dios», que le es enviado en muy variadas formas.

Dios se comunica con nosotros esencialmente por medio de Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el «mensajero por excelencia». El mismo Santo Espíritu mueve a las personas para que se conviertan en instrumentos portadores de la Gracia de Dios. El Espíritu «impulsó» a Felipe para que se acercara al carruaje en el que iba un etíope que no lograba penetrar en el sentido de las Escrituras. Felipe se convirtió en instrumento del Espíritu para que en el etíope se cumpliera lo que dice San Pablo: «La fe viene como resultado del oír la Palabra de Dios» (Rm 10, 17). Al entender la Escritura, el etíope pidió el bautismo.

El sacerdote Elí no era ningún santo; y fue precisamente de él de quien se sirvió el Espíritu para aconsejar al joven Samuel. Le dio una indicación muy práctica; le dijo que en lugar de afanarse por voces misteriosas, que escuchaba en la noche, que simplemente dijera: «Habla, Señor, que tu siervo escucha». Fue el profeta Natán el rayo de luz que envió el Espíritu Santo a David para que reconociera su pecado y se arrepintiera. Fue el falso profeta Balaam a quien inspiró el Espíritu Santo para que bendijera al pueblo de Israel. Fue un mensajero -un ángel- quien le sirvió a la Virgen María la dichosa noticia de su maternidad virginal con respecto a Jesús. Fue el anciano Simeón, lleno del Espíritu Santo, el que le predijo a María que su Niño le traería muchos problemas; que por su causa una espada de dolor le atravesaría el corazón. Fue el laico Ananías quien se presentó a Pablo para decirle, de parte de Dios, que le impondría las manos para que se curara de la ceguera y recibiera el Espíritu Santo.

En toda la historia de la salvación se aprecia una cadena de «mensajeros» de los que se sirve el Espíritu para hacer llegar su mensaje de Gracia, que viene de parte del Padre, por intermedio de Jesús.

Hay algo muy curioso: fue el mismo profeta Samuel el mensajero tanto para David como para Saúl; él los ungió a los dos; los dos pecaron gravemente; David se arrepintió de corazón. Saúl fingió arrepentimiento, pero su corazón se revistió de una

coraza de autosuficiencia que le impidió reconocer su pecado y la misericordia de Dios.

No basta recibir al «mensajero» -al ángel de Dios-; hay que aceptar el mensaje, y decir como María: «HAGASE». Hay que permitirle al Espíritu Santo que nos conduzca, no como a nosotros se nos «antoja», sino como El dispone que sea para nuestro bien. Al Espíritu Santo no le podemos imponer la clase de «mensajeros» que nosotros queremos; al Espíritu Santo, simplemente hay que abrirle las puertas del corazón y dejar que nos traiga el regalo que nuestro Padre nos envía por intermedio de Jesús.

## **Ven, Espíritu Santo**

Muchas veces nos arrepentimos de empresas en las que nos hemos embarcado y en las que hemos fracasado. «¿Qué pasó?», nos preguntamos. Lamentablemente hemos corrido por nuestra cuenta y riesgo sin asegurarnos de que íbamos guiados por el Espíritu Santo. Jesús a sus apóstoles, por eso, les prohibió moverse de Jerusalén hasta que no tuvieran el «poder de lo alto», el Poder del Espíritu Santo (Lc 24, 49).

Algo básico en nuestra vida espiritual es saber consultar a Dios por medio del Espíritu Santo, en todos nuestros proyectos, grandes o pequeños.

Por eso, nuestra Madre la Iglesia nos enseña a repetir: «VENI, SANCTE SPIRITUS», «Ven Espíritu Santo». Además, hay que saber esperar el tiempo de Dios, que es muy distinto de nuestro tiempo. Hay que aprender a leer los signos de Dios y a interpretar su misterioso lenguaje. Hay que estar atentos a sus

«mensajeros»: que nadie esté esperando «ángeles con alas» porque se va a quedar sin mensajes.

Conforme nos esforcemos por acercarnos a Dios por medio de la oración, la meditación de su Palabra, las obras de amor y los Sacramentos, el Espíritu Santo nos irá moldeando, más y más, hasta que estemos plenamente dispuestos a que controle nuestras vidas para nuestra maduración espiritual, y para ser mejores instrumentos en las manos de Dios.

# 11. EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIRGEN MARÍA

Es muy notorio, en el Nuevo Testamento, que, con frecuencia, cuando se nombra a la virgen María inmediatamente se menciona también al Espíritu Santo. Es un dato muy significativo que pone de relieve la «íntima unión» que existe entre EL ESPÍRITU SANTO y LA VIRGEN MARIA.

## La Anunciación

La Virgen María le pregunta al ángel cómo es posible que Ella quede embarazada, si no está viviendo con ningún hombre; se le responde: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1, 35). Esto nos hace recordar lo que sucedía en el Antiguo Testamento; cuando alguien era seleccionado para una misión importante, el Espíritu del Señor «caía» sobre el individuo y lo «equipaba» para cumplir la misión que Dios le había asignado. Así sucedió con Sansón, con Gedeón y con muchos otros personajes famosos.

A María se le indica que el Espíritu Santo «descenderá» sobre ella. Habitará en Ella. Es la «nueva forma» de presencia de Dios en el individuo en la Epoca del Espíritu Santo, en el Nuevo Testamento. Jesús, en la Última Cena, les recalca a sus apóstoles que el Paráclito estará «en ellos» (Jn 14, 17). Hará morada en

ellos. Con la Virgen María se inicia esa nueva forma de presencia «permanente» del Espíritu Santo en el individuo.

El estudioso de la Virgen María, René Laurentin, llama a la Anunciación el «Protopentecostés». La Virgen María recibe un Pentecostés «adelantado».

En el Antiguo Testamento, el pueblo judío portaba en el Arca de la Alianza lo más santo que tenía. Allí estaban las Tablas de la ley, un poco de maná, y la vara de Aarón. María es la «nueva» Arca de la Alianza del Nuevo Testamento. Con la gran diferencia que Ella no es portadora de «algo simbólico», sino de la misma «divinidad». Ella lleva a Dios en su seno. Ninguna criatura ha estado más unida al Espíritu Santo como la Virgen María.

En la Biblia, para hablar del matrimonio, se emplea la expresión «ser una sola carne», «una sola persona»; María y el Espíritu Santo forman un «matrimonio místico», del que nace Jesús. Por eso a la Virgen María se le da el título de «Esposa del Espíritu Santo».

Josué, un día, se postró ante el Arca de la Alianza (Jos 7, 6). No la adoró; simplemente la «veneró» como portadora de lo más santo que el pueblo judío conservaba. Nosotros no «adoramos» a la Virgen María -sólo se puede adorar a Dios-; «la Veneramos» como la Nueva Arca de la Alianza: Ella retuvo, como Sagrario viviente, a Jesús durante los meses de su gestación.

## **Una visita memorable**

Muy reveladora es la escena de la visita de la Virgen María a Santa Isabel. El texto bíblico expresamente apunta que «apenas» Isabel escuchó la voz de María, quedó «llena del Espíritu Santo»,

y que el hijo, que llevaba en su seno -Juan Bautista-, también quedó santificado (Lc 1, 41).

La Biblia con frecuencia pone de relieve la bendición que Dios envía a otras personas por medio de sus santos. Elías llega a la casa de la viuda de Sarepta, que está al borde de la desesperación por carecer de alimentos. Con la llegada del profeta Elías, todo cambia. Abundan la harina y el aceite (1R 17, 9).

Tanto Elías como los demás santos son grandes luminarias en el mundo, pero nunca pueden ser colocados a la par de la «Bendita entre todas las mujeres» –María–. Por medio de los grandes santos, el Señor ha enviado bendiciones muy singulares a sus hijos. La sombra de Pedro llevaba salud a los enfermos. Por medio de su Madre, un canal privilegiado, Dios continúa regalando incontables bendiciones a sus hijos.

Alguien ha llamado a la Virgen María «el Juan Bautista del Espíritu Santo». Juan Bautista preparó el camino a Jesús. María prepara el camino para que llegue la bendición del Espíritu Santo a la vida de una persona. Y es lo que se repite tantas veces en el Evangelio: aparece la Virgen María, y, al momento, se está haciendo presente, en alguna forma, el Espíritu Santo.

María nos ayuda a disponernos a recibir al Espíritu Santo. Con la llegada del Espíritu Santo, nos acercamos a Jesús y comprendemos mejor la acción de Dios Padre en nuestra salvación. La Virgen María llegó a visitar a su prima Isabel; aquella anciana «experimentó» que llegaba a su vida una gran bendición, y por eso, «llena del Espíritu Santo», se unió a la oración de alabanza que entonó la Virgen María -El Magnificat-, en que se enumeran las bondades de Dios en la historia.

Nuestro acercamiento a la Virgen María -nuestra devoción a la Madre de Jesús- nos lleva a abrirnos más a la acción del Espíritu, porque la misión esencial de la Virgen María es acercarnos a Jesús que, por medio del Espíritu, nos lleva hacia el Padre.

## En el templo

La Biblia narra que cuando la Virgen María llevó a su Niño al templo para «presentarlo», se hicieron presentes dos personas «llenas del Espíritu Santo»: el anciano Simeón y la profetisa Ana. A los dos los impulsó el Espíritu Santo para que estuvieran presentes en ese instante solemne en que, por primera vez, el Mesías esperado ingresaba en el Templo de Jerusalén (Lc 2, 25-38). Es muy indicativo que estas dos personas «llenas del Espíritu Santo» sepan captar los «signos de los tiempos» y descubran al Mesías en aquel Niño que no presenta ninguna característica externa especial. Sugeridora es también la escena de Siméon y de Ana que se acercan a María para que ella les «muestre» a su Hijo. Esto nos hace reflexionar en la «experiencia» de «acercamiento» a la Virgen María que han tenido grandes santos en la tradición católica. Para ellos «acercarse» a la Virgen María ha sido encontrarse más fácilmente con Jesús. El papel de la Virgen María es «tener a su hijo en brazos» y «mostrarlo» a los demás. Como Siméon y Ana, son multitudes de personas que han sido llevadas junto a la Virgen María para que Ella repita la escena del templo: les muestre a su Hijo.

A San Bernardo le encantaba llamar a la Virgen María «acueducto» de la Gracia. No la llama fuente de la Gracia, sino «acueducto». Del acueducto no mana el agua. El acueducto simplemente es «empleado» para llevar el agua. La Virgen María solamente es «empleada» para acercar a las personas a Jesús.

El primero que descubrió lo que significa la presencia de María en la propia vida, fue San Juan, el primer devoto de la Virgen María. El tuvo la suerte de «llevarse a su casa» (Jn 19, 27). Ahí

aprendió lo que implica estar cerca de la «llena de Gracia». No por nada San Juan es el teólogo más eminente entre los evangelistas. No por nada San Juan es el visionario del libro del Apocalipsis.

## **Tres regalos**

Desde la cruz, Jesús dejó tres grandes regalos a su Iglesia. Al abrirse su corazón, brotó su sangre, que destruye nuestro pecado (1Jn 1, 7). Al «entregar su espíritu», dice un comentarista, entregó su espíritu a Dios, y su Espíritu Santo a los hombres. San Juan Crisóstomo afirma que el agua, que San Juan vio brotar del costado de Cristo, tiene un simbolismo que no hay que descuidar: es la nueva vida en el Espíritu Santo. Allí estaba, en ese momento, María junto al evangelista que nos habla de ese instante sublime en que Jesús entregó su Espíritu. Además, Jesús, en ese instante, comisionó a su Madre para que fuera la «mamá» de su Iglesia: «Madre, he ahí a tu hijo». Juan, junto a la Cruz, nos representó a todos, y «se llevó a la Virgen María a su casa» (Jn 19, 27). La Iglesia recibió, en ese momento, a María como uno de los preciosos regalos que Jesús quiso ofrecer a su Iglesia antes de su muerte y resurrección.

El Señor dejó a la Virgen María en su Iglesia, como signo de bendición para todos. Isabel experimentó la presencia del Espíritu, cuando María fue a visitarla. María fue también bendición para Juan cuando vivió en su compañía. María sigue siendo «bendición» para todos los que, como Juan, la llevan a su casa.

## María en Pentecostés

María tuvo su Pentecostés personal el día de la anunciación. René Laurentin lo llama el Protopentecostés de María, es decir, un adelanto de Pentecostés. San Lucas expresamente nombra a María entre los miembros de la Iglesia naciente que están reunidos en el cenáculo y «perseveran en la oración» (Hch 1, 14). María había recibido la orden de Jesús de hacerse cargo del «Jesús visible», que se quedaba en la tierra, la Iglesia: «Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu madre» (Jn 19, 26-27). Tanto María como San Juan comprendieron perfectamente las palabras de Jesús. A María se le encomendaba el cuidado maternal de la Iglesia, el cuerpo místico de Jesús. Juan recibió, en nombre de toda la Iglesia, a la Madre que Jesús dejaba para todos los creyentes.

María en el Cenáculo, mientras persevera en la oración con sus hijos, ya está llena del Espíritu Santo. Ya recibió su Pentecostés personal. Ahora, con sus consejos maternales, y, sobre todo, con su oración, ruega para que aquella Iglesia naciente, su nuevo hijo -el Cuerpo místico de Jesús- se abra a la acción del Espíritu Santo. En el Cenáculo, el día de Pentecostés, María recibe una «nueva efusión del Espíritu Santo» y comparte con toda la Iglesia los carismas que el Espíritu Santo concedió visiblemente a la Iglesia ese día. María es la primera carismática de la Iglesia. Llena del Espíritu Santo, y el modelo de cómo debe ser la Iglesia de Jesús que, necesariamente, tiene que ser carismática, es decir, llena de la presencia del Espíritu Santo. Es muy llamativo el hecho que cuando María tiene su Protopentecostés en su casa de Nazaret, inmediatamente siente la urgencia de ir a compartir con su prima Isabel su experiencia del Espíritu Santo. Cuando los apóstoles y los discípulos reciben el don de Pentecostés también se ven impedidos a salir de la casa de Pentecostés para ir a llevar a todo el mundo su experiencia pentecostal. María, como modelo de la Iglesia, nos

precede en señalarnos que el ser llenados del Espíritu Santo no es para quedarnos embelesados en éxtasis místicos, sino para llevar a otros el mensaje con el poder del Espíritu Santo. La Iglesia de Jesús es una Iglesia carismática, llena de los dones del Espíritu Santo, que, en compañía de María, siente la urgencia de ir a compartir con los demás su experiencia de Jesús, que se manifiesta visiblemente por medio de sus dones espirituales.

## **Los carismas en la Virgen**

El santo es alguien que cada día se va entregando, más y más, a Dios, por eso Dios lo va invadiendo con su Santo Espíritu, y lo va revistiendo de ricos carismas para que pueda ser su valioso instrumento en la comunidad. Entre más importante sea el encargo que Dios ha confiado a alguien, más carismas le concede para que pueda desempeñar su misión a cabalidad.

Por medio de los dones, el Espíritu Santo nos va trabajando espiritualmente para que nos «asemejemos», en santidad, a Jesús.

San Pablo, por eso, no duda en decirnos: «Aspiren a los carismas superiores» (1Co 12, 31). Según Pablo existen unos carismas «superiores». El mismo Pablo enuncia algunos: «Apóstoles, profetas, maestros, milagros, curaciones, servicio, liderazgo, lenguas» (1Co 12, 28). Es muy digno de tenerse en cuenta este pensamiento de Pablo; él no tiene temor de invitarnos a «aspirar a los carismas superiores». Sabe que mientras más dotada esté una persona de los dones del Espíritu, más útil podrá ser a la comunidad, y se encontrará bien equipada para su crecimiento espiritual.

La Virgen María es la servidora principal de la comunidad. El Señor la equipó de rica gama de dones espirituales para que pudiera realizar la importantísima misión que le había confiado como su principal colaboradora en la obra de salvación. A María, Dios mismo, por medio de un ángel, la llama «llena de Gracia». Por eso no es aventurado afirmar que Ella estaba adornada con extraordinarios carismas del Espíritu Santo.

EL DON DE PROFECIA es evidente en María. El profeta es el que habla en nombre de Dios. El profeta es el portador de la Palabra. María es la profetisa por excelencia. Ella llevó dentro de sí la Palabra encarnada. Ella se convierte en una Biblia viviente.

Cuando Jesús ya no estaba físicamente presente en medio de la comunidad, muchos acudirían a la casa de la Virgen María -la casa de Juan-, para recabar datos acerca de Jesús. ¿Cómo era de niño, de adolescente? ¿Cómo habían vivido en Belén, en Nazaret, en Jerusalén? María, de esta manera, se convierte en la gran «evangelizadora» de la comunidad primitiva. Ella, como Juan cuenta lo que «ha visto y oído». Los comentaristas nos dicen que la fuente de donde San Lucas tomó los datos acerca de la infancia de Jesús los tiene que haber obtenido en la casa de la Virgen María. Sólo Ella podía informar acerca de las «intimidades» de Belén, de Nazaret, de Egipto, de Jerusalén.

El gran mensaje de María, como profetisa, lo pronuncia en Caná: «Hagan lo que El les diga» (Jn 2, 5). Ese es el repetido mensaje de María a la Iglesia. Es el mismo de las «apariciones» de la Virgen María, que han sido aprobadas por la Iglesia. Todo lo que la Virgen María tiene que decirles a sus hijos es que cumplan el Evangelio: «Hagan lo que El les diga».

En las «seudoapariciones», cuando «hacen hablar» a la Virgen «más de la cuenta», la Iglesia rápidamente intuye que no es la Virgen del Evangelio, y rechaza como falsas esas apariciones.

La Virgen María nos lleva a estar «pendientes» de toda palabra que viene del Espíritu, a meditarla en nuestro corazón y a llevarla a nuestros hermanos como pueblo de profetas que somos.

EL DON DE MILAGROS quedó palpablemente demostrado en las bodas de Caná. Había un «caso imposible» para los hombres. Ella supo llevar ese «imposible» a su Hijo; lo metió en problemas, pero trajo paz y gozo para la comunidad. Este es el papel de María. Ella no puede «hacer milagros». Los milagros sólo los realiza Jesús, que es Dios. El papel de María consiste en acompañarnos con su poderosa intercesión ante su Hijo, que es el «único camino hacia el Padre».

La multitud de Santuarios, con sus paredes tachonadas de exvotos, están gritando a los cuatro vientos que María no ha perdido su «carisma» de milagros. Ella continúa metiéndose en nuestros problemas y acompañándonos con su inigualable oración ante Jesús, que no está acostumbrado a decirle que no a su mamá, porque su oración nunca es imprudente.

EL DON DE CURACION, sin lugar a dudas, fue esplendoroso en la Virgen María. El Libro de los Hechos hace mención de que con sólo que la sombra de Pedro tocara a los enfermos, quedaban curados (Hch 5, 15). Los pañuelos y delantales de Pablo, al aplicarlos a los enfermos, les llevaban sanación (Hch 19, 12). No es «fantasear», si decimos que la «llena de Gracia» superaba a Pedro y a Pablo en este don. La casa de la Virgen María continuamente estaría atestada de enfermos que acudían a Ella, como antes acudían a su Hijo. Cuando Jesús ya no iba a estar presente físicamente en este mundo, entregó el ministerio de «curación» a sus apóstoles y discípulos: «A los que crean les seguirán estas señales: ...impondrán las manos sobre los enfermos y éstos quedarán curados» (Mc 16, 18). María tenía mayor fe que todos los demás. Por medio de sus manos maternas, Jesús seguía curando a tantas personas dolientes.

Los «molestos» enfermos no dejarían en paz a María. «Ella, la «Auxiliadora» de la comunidad, no les podía fallar a sus hijos. El Evangelio dibuja a Jesús como «aplastado» por los enfermos que se lanzaban sobre Él. María se sentiría, muchas veces, agobiada por el reclamo de tantas personas enfermas. No les podía fallar a sus hijos predilectos.

¿EL DON DE LENGUAS en María? Es nada menos que el mariólogo René Laurentin quien afirma que María tenía el don de lenguas. Se basa en el pasaje del segundo capítulo del libro de Los Hechos (Hch 2, 4). Se afirma que para Pentecostés, «todos» los que estaban en el Cenáculo comenzaron a hablar en lenguas. Ese «todos», sostiene Laurentin, incluye también a la Virgen María.

EL DON DE ALABANZA es uno de los dones muy olvidados en la oración. Con mucho pragmatismo, con frecuencia, se acude a la oración para «pedir», para obtener algo de Dios. Cuando la oración está tocada por el Espíritu Santo, entonces, la persona le da importancia primordial a la oración de ALABANZA. Cuando María, en la anunciación, recibe la efusión del Espíritu Santo, siente la necesidad de ir a compartir su gozo con su prima Isabel, al mismo tiempo, que se llena de caridad y quiere ayudar a su parienta anciana que se encuentra en un período muy delicado de su vida. Expresamente la Biblia afirma que las dos mujeres, llenas del Espíritu Santo, prorrumpieron en alabanzas. María estalla en el Magníficat que es un himno de alabanza. María no pide nada. Simplemente glorifica al Señor por todo lo que ha realizado en la historia de su pueblo y en su historia personal.

Cuando una persona está llena del Espíritu Santo, le da mucha importancia a la oración de alabanza. Jesús lo anticipó cuando dijo, refiriéndose al Espíritu Santo: «Cuando él venga, les hablará de mí». El Espíritu Santo nos lleva a alabar al Padre por medio de Jesús.

Habría también que acentuar que el don de profecía, en María, se convierte, en determinadas ocasiones en un DON DE

ENSEÑANZA. María no pertenece a la jerarquía de la Iglesia. Nunca nos la imaginamos predicando a grandes asambleas. No era su misterio, ya que en su época la mujer todavía no se desenvolvía dentro del ministerio de predicación. Pero, María, al ser interpelada por las comunidades primitivas acerca de Jesús, y al contar lo que «había visto y oído» de Jesús, se convierte, automáticamente, en una maestra. Una catequista exquisita que, llena del Espíritu Santo, no solamente cuenta «lo que ha visto y oído», sino que lo interpreta a la luz de la resurrección de su Hijo. No hay que descuidar, por otra parte, que María, en el Magníficat, es una expositora -en forma poética- de la HISTORIA DE LA SALVACION. En el Magníficat se abre el corazón de María, como una alcancía que se rompe. Del corazón de María sale todo el cúmulo de vivencias bíblicas que ha ido guardando en su corazón. En el Magníficat, María se muestra como la gran maestra que sabe exponer su vivencia religiosa en forma didáctica y poética a la vez.

Sería prólijo pretender enumerar los múltiples carismas que habrán adornado a la creatura «más carismática» que ha pasado por el mundo. Los grandes santos, brillan con dones espirituales extraordinarios; Dios los «equipó para ser sus instrumentos de bendición en el mundo. No hay motivo para dudar que la principal colaboradora de Jesús en la obra de salvación, la Virgen María, superó inmensamente a todos los santos en lo que respecta a los carismas.

Jesús afirmó que «a quien tiene, se le dará y a quien no tiene, hasta eso se le quitará» (Mt 13, 12). Mientras una persona ponga al servicio de los demás los dones que el Señor le ha obsequiado, más y más, se verá enriquecida con «carismas» que Dios le irá proporcionando para que continúe sirviendo a la Iglesia.

## La que mejor se dejó conducir por el Espíritu

Ante el anuncio de una concepción virginal por obra del Espíritu Santo, María pidió alguna explicación. La respuesta que el ángel le dio no fue «comprendida» por la Virgen María. Ella se «fió» de Dios totalmente y dijo: «Aquí está la esclava del Señor: Hágase según Su Palabra» (Lc 1, 38).

Los esclavos, en tiempos de la Virgen María, estaban las 24 horas del día al servicio absoluto de su amo, que tenía derecho de vida o muerte sobre ellos. Cuando la Virgen María se declaró «esclava» del Señor, quiso expresar que se ponía a la entera disposición de Dios. Esa fue su actitud durante toda su vida.

Muchas veces la Virgen María no comprendía las actitudes del niño Jesús, del misterioso adolescente Jesús, del perseguido Maestro Jesús. Su respuesta ante todas esas «noches oscuras», era decir: «HAGASE; aquí está la esclava del Señor». Ella había aceptado el papel de principal colaboradora en la misión de Jesús, y por eso, aunque no entendiera muchas cosas, continuaba en todo a la entera disposición del Señor. De aquí que podemos afirmar, sin dudas, que María fue la creatura que mejor se dejó «controlar» por el Espíritu Santo. No estorbó en nada el plan de Dios para su vida.

Nosotros, como lo explica muy bien San Pablo, podemos «entristecer al Espíritu Santo» (1Ts 5, 19), es decir, bloquear la obra de Dios en nosotros, echar a perder el plan que Dios tiene para nuestra salvación. Pecar, es decirle que no al Espíritu Santo, que Dios nos envía. María fue la mujer del «sí» a Dios en todo momento. La que no estorbó para nada la acción que Dios quería realizar en Ella por medio del Espíritu Santo.

La gran alabanza de la Virgen María la hizo el mismo Jesús; una mujercita del pueblo le dijo: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron» (Lc 11, 28). Jesús

redondeó la alabanza en honor de su Madre, y añadió: «Bienaventurados, más bien, los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 11, 28). Según las palabras de Jesús, el mérito de María no estriba simplemente en su maternidad, sino en haber sido la Mujer que «mejor supo escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica».

El Evangelio describe a la Virgen María «guardando en su corazón todas las palabras de Jesús, y meditándolas» (Lc 2, 19). Ella es la que mejor supo guardar la Palabra. La que llevó dentro de sí a la Palabra misma. La que más tiempo la escuchó. Los apóstoles estuvieron tres años junto a Jesús escuchando su Evangelio. María escuchó a Jesús desde sus primeros balbuceos hasta sus últimas palabras en la Cruz.

Jesús ante Nicodemo, comparó al Espíritu Santo con el viento. María es la creatura que se dejó llevar totalmente por el viento del Espíritu Santo. La que mejor supo «meditar» en su corazón la Palabra de Dios y decirle siempre: «Hágase». María es la persona que mejor se ha dejado «controlar» por el Espíritu Santo.

## **Vida abundante**

Jesús definió la VIDA ABUNDANTE, que El vino a ofrecer, como «ríos de agua viva» que brotarían en el interior de los que creyeran en él (Jn 7, 37). San Juan explica que cuando Jesús habló de esos ríos de agua viva, se refería al Espíritu Santo que recibirían los que creyeran en Jesús. María fue la más excelsa creyente. Isabel le dijo: «Bienaventurada tú que has creído que se realizarán las cosas que se te han dicho» (Lc 1, 45). Según Jesús, los ríos de agua viva manan de la fuente de la fe. Nadie mejor que María creyó en Jesús. Nadie mejor que Ella estuvo en todo tiempo

«guardando sus palabras en su corazón y meditándolas» (Lc 2, 19). Aunque no lo entendía en muchos aspectos, continuaba «creyendo» en El. María es el modelo de los que creen, y, por eso mismo, es también la más llena del Espíritu, la de la vida «más abundante».

Todos los que se acercaban a Ella podían apreciar, en su justa dimensión, el fruto del Espíritu que se traslucía en todo su actuar. Gálatas 5, 22 nos enuncia cuál es el Fruto del Espíritu: «Amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, mansedumbre, fe y templanza». Los que se aproximaban a la Virgen María, sin lugar a dudas, encontraban en Ella el mejor retrato de Jesús. La verdadera santidad consiste en que la imagen de Jesús aparezca mejor delineada en una persona. María no sólo desde el punto de vista físico se parecía a su hijo: sino, sobre todo, desde el punto de vista espiritual. La Iglesia nos propone a la Virgen María como la «cristiana por excelencia»; la mejor imitadora de Jesús. La que nos enseña que el Evangelio de Jesús no es sólo teoría, sino que puede ser «vivido». En la vida de la Virgen María se puede apreciar palmariamente lo que significa que una creatura se deje «llenar por el Espíritu Santo» y se deje «conducir» por El para que se realice en su totalidad el plan de Dios.

Moisés cuando quería un contacto mayor con Dios, iba a la «Carpa de los encuentros». La nube de Dios se posaba sobre esa carpa, y Moisés salía fortalecido de aquel lugar de encuentro con Dios. María es como esa «nueva carpa de los encuentros»; cuando nos acercamos a Ella, percibimos, como Santa Isabel, la presencia del Espíritu Santo. María sostiene en sus brazos a Jesús y nos los «entrega» para que El nos regale su Espíritu Santo que nos hace exclamar: «Abba, Padre». Cuando nos acercamos a Ella, sabemos que allí no faltará el vino. Sabemos que Ella nos continuará señalando el Evangelio de Jesús y nos seguirá repitiendo. «Hagan lo que El les diga».

Muy iluminadora es la escena del Libro de los Hechos en donde se exhibe a María en medio de los apóstoles y discípulos,

en oración, esperando la promesa del Padre. María ya había tenido su «adelanto de Pentecostés» el día de la «anunciación», cuando quedó invadida por el Espíritu Santo.

Ahora, en el Cenáculo, acompañaba a la Iglesia, fundada por Jesús, para que recibiera la efusión del Espíritu Santo. Ese continúa siendo el papel de la Virgen María en la Iglesia: Ella, la llena del Espíritu Santo, nos acompaña en nuestra oración y nos ayuda a preparar el camino, para que recibamos «nuevas efusiones del Espíritu Santo», que Jesús nos envía en las varias circunstancias de nuestra vida, para que podamos exclamar con toda confianza: «Abba, Padre».

## 12. NUESTRO PENTECOSTÉS PERSONAL

En nuestra Iglesia a la casi totalidad nos han bautizado de niños. Todos afirmamos que tenemos el Espíritu Santo. Pero lo cierto es que el Espíritu Santo, si se «tiene», debe «manifestarse», debe «verse» en el individuo.

En la Biblia, cuando las personas están «llenas del Espíritu Santo», los demás lo notan con facilidad. Cuando se trató de buscar a «siete» diáconos que cumplieran con las obras de servicio en la comunidad, se puso como condición indispensable para esa elección que fueran «personas llenas del Espíritu Santo» (Hch 6, 3).

En la Biblia cuando se habla de «vida en el Espíritu» se asocia con «ríos de agua viva», con «vida abundante», con el «fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, templanza» (Ga 5, 22). Es decir, algo que se puede apreciar y evaluar.

Con pena constatamos que abunda un cristianismo «lángido», «voluble». Entre un partido de fútbol y una Eucaristía, muchos cristianos no dudan en quedarse con el partido de fútbol. Entre muchos de nuestros cristianos no se nota el «gozo» de servir a su Iglesia, más bien, hay que «violentarlos» para que se comprometan en algún servicio. Existe una vida de «veletas»: hoy, hacia la derecha de una piedad, muchas veces dictada por las circunstancias adversas de la vida; y mañana hacia la izquierda del olvido de Dios. Un Dios para las «emergencias». Afirmamos que la Eucaristía es el acto de culto más grandioso que tenemos, pero la «mayoría» no comulgan. Hay una

«ignorancia» desconcertante en lo que se refiere a los conceptos básicos de nuestra religión; no sólo entre las personas sencillas, sino entre los que han tenido oportunidad de frecuentar la universidad. ¿Dónde estará la raíz de este mal endémico que debilita nuestra Iglesia? En el fondo, es porque las personas tienen el Espíritu Santo, pero el Espíritu Santo «no las tiene a ellas». Se ha recibido como don el Espíritu Santo desde el Bautismo, pero este Espíritu Santo está «obstaculizado» en la persona, está «entristecido» o «apagado», para emplear las mismas expresiones de San Pablo. Aquí cabría repetir lo mismo que Pablo les preguntó a los efesios: «¿Recibieron ya el Espíritu Santo?» (Hch 19, 2). Esta pregunta Pablo la formuló a personas que ya habían sido bautizadas: ya eran creyentes.

## **Algo más**

En nuestra Iglesia impera mucho el «automatismo» en lo que respecta a los Sacramentos. Es muy duro decirlo, pero es una de las conclusiones a las que se llega, cuando se observan tantas vidas «carentes» de la espiritualidad, que los Sacramentos, bien recibidos, comunican.

A los niños se les lleva a bautizar en la «inconsciencia». La Iglesia sigue la sana costumbre de bautizar a los niños, pero en el entendido de que la familia cristiana se compromete a ayudar a «crecer espiritualmente» al niño hasta que llegue a su aceptación personal de Jesús, en la Confirmación. Esto se queda, muchas veces, en un «propósito» que no se cumple. El mismo día del bautismo, los papás y padrinos organizan una fiesta «pagana» en la que terminan emborrachándose. Es el primer «ejemplo» que los «llamados padrinos» dan a sus ahijados y a los padres del niño.

En el bautismo, los papás y padrinos, ante el sacerdote, afirman que se comprometen a cuidar de la educación cristiana del niño con el ejemplo y con la palabra. La verdad es que están prometiendo algo «aéreo»; muchas veces ni están casados por la Iglesia; en esas familias no se cumple ni siquiera con asistir a misa todos los domingos. Muchas de esas familias no merecen el nombre de cristianas, pues allí abundan el «adulterio», el «alcoholismo» y muchas deficiencias espirituales, que sería prolijo enumerar. ¿Hasta dónde se le puede ayudar, en esa manera, al hijo para que se entregue a Dios y se manifieste en él el Espíritu Santo?

Los años van pasando y llega el momento de la Confirmación. Se supone que el joven ya debería estar preparado para ese paso tan «trascendental» en su vida. No es así. Debido a que no ha existido un acompañamiento «auténticamente» cristiano en la familia, y a que se vive en una sociedad que se llama cristiana, pero que vive como «atea», el joven no ha llegado a la maduración necesaria para hacer su opción personal como cristiano. Muchas de las confirmaciones masivas no son sino ritos vacíos en los que se procura cumplir con un «requisito» en vista de un certificado previo al matrimonio, o porque ya se «pasó el tiempo» y el joven debe ser confirmado.

En algunos lugares se organizan «cursos» de preparación para la Confirmación. Con frecuencia se da importancia al aprendizaje de determinados temas, que sirven como «información» acerca de lo que es la Confirmación, pero se descuida lo principal: la conversión del individuo. Los jóvenes aprenden las «nociones» acerca del cristianismo, pero su corazón continúa intocable.

El día de Pentecostés, muchos le preguntaron a Pedro qué debían hacer para que se realizara en ellos lo mismo que había sucedido en los 120 discípulos del Cenáculo, Pedro dio la clave: «Arrepiéntanse y bautícense cada uno en nombre de Jesucristo,

para que Dios les perdone sus pecados, y así les dará el Espíritu Santo» (Hch 2, 38).

Muy explícito lo que dice Pedro: es indispensable una conversión profunda para que el Espíritu Santo se pueda «manifestar» en los individuos. Para que exista un «pentecostés personal». Esta conversión profunda es la que se ha descuidado mucho en nuestro cristianismo. Muchos están viviendo únicamente con la «inocente» conversión del día de su primera comunión. Esto equivale a querer curar la pulmonía con aspirinas.

## **El Bautismo en el Espíritu Santo**

A muchos, de entrada, les choca que la Renovación Carismática hable de un «bautismo en el Espíritu». Piensan que da lugar a desvalorizar el bautismo sacramental con agua. Eminentes teólogos católicos de la actualidad, como Congar, Laurentin, Heribert Mühlen, Sullivan, están acordes en que basta «explicar» qué se entiende por «bautismo en el Espíritu Santo» para obviar toda dificultad.

Sobre todo Laurentin sostiene que no hay que quedarse enredados en discusiones acerca de términos, que hay que fijarse en la «experiencia de conversión» que la Renovación Carismática está promoviendo en la Iglesia.

Y ésta es una gran realidad. Más que centrar la atención en el «término» bautismo en el Espíritu Santo, hay que ver la experiencia de cambio de vida que en todas partes del mundo está trayendo este «bautismo en el Espíritu Santo».

¿Y qué es el bautismo en el Espíritu Santo? Por lo delicado del asunto, me voy a permitir citar varias veces a un especialista en la

teología del Espíritu Santo, en el campo católico, Heribert Mühlen. Este autor había escrito gruesos libros sobre el Espíritu Santo; es considerado como especialista en el tema. Un día, por medio de la Renovación Carismática, tuvo la «experiencia» del bautismo en el Espíritu Santo, y escribió: «Durante 15 años he conocido al Espíritu Santo con el intelecto, ahora lo conozco con el corazón». Heribert Mühlen sostiene que, en el Nuevo Testamento, la expresión inicial misionera se llama también bautismo en el Espíritu («Espíritu, carisma y liberación», Salamanca 1975, pág. 242).

En Samaria, Felipe ha bautizado a muchos. Felipe, como buen maestro de espíritu, intuye que a aquellos creyentes les falta «algo». Manda a llamar a Pedro y a Juan -obispos- para que les impongan las manos. Dice expresamente el Libro de los Hechos que después que les impusieron las manos, «recibieron el Espíritu Santo» (Hch 8, 17). Hay que hacer constar que se trataba de «cristianos»; ya habían sido bautizados. Inmediatamente aparece Simón el Mago que desea comprar con dinero ese poder que había observado que tenían los apóstoles y que se comunicaba con la imposición de manos. Algunos comentaristas descubren aquí que Simón el Mago vio los «signos carismáticos» que se evidenciaban en los que habían recibido la imposición de manos de Pedro y de Juan. Lo mismo que en Samaria, sucedió en Efeso: cuando Pablo se dio cuenta que en algunos «cristianos» no se «evidenciaba» la presencia del Espíritu Santo, les impuso manos. También aquí se reiteraron los signos carismáticos, de lenguas, profecía, y alabanza (Hch 19, 6).

En Jerusalén, Pedro narra lo sucedido a la familia del militar Cornelio: sin que él los bautizara, habían recibido el Espíritu Santo. Pedro explicó: «Cuando comencé a hablarles, el Espíritu Santo vino sobre ellos de igual manera que al principio vino sobre nosotros. Entonces me acordé de lo que había dicho el Señor: Es cierto que Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo» (Hch 11, 15-16). Pedro identifica el Pentecostés, que ellos tuvieron, con el «Pentecostés» en la casa

de Cornelio. Lo llama «bautismo en el Espíritu». En casa de Cornelio no hubo bautismo con agua en ese momento. Se procedió al bautismo con agua cuando se vio la evidencia del Espíritu en aquella familia. Por eso muy bien, Heribert Mühlen dice que «la experiencia misionera inicial, en el Nuevo Testamento, se llama Bautismo en el Espíritu».

Ahora nos podríamos preguntar ¿qué puede significar para nosotros, ya bautizados, en la actualidad, un bautismo en el Espíritu? Dejo al teólogo Mühlen que nos conteste. Dice Mühlen: «En el contexto histórico actual, la expresión 'bautismo en el Espíritu' tiene un sentido algo distinto: nos parece útil para caracterizar ese cambio de vida, esa "segunda conversión" de la que podría depender el futuro de las Iglesias cristianas después del fin de la Iglesia popular y estatal. La situación misionera de la Iglesia primitiva, en la que lo primero es la conversión personal a Cristo (Hch 2, 38), y en donde lo normal es el bautismo de los adultos, es muy distinta a la situación en donde se es cristiano desde el nacimiento (bautismo de los niños) sin haber pasado nunca en la vida por algo así como una crisis de conversión a Cristo, a una entrega total de la persona a El» (o. cit. pág. 243).

Más adelante continúa el mismo teólogo: «Por eso nos parece que es adecuado comprender el bautismo en el Espíritu como una **RENOVACIÓN DE LA CONFIRMACION**», (o. cit. pág. 244).

Para la inmensa mayoría el bautismo y la confirmación se han esfumado en sus vidas como algo lejano y «automático», que recibieron. Nunca tomaron conciencia de su Bautismo, y antes de que se percataran de lo que significaba el bautismo en sus vidas, ya habían recibido la Confirmación. Por eso, en el ambiente «pagano», que nos toca vivir, es muy «urgente» que la casi totalidad de los cristianos, tengan una «crisis» de conversión y lleguen a una entrega «personal» a Jesús. Hay que acentuar lo de «personal» porque, lastimosamente, a veces, se confunde el «ambiente cultural-cristiano, en que nos desenvolvemos, con la

«respuesta personal a Jesús». Muchos se siguen llamando «cristianos» por familia, sin serlo de corazón.

La aceptación «personal» de Jesús es lo que propicia la Renovación Carismática en nuestra Iglesia; pero no hay necesidad de que las personas pertenezcan al movimiento de la Renovación Carismática para que puedan recibir el bautismo en el Espíritu.

¿Y cómo se lleva a cabo este bautismo en el Espíritu? Cedo la palabra a Mühlen: «En la renovación carismática este bautismo con el Espíritu se realiza de la siguiente manera: después de un tiempo de intensa preparación personal (en el seminario de introducción, en la oración común pidiendo la apertura a todos los dones del Espíritu, mediante la lectura de las Escrituras y la oración cotidiana), el individuo se presenta y pide a los presentes que le impongan las manos y oren por él». «Esta imposición de manos -continúa el autor- no es un rito mágico ni una mera dinámica de grupo, ni menos aún un nuevo sacramento. Es una simple oración de intercesión, y, dogmáticamente, tiene la estructura de un sacramental. Es un simple hecho de experiencia, el que casi todos digan: Después de este paso, algo ha cambiado en mi vida» (o. cit. 245).

Esto no es nada nuevo en nuestra Iglesia. En la ascética tradicional, se habla, con frecuencia, de la SEGUNDA CONVERSIÓN. Cuando se lee la vida de muchos de nuestros santos, se aprecia que varios de los signos carismáticos, que se evidencian en su segunda conversión, son idénticos a los que en la actualidad se reportan en millares de personas que reciben el bautismo en el Espíritu o segunda conversión. Este fenómeno espiritual se puede apreciar en la vida de Pascal y de San Ignacio. Santa Teresa cuenta que ella experimentó esta segunda conversión hacia los cuarenta años. Este dato es interesante, si se toma en cuenta el hecho de que esta santa siempre vivió piadosamente en un convento.

Para nosotros la segunda conversión o bautismos en el Espíritu, no es más que un encuentro consciente con Jesús, en la edad adulta, y una entrega más decidida a El. Esto es para todos. Tal vez en el ambiente sacerdotal y religioso se tienda a pensar que es solamente para los «sencillos laicos». No es así. El caso de Santa Teresa, que tuvo su segunda conversión hacia los cuarenta años, es muy significativo. Para la segunda conversión no hay edad establecida. Es muy posible que una persona haya vivido toda su vida en un seminario; que nunca haya tenido caídas aparatosas; pero también es posible que nunca haya experimentado una «crisis» de fe, una entrega más total y absoluta al Señor. Es muy posible que dentro de una casa religiosa o en la vida sacerdotal, la persona nunca haya tenido su «camino a Damasco».

En la actualidad son millares de sacerdotes y obispos que dan testimonio de su «bautismo en el Espíritu». El famoso padre Raniero Cantalamessa narra su caso. El había sido, durante muchos años, dirigente de una UNIVERSIDAD católica de Italia: era escritor, conocido predicador del Papa. El se describe como un Zaqueo que estaba subido en un árbol. Según él, no necesitaba de ese «sentimentalismo». Hasta que un día oyó la voz del Señor que le decía: «Zaqueo, baja de ese árbol». Bajó con humildad de su árbol de autosuficiencia, se sometió al proceso de conversión con todos los demás laicos, a quienes él creía «ilusos»; sintió que algo nuevo había sucedido en su vida: su bautismo en el Espíritu, su segunda conversión.

Nicodemo y Pablo estaban convencidos de que se encontraban en el lugar adecuado. Eran teólogos, manejaban las Escrituras como peritos; pero cuando se encontraron con Jesús, tuvieron sorpresas. A Pablo, el Señor lo derribó de su caballo de orgullo. A Nicodemo le dijo que tenía que «volver a nacer del agua y del Espíritu»; que tenía que comenzar de nuevo. Cuando Pablo y Nicodemo aceptaron que necesitaban convertirse, comenzó para ellos la segunda fase de su vida, la del “hombre espiritual”.

Si intentáramos resumir las experiencias que narran los que han recibido el bautismo en el Espíritu, podríamos señalar algunas constantes. Muchos tienen una mayor conciencia de lo que significa «ser hijos de Dios». También aparece en sus vidas un «hambre» de oración que antes nunca habían sentido. De pronto hay como un descubrimiento de la Biblia; se leen y releen pasajes conocidos, pero que ahora dicen algo más profundo. Hay un deseo grande de frecuentar la Eucaristía y vivirla en una manera más gozosa y comunitaria. Se da un encuentro frontal con la Iglesia a la que se había pertenecido pasivamente, tal vez; ahora se la ama y se desea conocerla más. Aparece un gusto por la oración de alabanza; es como un descubrimiento. La persona, además, desea hablar de Jesús y de su Evangelio. Las personas descubren que van apareciendo en ellas «dones» espirituales que antes desconocían o no apreciaban: don de profecía, de lenguas, de alabanza, de curación, de predicación, de servicio. Las personas comienzan a apreciar que pueden perdonar más fácilmente y que con mayor facilidad se abren a los demás. También gozan de mayor serenidad en sus vidas, cuando antes, tal vez, su existencia se caracterizaba por la angustia. En resumidas cuentas, se sienten como «vueltos a nacer», lo que Pablo llamaba «nueva creatura en Cristo» (2Co 5, 17).

Este cambio, por lo general, va acompañado de «cierta euforia». Algunos han interpretado este gozo espiritual explosivo como algo «fuera de lugar», de tipo protestante. Sería bueno revisar la historia de nuestra Iglesia y encontrarse con casos parecidos a nuestros personajes importantes como San Ignacio, Santa Teresa, San Francisco de Asís. Lo «nuevo» aparentemente, siempre causa «sorpresa». Pero, a veces, se tiene por «nuevo» lo que simplemente ha sido «olvidado» por un tiempo, lo que se ha ido perdiendo, por motivos difíciles de identificar, pero que ha sido rico patrimonio de nuestra Iglesia.

Nicodemo estaba muy seguro de sí mismo. Según él, como los demás fariseos, había tocado el cielo con el dedo. Ante Jesús no tuvo más que inclinar la cabeza y quedarse pensativo cuando el

Señor le dijo que «tenía que volver a nacer». Fue muy impactante para él esta afirmación. Al principio, pretendió «jugar con la palabras», que le decía Jesús; se hizo como el que no entendía eso de «volver a nacer». Poco a poco las palabras de Jesús fueron haciendo mella en su corazón hasta que, junto a la cruz, ya no tuvo miedo de confesar su amor al Señor. Ya no le fue a buscar «de noche», sino que salió a dar la cara a pleno sol de las tres de la tarde el día de la Crucifixión.

En vuestra Iglesia, abundan los cristianos que solamente «salen de noche»; son cristianos «ocasionales»; se siguen llamando cristianos porque de «niños» les dijeron que eran cristianos.

En estos tiempos de «secularismo», en una sociedad que se llama cristiana, pero que vive paganamente, los «auténticos» seguidores de Jesús deben manifestar en sus vidas y en su actitud valiente, que, de veras, tienen el poder del Espíritu Santo. No se trata, ahora, de afirmar que todos los bautizados «tenemos el Espíritu Santo». La sociedad en que vivimos exige que ese Espíritu Santo se «manifieste», como en Pentecostés, cuando los seguidores de Jesús dejaron de estar «escondidos», y se desparramaron por las calles para dar testimonio, con poder, que Jesús no era alguien sepultado en una cueva sino una presencia viva en la Iglesia y en cada cristiano.

## **Cómo recibir el Bautismo en el Espíritu Santo**

Si el bautismo en el Espíritu es una «segunda conversión», no es algo que se pueda improvisar. El Señor necesita a muchos que, como Juan Bautista, se pongan a gritar a la vera de los senderos para prepararle el camino.

Lo primero que Jesús dijo, al iniciar su predicación, fue: «Conviértanse y crean en el Evangelio» (Mc 1, 15). Para que el Evangelio pueda ser como la semilla que se siembra en buen terreno, antes debe haber una conversión. Para que Jesús pueda ingresar en nuestra casa, para llevarnos bendición, antes hay que quitar el candado de la puerta.

Parece increíble, pero una inmensa mayoría de cristianos nunca se han convertido en profundidad. Se han sometido a «ritos», que se llaman penitenciales, pero el corazón nunca han cortado de tajo con el pecado. Han seguido en un repetido «coqueteo» con la tentación. De ahí el cristianismo lángido que se nota en muchos que tranquilamente ostentan el nombre de cristianos. Hay que tener también, muy en cuenta, que en la subconciencia se han ido quedando muchas tinieblas del pasado, que nunca se ha tenido la valentía de enfrentar. Nuestra gente moderna es gente de «carreras»; no tienen tiempo para meditar, para orar, para acudir a un retiro espiritual. Por eso mismo, nunca disponen de un instante para bajar a la bodega oscura de la subconciencia en donde hay muchos restos del hombre «viejo» que impiden que se prevalezca el hombre «espiritual», guiado por el Espíritu Santo.

Después de un retiro espiritual, se me presentó una joven de unos 20 años. Estaba sumamente afligida porque veía la alegría de sus jóvenes compañeros mientras ella tenía una tristeza profunda. Comenzamos a analizar su situación. Le pregunté si había algún pecado en su vida pasada que no hubiera confesado; respondió que no. Indagué si había asistido a algún centro espiritista. Afirmó que no creía en esas cosas; que solamente le «ayudaba» a su mamá a colocar las flores y manteles en el centro espiritista que tenía en su casa. Le hice ver cómo estaba «infectada» por esas presencias malas. Le dije que tuviera fe en el poder de Jesús, que es nuestro liberador, y que nos dio poder contra el mal. Hicimos juntos una brevísima oración en nombre de Jesús, pidiendo que fuera liberada de todo mal. Al punto aquella

joven comenzó a hablar en lenguas y a bendecir con gozo al Señor.

Muchísimas personas están «infectadas» por el mal que han absorbido en tantos lugares y situaciones que no son de Dios. Pero nunca se han tomado el tiempo necesario para meditar, a la luz de la Palabra, en lo que significa ser «infidel» al Señor, acudiendo a lugares expresamente prohibidos por la Biblia. Esto hace que la vida del Espíritu no se pueda desarrollar en el individuo.

Una señora, llorando, expresó que había participado en muchos retiros espirituales, que se había sometido a los ritos de conversión, igual que todos los demás, pero que no había paz en su vida; más bien existía el desasosiego. Le pregunté lo mismo: si había algún pecado en su vida que no hubiera confesado. Al punto respondió que no. Más tarde, al reflexionar acerca de su situación, se le preguntó si había tenido algún aborto en su vida. Le costó afirmar que había tenido varios abortos. Nunca los había confesado. Entre abundantes lágrimas confesó sus pecados. Todo cambió para ella. El gozo del Espíritu se manifestó visiblemente.

Nuestro corazón es «engañoso», dice el profeta Jeremías (Jr 17, 9). Logra borrar de nuestra mente lo que no nos conviene recordar. La persona cree que todo está arreglado; pero Dios conoce lo profundo del corazón y ve que hay pecado. Por medio del Espíritu Santo siembra tristeza en el alma para que la persona se vea obligada a analizarse, a ser sincera consigo misma, y termine por confesarse.

De aquí que, en la actualidad, se impone un serio proceso de «conversión» que no puede reducirse a una «cuaresma» vivida masivamente, ni a un «adviento» en medio de músicas navideñas con perspectivas de grandes comidas y regalos. Se impone algo más profundo que debe vivirse en «grupos de base»; ahí la persona puede encontrar un ambiente más propicio para un encuentro consigo misma, después de tantos años, tal vez, de

vivir en la inconciencia de lo que significa «ser cristiano», «estar bautizado».

## **Quédense en Jerusalén**

Jesús, gran maestro espiritual, para que sus apóstoles se pudieran abrir al «bautismo en el Espíritu», les impuso un encierro en el Cenáculo, en Jerusalén. Les dijo: «No se muevan de Jerusalén hasta que reciban la promesa del Padre» (Hch 1, 4). La Biblia dice que durante nueve días los 120 discípulos «perseveraron» en la oración.

En los grupos de base, se debe dar suma importancia a la oración y la predicación bíblica. No se trata de dos días de retiro espiritual. Se impone un seguimiento prolongado a través de varios meses. Nuestro neurótico hombre moderno necesita mucho tiempo para «decidirse» a bajar a la bodega de su subconciencia. No está acostumbrado a meditar y a rezar. Y sin «perseverancia» en la oración y sin la meditación de la Palabra, no puede haber verdadera conversión. Habrá «emocionalismo», habrá lo que nuestro pueblo llama «llamarada de tusas», pero no conversión profunda. Para Jesús no bastó que sus apóstoles estuvieran solamente tres días en el Cenáculo para recibir la «experiencia» del Espíritu; les exigió una novena.

Esta conversión debe llevar a un encuentro frontal con Jesús. Muchísimos cristianos nunca han tenido ese encuentro con Jesús. Han oído hablar de Jesús, lo han buscado en sus casos «apurados»; pero nunca han «dejado sus redes» para seguirlo. Nunca les ha pasado por la mente ser «discípulos» de Jesús. Se han contentado con ser «admiradores» del Señor. Han acudido a El cuando multiplica panes y sana enfermos. Parece increíble,

pero en una sociedad, que tranquilamente se llama «cristiana», la mayoría no saben por «experiencia» quién es Jesús.

Nuestra generación seudocristiana necesita ser sometida a un largo «cenáculo» de meditación y oración. El Papa Juan Pablo II, en sus discursos, muchas veces, repite la idea de una «nueva evangelización» en la Iglesia actual. Nueva evangelización porque muchísimos feligreses, que se engañan llamándose cristianos, no conocen a Cristo; ignoran su Evangelio, y viven paganamente.

Andrés y Juan, después de haber sido preparados por Juan Bautista, comenzaron a seguir a Jesús. El Señor se volteó y les preguntó: «¿QUE BUSCAN?». Ellos le respondieron: «Maestro, ¿dónde vives?». «Vénganse, y lo verán», fue la indicación de Jesús. El Señor no se puso a hacerles discursos. Quiso que lo acompañaran, que lo conocieran personalmente, que vivieran con El.

No son muchos los que, en la actualidad, apartan el tiempo para buscar a Jesús, para irse a vivir con El, para conocerlo personalmente. De aquí la urgencia de «someter» a nuestros llamados cristianos a un encuentro más serio con el Señor. Abundan los que creen que ser cristianos consiste en «ir» a misa el domingo. Son cristianos el día domingo, y paganos durante la semana. ¿Hasta dónde la culpa es de los pastores que aceptamos durante años una situación semejante? ¿Hasta dónde los pastores somos los que hemos impuesto un ritmo lento, que es el que han seguido nuestras ovejas?

## **Hay que tener sed**

La condición que Jesús pone para que haya «ríos de agua viva» -Vida en el Espíritu- es «tener sed y acercarse a beber», (Jn

7, 37-38). Cuando Zaqueo, por curiosidad, se subió a un árbol para ver a Jesús, dio el paso decisivo de su vida. Provocó la mirada de Jesús. El Señor pudo llegar a su casa y decirle: «Zaqueo, hoy ha llegado la salvación a tu casa» (Lc 19, 9).

Hay que ayudar a nuestro «indiferente» hombre de la era espacial a darle valor a las «cosas de Dios». En los periódicos, en la radio y la televisión, que se supone reflejan el sentir de nuestro mundo, el Señor Jesús es un «ausente». Un partido de fútbol a nivel mundial puede dejar vacías las iglesias el día domingo. Y las personas se quedan tranquilas, comentando su partido, sin percatarse siquiera de lo que significa fallarle al Señor.

Jesús puso una comparación impresionista: dijo que si un hijo le pide a su padre un pescado, no le va a dar una culebra; que si los padres de esta tierra, que son malos, dan cosas buenas a sus hijos, con mayor razón el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan (Lc 11, 11-13). Pero ¿quiénes piden el Espíritu Santo? Como los Efesios, en tiempo de San Pablo, muchos ni siquiera saben quién es el Espíritu Santo. No se puede esperar, entonces, que hayan ríos de agua viva, si no hay quienes **TENGAN SED y SE ACERQUEN A BEBER...**

Todas las directivas del Concilio Vaticano II indican que debe renovarse nuestra Iglesia en su liturgia. Muchas misas «aburridas» y muchos sermones alejados de la realidad y faltos de unción, han ahuyentado a la gente de nuestra Iglesia. De tanto «ritualismo» vacío y automático a muchos se les ha ido terminando la «sed» de las cosas espirituales. No se puede pretender una Iglesia de Pentecostés, allí donde no existen cenáculos, en donde se «persevera» en la oración y la meditación de la Palabra. Mientras no se provoque una conversión sincera en nuestra Iglesia, no se puede esperar que existan cristianos auténticos, que se sientan iglesia y que, con San Pedro, puedan decir que son «piedras vivas».

Pablo estaba muy satisfecho de su situación espiritual. El Señor tuvo que derribarlo de su caballo para que abriera los ojos

a su verdadero estado de hombre pagado de sí mismo y lleno de resentimiento. Cuando estuvo en el polvo, pudo preguntar: «Señor, ¿qué quieres que haga?» (Hch 9, 6). Fue la gran pregunta de Pablo. La primera gran oración de Pablo en la que no se buscó a sí mismo, sino la voluntad de Dios.

Nicodemo también estaba muy seguro de sus ritos y ceremonias, de sus conocimientos bíblicos. Cuando estuvo ante Jesús, escuchó algo que no esperaba: «Nicodemo, tienes que volver a nacer».

Ya es hora de que gran número de cristianos de «medio tiempo» se acerquen a Jesús para preguntarle, como Pablo: «¿Qué quieres que haga?». Seguramente que, como a Nicodemo, les dirá que les urge «un nuevo nacimiento», es decir, una «segunda conversión», o tal vez, una primera conversión porque nunca la han tenido. Se impone una «renovación de la Confirmación». Una nueva evangelización por la que las personas puedan «dar razón de su fe» (1P 3, 15). Un bautismo en el Espíritu que les abra los ojos para que sepan apreciar su bautismo y su confirmación, muchas veces, recibidos y mantenidos en la inconsciencia.

El Señor, en el libro del Apocalipsis, pone al alcance de todos una oferta: «Y el que tenga sed y quiera, venga y tome del agua de la vida sin que le cueste nada» (Ap 22, 17). Muchas veces, en San Juan, el agua simboliza al Espíritu Santo. El Señor quiere que sus hijos gocen del poder del su Santo Espíritu; pero para eso hay tres condiciones que expresa concretamente: «Si alguno tiene sed, y quiera, tome...».

No basta con tener sed, hay que «querer» saciarla, y además, dar el paso para «tomarla». El Espíritu Santo será entregado «gratis» a los que tengan sed, pero que, al mismo tiempo, «quieran» dar pasos hacia la fuente de agua viva, Jesús.

El Señor a sus apóstoles les hizo una pregunta muy tajante: «¿Qué dice la gente de mí?» (Mt 16, 15). Jesús hacía bien la

distinción entre «la gente» y los «discípulos». La «gente» eran los admiradores, los seguidores ocasionales, interesados en multiplicaciones de panes y en curaciones. Los «discípulos» eran los que ya habían dejado sus redes y seguían al Maestro en las buenas y en las malas. Es muy triste afirmarlo, pero si, imparcialmente y sin temor, hiciéramos un balance en nuestra Iglesia, prevalecerían los que todavía están entre «la gente», sobre los que, de veras, se pueden llamar «discípulos» de Jesús. Es duro admitirlo, pero no podemos llegar a una curación efectiva, si antes no nos enfrentamos a un diagnóstico al que le tenemos pavor.

En nuestra Iglesia, son los grupos de base -cada día más numerosos- los que están trayendo más vitalidad a la Iglesia. Es ahí, donde mejor se puede ayudar a los fieles a dejar de simples «admiradores» de Jesús, y a dar el paso hacia la entrega total al Señor para ser sus «discípulos». A eso nos lleva la «segunda conversión», el «bautismo en el Espíritu», que es un «Pentecostés personal» que nos hará experimentar que el Espíritu Santo no es una «teoría», sino el poder de Dios que debe evidenciarse en la vida de todos los que nos intentamos llamar cristianos, seguidores de Jesús.

## **13. NUESTRO CAMINAR EN EL ESPÍRITU**

La Biblia emplea con frecuencia símbolos para definir al Espíritu Santo. Por medio de una imagen, de una metáfora, la Biblia nos describe cuál es la obra que el Espíritu Santo realiza en nosotros. Algunas de esas imágenes pueden ayudarnos para comprender mejor la obra de Jesús en nosotros por medio de su Santo Espíritu.

### **La paloma**

La Paloma es el símbolo clásico del Espíritu Santo. Desde los primeros versículos de la Biblia se presenta al Espíritu de Dios que revolotea sobre el caos, sobre la inmensidad de las aguas. Una traducción dice: «El Espíritu EMPOLLABA sobre las aguas». El verbo «empollar», en ese contexto, es muy sugerido. Nos hace pensar en un ave que durante meses empolla sus huevos; da vida a sus polluelos, los alimenta, los enseña a enfrentarse a la vida. El Espíritu Santo es llamado «Dador de vida» porque por medio de él se nos concede «un nuevo nacimiento». El Espíritu Santo nos alimenta espiritualmente y nos guía hacia toda la verdad de Dios.

El Espíritu Santo es el que revolotea sobre la oscuridad de nuestra vida «carnal» y va suscitando en nosotros la «nueva vida en el Espíritu», la vida abundante que Jesús vino a traernos.

La paloma siempre ha sido símbolo de pureza. Esto nos hace recordar un acontecimiento muy típico. Cuando Noé calculó que el diluvio ya había concluido, abrió una ventana del Arca y soltó una paloma, que volvió inmediatamente. Noé, entonces, dedujo que todavía había muchos cadáveres putrefactos flotando sobre las aguas sucias. Noé sabía que la paloma no se posa sobre lo inmundo; por eso la paloma había retornado al arca.

La paloma del Espíritu Santo no se puede posar sobre lo corrupto, sobre lo pecaminoso. Por eso es indispensable que antes haya en nosotros un «diluvio» de purificación, de conversión. Cuando, el día de Pentecostés, le preguntaron a Pedro cuál era el camino para poder gozar de la experiencia del Espíritu, Pedro indicó que primero debían convertirse y bautizarse para luego llegar a tener la experiencia del Espíritu Santo (cfr. Hch 2, 38). La Paloma del Espíritu Santo sólo se puede posar en los corazones arrepentidos y convertidos. Es el primer paso para poder comenzar a disfrutar de la vida en el Espíritu.

La paloma también es símbolo de la paz. Narra la Biblia que una de las varias palomas que soltó Noé volvió con un ramo de olivo en el pico. De allí que a la paloma se la identifique con la paz. Una característica del Espíritu es traer la paz de Dios. No puede concebirse plenitud del Espíritu y desarmonía espiritual al mismo tiempo.

Pablo y Silas acababan de ser torturados; se encontraban en la cárcel; a media noche ellos comenzaron a entonar himnos de alabanza al Señor. Estaban en la prisión, pero, como eran hombres del Espíritu, nadie podía encadenar su paz interior. Por eso ellos se sentían libres, en paz, aunque estaban físicamente encadenados.

La paz, que nos regala el Espíritu Santo, es la paz de que hablaba Jesús. No la paz que promete el mundo a base de cosas materiales y circunstancias externas. La paz del Espíritu no depende de lo externo; brota de lo más profundo de nosotros en donde reside el Espíritu Santo que nos regala la serenidad que no

nos pueden dar ni los tranquilizantes, ni los psicólogos y psiquiatras.

San Juan Bautista contó que cuando él estaba bautizando a Jesús, vio que una paloma se posaba sobre la cabeza del Señor, y que oyó una voz que decía: «Este es mi Hijo amado». Cuando Jesús escuchó la voz del Padre, entendió que era la señal que le daba para que iniciara su misión evangelizadora. Inmediatamente el Señor se fue a la sinagoga y comenzó a decir: «El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha enviado a traerles una buena noticia...» (Lc 4, 18).

El día de nuestro bautismo también se posó sobre nosotros la paloma del Espíritu Santo; ese día fuimos sellados por el Espíritu Santo (Ef 1, 13). También sobre nuestra cabeza resonó la voz de Dios que decía: «Este es mi hijo amado». El Espíritu Santo hace que nos encontremos a Dios como un Padre bondadoso y le digamos: «Abba, Padre».

También el Espíritu Santo nos hace sentirnos «enviados» por Jesús, y nos empuja a llevar «la buena noticia» a todos lados. Tal vez, si muchas personas no se sienten impelidas a la obra de evangelización se deba a que no han sido llenados por el Espíritu Santo. Una persona que ha recibido una fuerte efusión del Espíritu es una persona eminentemente evangelizadora. No puede ser de otra manera.

## **El fuego**

Otro de los símbolos clásicos del Espíritu Santo es el fuego. El fuego que limpia y cauteriza. El fuego de Pentecostés. Moisés se encontraba en el desierto. De pronto vio una zarza que ardía sin consumirse. Comenzó a acercarse. Escuchó una voz que le decía

que debía antes descalzarse, pues estaba caminando sobre terreno sagrado (cfr. Ex 3, 1-5). El Espíritu de Dios comenzó la revelación para Moisés; pero antes de continuar comunicándole todo el mensaje de Dios, se le pidió que se descalzara. Aquí, descalzarse significa purificarse, limpiarse.

El Espíritu Santo es voz de Dios que llega a nosotros. Es mensaje. Para poderlo escuchar bien, hay que tener limpio el oído del alma. Se necesita mucha pureza.

Juan Bautista comprendió muy bien esta obra purificadora del Espíritu Santo cuando advirtió: «que él bautizaba con agua, pero que detrás de él venía el que bautizaría en Espíritu Santo y fuego» (Mt 3, 11). Esto ya estaba indicado en el Antiguo Testamento por medio del profeta Malaquías, que, al anunciar al Mesías había predicho: «¿Quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como FUEGO PURIFICADOR, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata...» (Ml 3, 2). El profeta Malaquías ya anuncia la presencia del Espíritu purificador de Jesús, como un joyero que está viendo cómo en el crisol, a fuego lento, va quedando el oro y la plata aparte, mientras la escoria se va apartando. Ahora el joyero ya puede ver su imagen en el espejo de oro o de plata.

La santidad, esencialmente, consiste en que la imagen de Jesús pueda apreciarse en cada uno de nosotros. Eso lo lleva a cabo el Espíritu Santo por medio de su fuego purificador que va eliminando de nosotros la escoria de nuestros pecados e imperfecciones; nos va puliendo hasta que pueda verse en nosotros la imagen de Jesús.

Pero, ¿quién quiere ser quemado, colocado a fuego lento en el crisol purificador del Espíritu Santo? Ese es el precio de la santidad. No hay Pentecostés sin lenguas de fuego. El fuego de Pentecostés quemó el orgullo, las falsas pretensiones y envidias de los apóstoles. Encendió en ellos la llama del amor, del poder del Espíritu Santo para llevar el Evangelio hasta los últimos

confines de la tierra. No puede haber pentecostés personal hasta que no nos dejemos quemar sobre el altar; hasta que no le permitamos al fuego del Espíritu Santo que nos acrisole y nos pule a fondo. Pentecostés no es algo de tipo sentimental; Pentecostés implica purificación, descalzarse para poder caminar sobre terreno sagrado y acercarse a la zarza ardiente desde la que Dios nos quiere hablar por medio de su Espíritu Santo.

## El viento

Cuenta San Juan que lo primero que Jesús resucitado realizó cuando se les apareció, por primera vez, a los apóstoles fue «soplar» sobre ellos y decirles: «Reciban el Espíritu Santo» (Jn 20, 22). Jesús ya había llevado a cabo la obra de la redención: ya había cumplido su misión; ahora ya podía entregarles el Espíritu Santo como adelanto de Pentecostés. Este «soplo» sobre los apóstoles, nos hace recordar el otro soplo de Dios sobre el hombre de barro. Dice el Génesis que el Señor, al terminar de fabricar el muñeco de barro, sopló sobre él para infundirle vida. «Yahveh Dios -apunta el Génesis- formó del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gn 2, 7).

En el Libro de los Hechos se describe Pentecostés como un «gran viento impetuoso» que sopla. Pentecostés es el gran soplo de Dios en la Historia: Dios por medio de su Espíritu sopla sobre la Iglesia que, tímidamente está reunida en el Cenáculo. La Iglesia -como el hombre de barro- recibe la nueva vida en el Espíritu, y sale a la calle para iniciar su obra de proclamación del Evangelio que sólo terminará hasta el fin del mundo.

Este soplo del Espíritu ya estaba anunciado en el profeta Ezequiel. El profeta tuvo una visión surrealista. Vio un desierto poblado de huesos secos. Se le ordenó que invocara al Espíritu para que desde los cuatro puntos cardinales infundiera aliento de vida. Ante el soplo del Espíritu, los huesos secos se convierten en un ejército, en el pueblo de Dios en pie de guerra. La Iglesia es el nuevo pueblo de Dios fortalecido con el aliento de vida del Espíritu de Jesús. Es un pueblo de sacerdotes para dispersarse por todo el mundo, llevando la buena noticia de Jesús, y luchando contra las tinieblas que quieren sepultar la luz de salvación que Jesús nos ha traído.

A Nicodemo, Jesús le presentó la obra del Espíritu como el viento: no se puede ver, pero se perciben sus efectos (Jn 3, 8). La obra del Espíritu Santo es como el viento: misteriosa, espiritual, pero apreciable por medio de sus dones de poder y sus frutos de santidad en el individuo que está lleno del Espíritu Santo.

## **El agua**

El agua es uno de los símbolos de más alcance en la Biblia con respecto al Espíritu Santo. Fue el mismo Jesús quien comparó al Espíritu Santo con el agua.

El Día de los Tabernáculos, el pueblo judío acostumbraba hacer chozas alrededor del templo; vivían allí durante una semana para recordar el tiempo que habían morado en carpas de campaña durante su travesía por el desierto. El último día, el sacerdote llevaba un jarrón de oro lleno de agua y lo derramaba junto a las gradas del Templo. Jesús aprovechó esta aglomeración para ponerse a gritar: «Si alguno tiene sed que

venga a mí y beba; del interior del que cree en mí brotarán ríos de agua viva» (Jn 7, 37-38).

San Juan hace su comentario y dice: «Se refería al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado» (Jn 7, 39).

Según Jesús, el Espíritu Santo se manifiesta en el individuo como «ríos de agua viva»; como «vida abundante» (Jn 10, 10).

Esta imagen de Jesús se puede comprender mejor, si se profundiza en la visión que tuvo el profeta Ezequiel. El profeta vio que de un costado del Templo comenzaba a gotear agua; se fue convirtiendo en un arroyo que le llegaba al tobillo; luego el agua le subió a las rodillas, a la cintura, hasta que el profeta se vio llevado por la corriente y tuvo que nadar. El agua se introdujo en las putrefactas aguas del Mar Muerto, y las purificó. Al punto comenzaron a surgir árboles frutales en las orillas; además, aparecieron multitud de peces de varias especies (Ez 47, 1-12).

La visión del profeta Ezequiel define magistralmente lo que es la vida en el Espíritu. Comienza con un simple GOTEÓ. El Espíritu inicia su obra goteando la Palabra en nuestro oído. Nos trae el Mensaje salvador. Bien decía San Pablo que «la fe viene como resultado de la predicación» (Rm 10, 17). Luego el agua nos llega al tobillo: comenzamos el «caminar en el Espíritu», que consiste, sobre todo, en ir por el camino del Evangelio. Obedecer las inspiraciones del Espíritu es «andar en el Espíritu».

El agua, entonces, nos llega a las rodillas. El Espíritu Santo nos hace doblar las rodillas en la oración. El Espíritu Santo es el gran maestro de oración. La carta a los Romanos nos asegura que es el Espíritu Santo el que nos enseña a orar según la voluntad de Dios (Rm 8, 26). De esa oración en el Espíritu resulta que el agua nos llega a los «lomos», a la cintura. Los «lomos ceñidos», en la Biblia, indican «fortaleza». Es el momento en que aparecen en nosotros los «dones de poder» del Espíritu Santo. Se

nos conceden para llevar a cabo la misión que el Señor nos encomendó. Sin el poder del Espíritu no puede haber Evangelización ni conversión.

Una vez que la persona ha comenzado a «andar en el Espíritu», a rezar intensamente, a poner al servicio de la comunidad los dones que el Espíritu le regala, entonces es arrastrada por la corriente de Gracia de Dios. Tiene que ir A NADO. Una de las cosas más difíciles es dejarse arrastrar por la corriente del Espíritu. Da temor no saber hacia dónde somos arrastrados. Nos sucede como el niño pequeño a quien su papá le está enseñando a nadar. Al principio, el niño grita, patalea, se revela. Luego comprende que su papá no permitirá que se ahogue; entonces se deja llevar con confianza y aprende a nadar.

En eso consiste la «Plenitud del Espíritu». La persona llena del Espíritu Santo aprende a confiar en el Santo Espíritu. Ya no tiene miedo de ser arrastrada por la corriente de Gracia, pues sabe que el Espíritu de Jesús, como Buen Pastor, «guía por el sendero recto, haciendo honor a su nombre» (Sal 23).

El agua de la visión de Ezequiel se introduce en el Mar Muerto, lo sana; hace brotar árboles frutales y multitud de peces. Una de las primeras obras del Espíritu Santo en nosotros es la sanación interior. Su agua purificadora se introduce hasta lo más recóndito de nuestra subconciencia; la sana, la purifica de toda la escoria que se ha ido depositando allí desde nuestra lejana niñez. Luego comienza a aparecer el FRUTO DEL ESPIRITU. La Carta a los Gálatas nos enumera esos frutos: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad, fe, mansedumbre, templanza» (Ga 5, 22).

Los peces de variada especie nos hacen recordar lo que Jesús les dijo a los apóstoles, cuando los llamó: «Los haré pescadores de hombres». Un individuo lleno del Espíritu Santo, es alguien eminentemente evangelizador. Pentecostés es gente por las calles predicando con poder. Si alguno no siente la urgencia de llevar la buena noticia de Jesús, debería preguntarse si

Pentecostés es una realidad en su vida o un simple acontecimiento de tipo histórico, nada más.

## **El proceso de encuentro**

El pueblo de Israel, sediento y casi desesperado, se encuentra en el desierto. El Señor le ordena a Moisés que con su bastón «golpee» la roca (cf. Ex 17, 6). De allí brota agua a borbotones. Más tarde, nos vamos a encontrar con que San Pablo nos dice que esa roca de la cual brota el agua es figura de Cristo. Apunta Pablo «Y tomaron la misma bebida espiritual. Porque bebían agua de la roca espiritual que los acompañaba en su viaje, la cual era Cristo» (1Co 10, 4).

Para manar agua, antes la roca tuvo que ser «golpeada». Cristo, antes de poder entregar su Espíritu Santo a la Iglesia, tuvo que ser «golpeado» en la cruz. Cuando San Juan comenta que Jesús promete el Espíritu Santo como «ríos de agua viva» en el corazón del que cree (cfr. Jn 7, 37-39), afirma: «Es que el Espíritu todavía no había venido porque Jesús aun no había sido glorificado» (Jn 7, 39). Para San Juan, la cruz es el momento de la glorificación de Jesús. Ahora que Jesús ya ha sido golpeado, glorificado, ya puede entregar su Espíritu. Por eso Jesús resucitado, lo primero que hace, al aparecerse a los apóstoles, es mostrarles sus manos, su costado. Les quería hacer ver que ya había llevado a cabo su misión; ya había sido glorificado; ahora ya les podía entregar su Espíritu. En ese momento, dice Juan que «sopló» sobre ellos y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo» (Jn 20, 22). Algo más. En el momento en que Jesús expiró, Juan dice: «Y habiendo inclinado la cabeza, entregó su espíritu» (Jn 19, 30). Los comentaristas de la Biblia hacen notar que en el lenguaje místico,

que emplea San Juan, «entregó su espíritu» se puede interpretar en doble forma. Como el acto de morir, y como el acto de entregar su Espíritu a la Iglesia.

San Juan, expresamente, anota que del costado de Cristo brotó sangre y Agua. Uno de los comentaristas de este pasaje, San Juan Crisóstomo, decía que la sangre de Cristo simboliza lo único que puede destruir el pecado; y que el agua significa la nueva vida en el Espíritu Santo que Jesús entrega a su Iglesia.

Para poder gozar de esos «ríos de agua viva» -el Espíritu Santo-, que Jesús promete a los que creen en él, antes debemos ser «golpeados», debemos ser «crucificados» con Cristo.

Antes de que a Jacob se le pudiera cambiar de nombre, tuvo que luchar con un ángel; fue golpeado; al quedar inmóvil, se le pudo cambiar de nombre. En nuestra lucha espiritual, nuestro hombre carnal debe ser derrotado por el hombre espiritual. Dios debe golpearnos para dejarnos inmóviles, para que no estorbemos la obra del Espíritu Santo en nosotros. Sólo entonces, podemos comenzar a ser «nuevas criaturas». Sólo entonces llega para nosotros el «nuevo nacimiento» que nos viene por medio del agua y del Espíritu Santo.

Bien decía San Pablo: «Estoy crucificado juntamente con Cristo» (Ga 2, 20). Pablo, antes de ser llenado del Espíritu, antes de experimentar dentro de sí los ríos de agua viva, tuvo que ser derribado de su caballo de autosuficiencia. Fue golpeado. Humillado. Quedó ciego, inmóvil. En ese momento pudo entrar en acción el Espíritu Santo. La Historia de Jacob y de Pablo debe repetirse en nosotros. Ese es el único camino para no estorbar en nosotros la obra del Espíritu Santo. Pero ¿quién quiere ser golpeado?

En el libro de los Números aparece un pasaje semejante al anterior. El pueblo, nuevamente, se encuentra en el desierto sufriendo una sed ardiente. El Señor, en esta oportunidad, le ordena a Moisés que «le HABLE» a la roca. Moisés se encuentra

tenso, disgustado por las continuas murmuraciones y rebeliones del pueblo. Moisés, enojado, «golpea» dos veces la roca. Brota agua, pero al Señor le desagrada la actitud de desconfianza de Moisés. No le había dicho que “golpeará” la roca, sino que simplemente le “hablara” con confianza (cfr. Nm 20, 8).

Para nuestro primer Pentecostés personal, el Señor nos exige que seamos «golpeados»; nos pide una conversión profunda. Una purificación a fondo. Para las veces siguientes, el Señor nos pide que le HABLEMOS a la Roca, es decir, nos exige confianza en él, en sus promesas. Jesús aseguró: «Del que cree en mí brotarán ríos de agua viva». Sólo nos pide creer. Una confianza total en él. Ya hemos visto que el agua puede brotar de la roca. Ahora, simplemente, debemos hablarle. Una vez que nos hemos convertido, lo único que el Señor nos indica es que pidamos con confianza el Espíritu Santo. El mismo Señor nos dice que si un hijo le pide pan a su papá, el padre no le va a dar una piedra. Y Jesús añade: «¡Cuánto más el Padre que está en el cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!» (Lc 11, 13).

Para prepararse a recibir la efusión del Espíritu, el Señor a los apóstoles los envió a Jerusalén a un «retiro espiritual». El Libro de los Hechos dice que los apóstoles, los discípulos, en compañía de la Virgen María, «perseveraban unánimes en la oración». La fórmula que no falla para poder recibir una «nueva efusión del Espíritu» es «perseverar unánimes en la oración en compañía de la Virgen María». Perseverar en una intensa oración en una comunidad de amor. Eso es lo que se nos ordena: HABLARLE A LA ROCA, nada más. San Pablo nos dice que esa roca simbólica es Cristo (cfr. 1Co 10). Lo único que se nos pide es orar en nombre de Jesús con perseverancia. ¡El Padre no nos entregará una piedra en lugar del Espíritu Santo!

Otro pasaje más. El pueblo, nuevamente, está sediento en el desierto. En esta oportunidad, todo el pueblo se pone a alabar a Dios, mientras sus dirigentes con sus bastones buscan un pozo de agua (cfr. Nm 21, 18). Llamativo lo que hacen los dirigentes: no

se ponen a cavar el pozo con palas y azadones. Solamente con sus bastones buscan un pozo entre los zarzales. Estaban seguros del agua que el Señor les había prometido. Solamente tenían que buscarla. Mientras la buscan, todos alaban a Dios. La oración de alabanza es un camino directo al corazón del Señor. En la oración sincera de alabanza, no nos buscamos a nosotros mismos, nuestros intereses, sino buscamos agradecer a Dios; alabarlo de corazón. Aquel pueblo encontró el pozo y saciaron su sed.

Jesús dice: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, del interior del que cree en mí brotarán ríos de agua viva» (Jn 7, 37). Los ríos de agua viva hay que buscarlos. Ya están allí. No hace falta estar golpeando rocas ahora. Ya Jesús fue golpeado en la cruz en lugar de nosotros. Ahora debemos acercarnos a Jesús, nada más. En eso consiste el «buscar el pozo con el bastón». Nada de violencia. Únicamente la fe que busca con la seguridad que el agua ya brotó del costado de Cristo. Ahora solamente hay que ir a Jesús. Creer en su promesa. Los ríos de agua viva aparecerán de un momento a otro.

## **El nuevo corazón**

Por medio del profeta Ezequiel, el Señor anunció que vendría una nueva era en la que el pueblo ya no cumpliría la ley rutinariamente, por temor, sino de corazón. Para eso tendría primero que «lavar» sus corazones, para luego «meterles su Espíritu» en el alma. Sería la única manera en que el pueblo podría servir a Dios «en Espíritu y en verdad». La profecía del Señor decía: «Los lavaré con agua pura, los limpiaré de todas sus impurezas, los purificaré del contacto con sus ídolos; pondré en ustedes un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Quitaré de ustedes

ese corazón duro como la piedra y les pondré un corazón dócil. Pondré en ustedes mi Espíritu, y haré que cumplan mis leyes y decretos» (Ez 36, 25-26).

Para ser llenados del Espíritu Santo, el Señor indica dos cosas: hay que quitar las IMPUREZAS y los IDOLOS. La blanca Paloma del Espíritu no puede posarse en la podredumbre del pecado. El Espíritu Santo y la impureza no pueden convivir. Ídolo, en la Biblia, es todo lo que le quita el primer lugar a Dios en nuestra vida. Hay muchas cosas que, en nuestra vida, cuentan más que Dios. Esos ídolos deben ser derribados. A Gedeón, antes de que fuera invadido por el Espíritu Santo, se le pidió que derribara un ídolo que había en el pueblo. Gedeón no se atrevía; sabía que eso le acarrearía múltiples problemas. Cuando, al fin, se decidió a derribar el ídolo, el Espíritu Santo lo invadió y llegó a ser el gran líder de su pueblo (Jue 6, 25-34).

El Señor quiere cambiar nuestro corazón, quiere introducir su Espíritu en nosotros. Pero antes debemos lavar nuestro corazón y derribar nuestros ídolos. Sólo entonces podemos comenzar a gozar de la Vida en el Espíritu, de los ríos de Agua viva -Vida abundante- que el Señor ha venido a traer a todas las que con sed de las cosas espirituales se acercan a él para beber del agua del Espíritu Santo que brotó de su costado abierto.

## 14. EL ESPIRITU SANTO EN LA NUEVA EVANGELIZACION

Con motivo de la Nueva Evangelización, promovida a nivel mundial en la Iglesia católica, han aparecido muchos libros con este sugestivo tema. Pero con frecuencia, no se dedica en dichos libros ningún capítulo especial al Espíritu Santo como el agente de la Evangelización, que Jesús dejó a su Iglesia. Todo el libro de los Hechos de los Apóstoles manifiesta el lugar esencial que ocupa el Espíritu Santo en la Evangelización. No se puede pretender llevar a cabo una nueva evangelización eficaz, si no se le da al Espíritu Santo el lugar que Jesús quiso para él en la difusión del mensaje evangélico.

Jesús, antes de ascender al cielo, da una orden precisa a sus discípulos: “Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos...” (Mt 28, 19). Pero también les ordena: “Quédense aquí, en la ciudad de Jerusalén, hasta que reciban el PODER que viene del cielo” (Lc 24, 49). ¿Una orden –“vayan”– y una contraorden –“quédense”–? No. Dos cosas complementarias: tendrán que ir a todas las naciones, pero no sin el PODER que viene del cielo. Por eso les envía a llenarse del Espíritu Santo en el cenáculo, antes de partir hacia todas las naciones para predicar el Evangelio.

Jesús les había dicho: “Ustedes serán mis TESTIGOS... hasta en los últimos rincones del mundo” (Hch 1, 8); pero también les advirtió que no debían emprender esa titánica tarea antes de haber sido REVESTIDOS con el Poder del Espíritu Santo. Jesús sabía muy bien que sin el poder del Espíritu Santo, sus discípulos fracasarían rotundamente.

No puede haber evangelizadores, que lleven a cabo una evangelización eficaz, si no están revestidos con el PODER que viene del cielo: con el poder del Espíritu Santo.

## **La evangelización de Jesús**

Jesús pasó en el silencio y la rutina de su casa, en Nazaret, durante treinta años. No predicó hasta que en su Bautismo tuvo la experiencia fuerte de la efusión especialísima del Espíritu Santo que Dios les concedía para su misión evangelizadora. Inmediatamente, el mismo Espíritu Santo lo llevó al desierto para un “retiro espiritual”, para prepararse, inmediatamente, para iniciar su evangelización. Al presentarse por primera vez en la sinagoga de su pueblo, Jesús dijo: “He sido ungido por el Espíritu Santo para traerles el Evangelio...” (Lc 4, 18).

En el libro de Hechos hay un retrato de Jesús evangelizador; lo describe así: “Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y éste anduvo HACIENDO EL BIEN y SANANDO a todos los OPRIMIDOS POR EL DIABLO” (Hch 13, 38). Aquí se exhibe a Jesús en su obra evangelizadora: predicando, sanando, liberando. En eso consistía la misión evangelizadora de Jesús. Así lo indicó él mismo en su presentación en la sinagoga de Nazaret: venía con el poder del Espíritu Santo a predicar el Evangelio, a sanar a los enfermos a liberar a los oprimidos (vea Lc 4, 18-19).

## **El evangelizador, otro Jesús**

Un evangelizador es “otro Jesús”, que continúa su obra en el mundo. Por eso mismo, el evangelizador, previamente, tiene que haber sido UNGIDO con el Espíritu Santo de manera especial, como Jesús. El Evangelizador, antes de iniciar su misión, también como Jesús, debe haber pasado por su desierto de conversión auténtica y de oración profunda. De un evangelizador debería poder decirse, como de Jesús, que “con el poder del Espíritu Santo, anda HACIENDO EL BIEN, SANANDO a los enfermos y LIBERANDO a los oprimidos por el diablo” (vea Hch 13, 38).

El gran error, muchas veces, ha consistido en enviar a evangelizar a personas que no estaban unguidas de manera especial para la misión. Que no se habían convertido del todo. Tenían buena voluntad, pero les faltaba algo esencial: la unción del Espíritu Santo. Una persona sin el poder del Espíritu Santo, se convierte en “repartidor” de información religiosa; pero no ayuda a la conversión de los demás, a un cambio profundo en sus vidas.

San Pablo llegó a Efeso, y se encontró con un grupo de cristianos fríos, ritualistas. Pablo les hizo una pregunta muy interesante: “¿Recibieron el Espíritu Santo, cuando creyeron?” (Hch 19, 2). El interés de esta pregunta estriba en que se da por sentado que el cristiano recibe el Espíritu Santo en el Bautismo; sin embargo, Pablo, buen maestro espiritual, capta que en ese grupo de efesios no se manifestaba la presencia viva del Espíritu Santo. Por eso, completó su “evangelización”; les impuso las manos y oró para que el Espíritu Santo se manifestara en ellos. Al punto aquellos cristianos –antes fríos y ritualistas– comenzaron a hablar en lenguas, a profetizar.

En la actualidad, nos encontramos, como Pablo, con innumerables cristianos fríos, ritualistas, como los de Efeso. La misión de los evangelizadores es, por medio de la predicación, eminentemente bíblica, ayudar a esos cristianos “socioculturales” a una conversión más profunda, para que en ellos se manifieste el poder del Espíritu Santo, que los convertirá en cristianos gozosos

y carismáticos como los de Efeso, después de haber recibido una fuerte efusión del Espíritu Santo.

Pedro, en su discurso a los dirigentes judíos, les aclaraba: “Nosotros somos TESTIGOS suyos de estas cosas, y también el ESPIRITU SANTO que Dios ha dado a los que le obedecen” (Hch 5, 32). El evangelizador, como Pedro, debe estar seguro que está acompañado por el Espíritu Santo. Que va con la unción especial del Espíritu Santo para la misión evangelizadora.

## **La Iglesia primitiva**

El libro de Hechos es un modelo excelente para mostrar cómo los primeros cristianos tomaron en cuenta al Espíritu Santo como el gran agente de la evangelización.

Ellos recordaban muy bien que Jesús les había dicho: “Serán mis testigos en todas las naciones”; pero también les había ordenado que no se movieran de Jerusalén hasta que no fueran “investidos” con el Poder de lo alto, el poder del Espíritu Santo. Por eso, en todo, le daban el primer lugar al Espíritu Santo, cuando se trataba de la obra de la evangelización.

Un caso típico lo encontramos en el diácono Felipe. Fue seleccionado para ser diácono porque todos daban fe que estaba “lleno del Espíritu Santo”. Cuando Felipe predica en Samaria, el libro de Hechos lo describe así: “La gente unánime escuchaba atentamente las cosas que decía Felipe, OYENDO y VIENDO las SEÑALES que hacía, porque de muchos que tenían espíritus inmundos, salían éstos dando grandes voces; y muchos parálíticos y cojos eran sanados, así que había gran GOZO en aquella ciudad” (Hch 8, 6).

Más adelante, Lucas apunta: “(Felipe) anunciaba el Evangelio del reino de Dios y en nombre de Jesucristo se bautizaban hombres y mujeres” (Hch 8, 12).

Felipe, simplemente, predica lo que los primeros cristianos, en griego, llamaban el KERIGMA, o sea, lo básico acerca de Jesús. La gente OYE la Palabra, y VE señales. Felipe es un evangelizador lleno del poder del Espíritu Santo; por eso su Palabra y sus señales llevan a la conversión.

En un evangelizador, lleno del Espíritu Santo, como Felipe, tienen que evidenciarse el poder en la palabra y en las señales. A muchos les suena mal eso de las “señales”. Continúan con el cuento antiguo de que eso era sólo para la Iglesia primitiva porque lo necesitaba para la conversión de los paganos. Y nosotros, en este mundo más pagano que el de Roma y Grecia, ¿no necesitamos signos, señales? Las señales han sido una nota distintiva en la evangelización de nuestros santos católicos. ¿Por qué se les tiene miedo a las señales? Muchas veces, en los seminarios, grandes teólogos, se esfuerzan en “probar” que los milagros de Jesús no eran tales milagros. Procuran “suavizarlos”, presentarlos en una manera “inofensiva”. Pero si nuestros santos han hecho milagros comprobados, ¿por qué Jesús no iba a poder hacer milagros en todo el sentido de la palabra?

Jesús lo advirtió claramente: “Estas señales van a seguir, A LOS QUE CREAN” (vea Mc 16, 17). ¡Sólo a los que crean! Cuando los apóstoles no pudieron curar al muchacho epiléptico, la gente se escandalizó. Jesús vino auxiliarlos. Después, los apóstoles, lo llevaron aparte y le preguntaron: “¿Por qué no hemos podido curarlo?” Jesús fue muy explícito; les dijo: ‘Por su poca fe’” (vea Mt 17, 20). Allí está el detalle: las señales, tan necesarias en la evangelización, sólo las van a ver los que crean.

Antes yo creía el famoso cuento, que me enseñaron, de que los milagros eran sólo para los primeros tiempos de la Iglesia. Ahora, los sencillos laicos, que no están “trabados” por teorías teológicas, me han enseñado que las señales están a la orden del

día para los que crean. He visto, a montones, esas señales. Creo firmemente en las palabras de Jesús, y creo también que cuando todo lo queremos ver desde nuestros miradores puramente intelectualistas y humanistas, nos vamos a quedar sin tener señales en la evangelización, con detrimento de nuestros oyentes, que se van a escandalizar, como se escandalizaron ante los “ineptos” apóstoles –antes de Pentecostés– que no lograban curar al muchacho epiléptico.

El libro de Hechos muestra a una comunidad de los primeros tiempos en una casa. Están reunidos para clamar a Dios. Están viviendo una ruda persecución. Su oración es la siguiente: “Concede a tus siervos que puedan predicar tu palabra con toda valentía; extiende tu mano para realizar CURACIONES, SEÑALES Y PRODIGIOS por el santo nombre de tu santo siervo Jesús” (Hch 4, 29). El escritor añade que en ese momento se vino un gran temblor. Aquellas personas no huyeron despavoridas. Todo lo contrario: se alegraron; vieron aquel temblor como la respuesta de Dios.

Estos cristianos, en momentos de tremenda persecución, no pedían que cesara el peligro. Su petición, más bien, iba encaminada a suplicar CURACIONES, SEÑALES Y PRODIGIOS, en la evangelización, para que los oyentes se convirtieran. Para ellos era lo normal. Lo que habían aprendido de Jesús y los apóstoles.

## **La fidelidad de Felipe**

Al evangelizador Felipe le aconteció algo muy desconcertante. Mientras estaba predicando con éxito en Samaria, de pronto, se le indica, de parte de Dios, que vaya al desierto. No se le dice para

qué. Felipe va inmediatamente. Ya en el desierto, se le ordena acercarse a un carruaje. Tampoco se le dice el motivo. Cuando Felipe está junto al carruaje, entiende la orden de Dios: en el carruaje iba un pagano etíope leyendo la Escritura. Por supuesto que no la entendía. Aquí, el evangelizador Felipe se encarna en la realidad de aquel etíope, le pregunta si entiende la Escritura. Se la explica. Todo va a concluir en que el etíope acepta a Jesús y pide ser bautizado apenas llegan a un río.

Dice el texto: “Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta Escritura, le anunció el Evangelio de Jesús” (Hch 8, 35). El Espíritu Santo, previamente, ha preparado el terreno: ha llevado al etíope, nada menos, que al texto de Isaías 53 en donde se presenta al Mesías como un cordero que en silencio es llevado al matadero con los pecados de todos. Felipe parte de este texto bíblico; expone el Kerigma, lo básico acerca de Jesús. Parece todo tan sencillo. Pero no hay que olvidar que el Espíritu Santo ha preparado al etíope con antelación; aquel hombre es presentado como un hombre piadoso que va a Jerusalén para adorar a Dios. No hay que pasar por alto tampoco que Felipe es un instrumento excepcionalmente “ungido” por el Espíritu Santo.

Este pasaje bíblico concluye con esta observación: “El etíope siguió con GOZO su camino” (Hch 8, 39). Se hace resaltar el gozo del que ha tenido un encuentro personal con Jesús. La liberación que proporciona el Evangelio de Jesús. El evangelizador no ungido por el Espíritu Santo, con facilidad, escoge su propio camino, que no es el camino de Dios. El que no está lleno del Espíritu Santo, como Felipe, difícilmente, va a captar la señal de Dios con respecto a su plan y su método de evangelización.

El libro de los Hechos enseña cómo Pablo fue aprendiendo a dejarse conducir por el Espíritu Santo. Pablo había determinado ir a evangelizar a Asia. San Lucas, sin dar explicaciones, anota que el Espíritu Santo se lo impidió. Entonces Pablo optó por ir a Bitinia. Nuevamente se indica que el Espíritu Santo se lo volvió a

impedir. Finalmente, Pablo tuvo un sueño en el que un hombre de Macedonia le alargaba la mano y le pedía que llegara. Pablo entendió la señal de Dios. El Espíritu Santo lo llevó a Macedonia. Por allí había determinado Dios que llegara la evangelización a Europa (vea Hch 16, 9).

Sólo un hombre lleno del Espíritu Santo, se deja “manipular” por Dios. El hombre no lleno del Espíritu Santo, pretende “manipular” a Dios. Y entonces llega al fracaso en la Evangelización, porque se optó por el proyecto del hombre, y no por el de Dios.

## **La fidelidad de Pedro**

El discurso de Pedro, el día de Pentecostés, logra que la gente se sienta COMPUNGIDA (con punzazos en el corazón); todos terminan preguntando: “¿Qué debemos hacer?”. Luego piden ser bautizados. El discurso de Pedro es un buen ejemplo de sermón kerigmático. Un sermón acerca de lo esencial de Jesús para que sea aceptado como salvador y Señor. ¿Cómo es posible que el “rudo pescador” de Galilea, ahora se convirtiera en orador ante miles de personas? Seguramente nunca había hablado ante una concurrencia tan numerosa. No hay que olvidar que el Señor les había prometido que cuando viniera el Espíritu Santo, les RECORDARIA todo lo que él les había dicho; los llevaría a TODA LA VERDAD.

El Espíritu Santo, dentro de Pedro, le ha ido conduciendo en su discurso, y le ha dado el poder de la Palabra. Además, el mismo Espíritu Santo se ha encargado de “punzar” los corazones de los oyentes. Jesús había dicho que cuando llegara el Espíritu Santo “convencería al mundo de pecado”. Este éxito

extraordinario en la predicación de Pedro sólo tiene una explicación: El poder del Espíritu Santo en Pedro y en los oyentes.

También Pedro tuvo que aprender a dejarse “empujar” por el Espíritu Santo hacia el lugar escogido por Dios. El Libro de Hechos describe a Pedro orando en una azotea. De pronto una visión: una sábana con carne de animales “impuros” para los judíos. Se le dice que coma. Pedro se asusta. Cree que es una “tentación”. La voz de Dios le garantiza que todo lo creado por él es puro. La visión se repitió tres veces para quitarle a Pedro toda duda. Además, se le dijo que en ese preciso momento unos emisarios de un pagano tocarían a su puerta para invitarlo a ir a su casa. Que fuera inmediatamente. Pedro obedeció.

Cuando ya estaba en la casa de los paganos, Pedro se encontraba incómodo. Sabía de sobra que los judíos quedaban impuros si ingresaban en la casa de un pagano. Lo único que se le ocurrió a Pedro fue comenzar a exponer el “kerigma”, lo esencial acerca de Jesús. No había terminado su prédica, cuando ya el Espíritu Santo se había manifestado en los moradores de aquella casa. Estaban hablando en lenguas, profetizando, llenos de gozo. Pedro entendió la lección de Dios: bautizó sacramentalmente con agua a toda la familia. En la evangelización de esta familia pagana, el Espíritu Santo tiene un rol inigualable. Primero, prepara al dueño de la casa, el centurión Cornelio. De él se dice que era piadoso y hacía muchas obras de caridad. Luego “impele” a Pedro a ir a predicar a esa casa. Todo fue un éxito porque todo era conforme a la voluntad de Dios. Según su proyecto.

El concilio Vaticano II habla de las “semillas del Verbo” que Dios ha ido dejando en los pueblos no cristianos. En la casa de Cornelio, en el corazón del etíope, el Espíritu Santo ya había sembrado esas semillas del Verbo. Semillas de la Palabra de Dios. Tanto Cornelio como el etíope eran hombres piadosos. Luego el Espíritu Santo “empujó” a dos hombres, muy ungidos con su poder, para que fueran sus instrumentos en la conversión

de Cornelio y del etíope. Así se lleva a cabo la evangelización. El Espíritu Santo cumple su misión de ser el agente especializado en la evangelización. No puede haber evangelización ni evangelizador, si se deja a un lado al Paráclito indispensable que Jesús nos ha dejado para que nos acompañe y nos auxilie en el momento tan misterioso y delicado de la evangelización.

## **Pablo, el Evangelizador**

El Señor comenzó por bajar a Pablo de su caballo de autosuficiencia. Quedó ciego, desamparado. Fue en esa circunstancia que el Señor le envió a un sencillo laico, Ananías, que le dijo: “Hermano Saulo, el Señor Jesús que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas LLENO DEL ESPIRITU SANTO” (Hch 9, 11). Dios ha escogido a Pablo como “vaso de elección” para su obra de evangelización. Primero lo pule violentamente. Pablo, en su envanecimiento, lo necesitaba. Luego lo llena de su Espíritu Santo. Al poco tiempo, apunta el libro de Hechos: “En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que este era el hijo de Dios” (Hch 9, 20). Pablo, al recibir el Espíritu Santo, comienza a predicar. Lo hace con entusiasmo; pero el mismo Pablo se da cuenta que necesita una reflexión más profunda y amplia acerca de su nueva situación, de su nuevo camino. Para eso se va a un desierto de Arabia durante tres años.

Pablo narra su experiencia cuando le tocó ir a predicar a los corintios. Dice Pablo: “Estuve entre ustedes con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1Co 2, 4).

Pablo estaba acostumbrado a basarse en su bien cimentada cultura. En su poder intelectual. Ahora, en cambio, se apoya únicamente en el Poder del Espíritu Santo. Ha habido una conversión intelectual en su manera de pensar. Pablo, además, se da cuenta que el Señor le ha concedido un poder excepcional que antes no tenía. Ahora, hasta por medio de sus pañuelos el Señor lleva salud a los enfermos.

Pablo está convencido que la evangelización debe llevarse con "PODER". Por eso, les escribe a los corintios: "Iré pronto, si el Señor lo quiere, y conoceré, no las palabras, sino el PODER de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en PALABRAS, sino en Poder" (1Co 4, 19-20). Para Pablo, la auténtica evangelización debía caracterizarse, no sólo por las palabras, sino por el poder del Espíritu Santo.

Un evangelizador, para poder ser instrumento adecuado en manos de Dios, debe aceptar que Dios lo tiene que bajar de su caballo de intelectualismo o de conceptos preconcebidos con respecto a la evangelización. El evangelizador, humildemente, como Pablo, debe darse cuenta de que necesita su "desierto de Arabia" para profundizar si, de veras, ha habido una conversión en su vida, o si, solamente, está jugando a ser cristiano.

El evangelizador, también debe preguntarse con seriedad, si se está dejando conducir por el Espíritu Santo; o si está imponiendo su propio camino, su plan, su manera de pensar. Con los recién convertidos se da el caso que, impacientemente, creen que todo su problema de conversión ya está totalmente resuelto. Se lanzan con euforia a evangelizar; pero resulta que, a medio camino, pasado el primer entusiasmo de su supuesta entrega al Señor, se desaniman; se deprimen. Y se dan cuenta que en lugar de ser evangelizadores necesitan todavía ser evangelizados. Todo, por no esperar el tiempo de Dios. Por ir con su propio método y no con el plan de Dios.

David fue atacado por los filisteos. Consultó al Señor. El Señor le respondió que no debía moverse hasta que escuchara el rumor

fuerte de las balsameras que producían estruendo. David tuvo que esperar y esperar. Al fin las balsameras comenzaron a moverse con estruendo. David se lanzó a la batalla. Dice el texto bíblico, que delante de David iba el Señor. Ganó la batalla. (vea 2S 5, 24).

Eso es lo que más cuesta. Saber esperar el tiempo de Dios. Saber descubrir la señal de Dios. Están bien la buena voluntad de evangelizar, el esfuerzo, la perseverancia. Pero, sobre todo, hay que contar con el poder del Señor. Por eso, Jesús les decía a sus apóstoles... que serían sus testigos, pero que no se movieran de Jerusalén hasta que hubieran sido revestidos con el Poder que viene de lo alto. Lo mismo para nosotros. Nada de ir, temerariamente, a donde nos parezca, o nos guste. La evangelización es obra de Dios. Por eso hay que ir ungidos por el Espíritu Santo, después de esperar su señal y de haber sentido su empujón de gracia.

## **No vayan sin el poder...**

Jesús envió a sus discípulos a todas las naciones. Les dijo: “Recibirán poder, cuando haya venido sobre ustedes el Espíritu Santo, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta en los últimos rincones de la tierra” (Hch 1, 8). Los discípulos eran enviados, pero se les advertía, claramente, que antes debían ser llenados del poder del Espíritu Santo para poder dar testimonio con el poder de Dios.

Sólo se puede ser testigo de Jesús, evangelizador, si se ha sido llenado con el Poder del Espíritu Santo. Esto sin discusión. Y no puede ser de otra manera ya que el evangelizador, para poder dar, antes tiene que sacar de lo que lleva dentro, en su corazón.

De la abundancia del corazón hablan los labios. Un evangelizador, lleno del Espíritu Santo, es el que está viviendo una vida abundante, con ríos de agua viva que brotan de su interior. De otra suerte, sólo será un repartidor de información religiosa. No un ferviente heraldo de Jesús resucitado.

En su prédica de Pentecostés, Pedro mostró lo que debe ser un auténtico evangelizador. Habló con tanto poder del Espíritu Santo, que los oyentes se pusieron a llorar y decían: “¿Qué debemos hacer?”. En la predicación de Pedro, se evidencia lo que es el poder del Espíritu Santo para el evangelizador. El Espíritu Santo le “recordó” a Pedro todo lo que Jesús enseñaba. El Espíritu Santo también puso en su boca el kerigma necesario para la conversión de los miles de personas que lo estaban escuchando. Fue el Espíritu Santo que puso fuego en las palabras de Pedro para que fueran como espada de doble filo que dieran punzazos (causara compunción) en los oyentes. La conversión no es producto de las dotes oratorias del predicador. Es, esencialmente, el poder del Espíritu Santo que “convence” de pecado y lleva a toda la verdad de Jesús para la salvación.

La carta a los Hebreos, al referirse a la evangelización de los primeros cristianos, apunta: “Dios la ha confirmado con señales, maravillas y muchos milagros, y por medio del Espíritu Santo, que nos ha dado de diferentes maneras, conforme a su voluntad” (Hb 2, 4). Las señales fueron signo distintivo de la evangelización con poder del Espíritu Santo que los primeros cristianos realizaron.

Cuando Pedro cura al tullido, que pedía limosna a la puerta del Templo, se congrega un montón de gente para comprobar el milagro. Muchos llegan por pura novelería. Pedro se aprovecha de esa señal de Dios para comenzar a evangelizar. El milagro le sirvió a Pedro para que la gente dispusiera sus corazones para escuchar la Palabra de Dios. Pedro no perdió la oportunidad: allí mismo proclamó el kerigma. Luego les dijo: “ARREPIENTANSE Y CONVIERTANSE, PARA QUE SEAN BORRADOS SUS

PECADOS: PARA QUE VENGAN DE LA PRESENCIA DEL Señor tiempos de refrigerio” (Hch 3, 19).

San Pablo, analizando su evangelización, concluía: “Esto se ha realizado con PALABRAS Y HECHOS, por el poder de señales y milagros y por el poder del Espíritu de Dios” (Rm 15, 18-19). Para Pablo, la evangelización no consistía sólo en palabras, sino también en hechos de poder que el Espíritu Santo proporciona a los que lo invocan y lo toman en cuenta en su misión evangelizadora. Por eso Pablo podía decir: “He llevado a buen término la predicación del mensaje de salvación por Cristo, desde Jerusalén y por todas partes hasta la región de Iliria” (Rm 15, 19).

Todos los que, como Felipe, como Pedro, como Pablo estén atentos en la oración a escuchar la voz del Espíritu Santo, serán conducidos por él por el camino adecuado para la evangelización con el lenguaje que Dios sugiere. Con el método que conviene. Con el ardor que lleva a la conversión.

## **Primero, el parecer del Espíritu Santo**

El libro de Hechos ha sido llamado por algunos el libro de los Hechos del Espíritu Santo. Desde la primera a la última página se aprecia la importancia capital que los primeros cristianos le dieron al Espíritu Santo en la difusión del Evangelio.

El capítulo 15 de Hechos, recoge un momento crucial de la Iglesia primitiva. Había tensión, malestar, angustia. Unos afirmaban que la circuncisión era vital para la salvación. Otros, como Pablo y Bernabé, afirmaban que eso sólo era una costumbre judía. Este primer concilio de la Iglesia, el de Jerusalén, se caracterizó, al principio, por la tensión, por el calor de las pasiones, por la amargura. Pero... todos recordaban la

promesa de Jesús; les enviaría al Consolador para que les “recordara a todos lo que les había enseñado”; para que “los llevara a toda la verdad”. Se pusieron en oración profunda. Meditaron a la luz de las palabras de Jesús resucitado. De pronto, todo fue cambiando. Comenzaron a verse las cosas desde otra perspectiva. La paz del Señor iba invadiendo los corazones. Se reconciliaron. Hubo un momento en que experimentaron que el Espíritu de Jesús estaba con ellos. Por eso, en la carta, que enviaron a los demás fieles, comenzaron diciendo: “LE HA PARECIDO BIEN AL ESPIRITU SANTO Y A NOSOTROS...” (Hch 15, 28). Así se resolvió aquel candente problema, que hubiera podido dividir a la Iglesia desde sus inicios.

Y ésta debe ser siempre la norma de una Iglesia evangelizadora: buscar la inspiración del Espíritu Santo. Los del Concilio de Jerusalén, no afirmaron: “Nos ha parecido bien a nosotros y también al Espíritu Santo lo siguiente...”, sino pusieron en primer lugar el proyecto de Dios.

Muchas veces, en nuestra manera carnal de obrar, le damos importancia a nuestros planes, métodos, técnicas, y, al final, queremos que el Espíritu Santo les ponga su sello, su bendición. Debe ser siempre a la inversa. Lo primero es el parecer del Espíritu Santo. En base a él vendrán luego nuestros proyectos y métodos, que deben adaptarse al plan de Dios.

En la nueva Evangelización, lo primero que la Iglesia y los evangelizadores nos debemos preguntar es qué nos dice el Espíritu Santo. Entonces, en la nueva Evangelización, las palabras de poder y los signos carismáticos, que el Espíritu Santo concede siempre a los que le dan siempre el primer lugar en la difusión del mensaje, serán lo normal y corriente. Entonces, también, los fríos y ritualistas cristianos, que han mecanizado la religión, se convertirán en los gozosos seguidores de Jesús, llenos de vida abundante.

# 15. LA UNCIÓN DEL ESPIRITU SANTO

El primer libro de Samuel describe el caso de un insignificante joven que va por el campo buscando unas burras que se le han perdido a su papá. De pronto el profeta Samuel recibe la inspiración de Dios de «ungir» a aquel muchacho como Rey de Israel. Saúl se llamaba aquel joven: iba con el cordel de un arriero y regresó con el cetro de rey. La Biblia indica que cuando Saúl fue ungido, «Dios le cambió el corazón» (1S 10, 9) y que «el Espíritu de Dios se apoderó de Saúl y éste cayó en trance profético» (1S 10, 10). En la «unción» de Saúl, se detalla en qué consiste una unción: una persona «ungida» es una persona apartada para Dios, y capacitada por él para la misión que le ha sido encomendada.

A los treinta años de vida Jesús recibió una unción especial del Espíritu Santo para iniciar su misión evangelizadora. Es impresionante que durante treinta años Jesús hubiera pasado en el anonimato, sin predicar, sin hacer ningún milagro, sin darse a conocer públicamente. El día de su bautismo, Jesús recibió la señal de Dios de que había llegado la hora de iniciar su misión pública. Una paloma se posó sobre su cabeza. Escuchó la voz del Padre que decía: «Este es mi Hijo amado en el que tengo mis complacencias» (Mt 3, 17). Después de un largo retiro espiritual en el desierto, Jesús se presentó por primera vez en una sinagoga para predicar, y comenzó diciendo: «He sido UNGIDO por el Espíritu...» (Lc 4, 18). En esta oportunidad, Jesús especificó para qué lo había ungido el Espíritu Santo: venía para predicar, para sanar a los enfermos y para liberar a los oprimidos (Lc 4, 18, 19).

Jesús fue engendrado por obra del Espíritu Santo. Siempre estuvo lleno del Espíritu Santo. Pero Dios le concedió una «unción

especial» en el momento en que iba a iniciar su vida pública, su misión evangelizadora. Todo cristiano, el día de su bautismo, como Jesús, es «ungido» por el Espíritu Santo. Queda apartado para Dios, para la misión que Dios le ha encomendado. Además, recibe el poder de Dios para poder llevar la Palabra, para sanar enfermos y para expulsar espíritus malos. Estos tres poderes son propios de todo bautizado, de todo ungido. En unos se manifiestan más que en otros.

Muchos ignoran que han recibido estos poderes y, por eso mismo, no los ponen al servicio de la comunidad. Muchos laicos creen que los poderes, antes mencionados, son propiedad únicamente de eclesiásticos. Ignoran que por el bautismo, todo cristiano comienza a pertenecer a un pueblo de sacerdotes (1P 2, 9). En el capítulo décimo de san Lucas se aprecia claramente cómo Jesús les dio estos tres poderes no sólo a los apóstoles, sino también a los setenta y dos discípulos, los laicos en la Iglesia. Estos laicos cuando van a predicar, regresan muy gozosos al ver cómo se manifiesta en ellos el poder del nombre de Jesús (vea Lc 10, 17-19). Un cristiano sin poder espiritual es como un soldado con un fusil de juguete: no podrá servir a su patria. Todo cristiano debe estar «ungido» por el Espíritu Santo, pues, de otra forma, sólo podrá asombrar a otros con su talento, con sus cualidades, pero no los podrá ayudar a convertirse, a encontrarse personalmente con Jesús. Un cristiano sin unción del Espíritu Santo no servirá para evangelizar ni para sanar a los enfermos y, mucho menos, para expulsar espíritus malos.

Después de la resurrección, los discípulos tenían prisa por iniciar la evangelización. El Señor los detuvo y les hizo ver que no debían «moverse de Jerusalén» hasta que recibieran la promesa del Padre, El Espíritu Santo que los iba a ungir con poder para cumplir la misión que se les había encomendado. Jesús, concretamente, les dijo: «Cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes, recibirán poder y saldrán a dar testimonio de mí...» (Hch 1,8). Los discípulos quedarían habilitados para ser evangelizadores con poder hasta que recibieran la unción del

Espíritu Santo. Antes no debían intentarlo: sería una locura. Cuando en Pentecostés recibieron el «poder de lo alto», los discípulos comprendieron todo lo que Jesús les había enseñado, y se sintieron con el poder necesario para ser los continuadores de Jesús en todo el mundo. Pentecostés fue la «unción» de la Iglesia de Jesús para ir a evangelizar, como Jesús, en todo el mundo.

## **La primera unción**

El día de nuestro Bautismo, simbólicamente, el sacerdote nos ungió con santo crisma -aceite consagrado- en la frente. Ese día quedamos «ungidos», consagrados, apartados para Dios. Recibimos el poder de lo alto para cumplir la misión que Dios nos encomendó. Ese día, sucedió con nosotros lo que se verificaba con los leprosos, cuando eran sanados. El libro del Levítico (cap. 14) detalla que cuando un leproso era sanado, el sacerdote salía del campamento e iba a lugar apartado en donde se encontraban marginados los leprosos por motivo de su enfermedad contagiosa. El sacerdote examinaba al leproso, si comprobaba su sanación, lo rociaba con sangre del sacrificio y luego lo ungía con aceite. Después de esta ceremonia, el leproso curado ya podía ingresar en el campamento. Era aceptado en la comunidad de los que estaban sanos.

En nuestro bautismo, por la fe, se nos aplicó el valor de la sangre de Cristo; por ella quedamos limpiados de nuestros pecados. Luego se nos ungió con santo crisma. El aceite en la Biblia simboliza la presencia fuerte del Espíritu Santo. Luego, fuimos admitidos en la Iglesia de Jesús. Pudimos formar parte del campamento: La Iglesia. El Bautismo es la puerta de entrada en la

Iglesia. De esta manera, comenzamos a ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Nuestra segunda unción se realizó el día de nuestra Confirmación. En el libro de Hechos, se detalla cómo fue la Confirmación para los de Samaria. Primero, fueron evangelizados y bautizados por el evangelista Felipe. Luego, se mandó a llamar a dos obispos, Pedro y Juan, para que pusieran sobre ellos una «nueva unción» para que fueran evangelizadores activos con poder. El libro de Hechos relata que cuando Pedro y Juan impusieron las manos sobre los ya bautizados, se dieron signos carismáticos visibles, tanto es así que Simón Mago, quería comprar ese poder que había observado que tenían los apóstoles al imponer las manos.

En la unción de la Confirmación, se pide que seamos evangelizadores activos en la Iglesia. Que sirvamos con poder a la comunidad con los dones que Dios nos ha dado para ser evangelizadores. Un cristiano sin poder muy poco puede servir a sus hermanos en la comunidad. Sus cualidades y talentos naturales no son suficientes para proclamar la Palabra, para sanar a los enfermos, para expulsar espíritu malos, para colaborar en la difusión del reinado de Dios.

En el libro del Levítico se describe cómo a un grupo del pueblo se le apartaba para el culto sagrado. Eran los de la tribu de Leví, los levitas. Se les ungía también para que consagrarlos al culto sagrado. En nuestra Iglesia, se unge en las manos a los que van a ser ordenados de sacerdotes. Sus manos van a estar de manera especialísima al servicio de la comunidad. Se pide para ellos una unción especial para el servicio sacerdotal.

En nuestra Iglesia se ha dado mucha importancia al sacerdocio «ministerial», a los sacerdotes propiamente dichos. Pero, muchas veces, ha quedado en la penumbra el «sacerdocio común» de todos los fieles. Todo cristiano, el día de su bautismo, ha sido apartado para Dios: pertenece a un pueblo sacerdotal; esto lo recalca la Biblia. Todo cristiano es un sacerdote que se

ofrece a sí mismo a Dios, que intercede por todos los demás y que debe tener en la iglesia un «servicio» que prestar. No puede concebirse un cristiano sin «servicio». Un cristiano pasivo en la Iglesia, es alguien que no está cumpliendo la orden de Jesús de ir a todas partes a evangelizar (vea Mt 28, 19-20).

La unción de la Confirmación es como la llamada de la Iglesia al joven para que tome conciencia de su papel «sacerdotal» dentro del Cuerpo Místico de Cristo. Por medio de la unción de la confirmación, se pide una nueva efusión del Espíritu para que el joven deje su rol de niño dentro de la Iglesia y comience a ser un adulto que pone al servicio de la comunidad los dones que Dios les ha concedido.

El libro de Hechos consigna algo muy digno de meditarse. Los hijos de un tal Esceva se metieron a hacer de exorcistas, diciendo a los espíritus malos: «¡En el nombre de Jesús, a quien Pablo anuncia, les ordeno que salgan!» (Hch 19, 13). El espíritu maligno, les contestó: «Conozco a Jesús, y sé quién es Pablo, pero ustedes, ¿quiénes son?». El texto bíblico consigna que el espíritu maligno «se lanzó sobre ellos, y con gran fuerza los dominó a todos, maltratándolos con tanta violencia que huyeron de la casa desnudos y heridos». (Hch 19, 15-16).

Cuando Dios envió a Pablo a evangelizar, le hizo ver que lo enviaba para que las personas pasaran de las tinieblas a la luz; de las manos de Satanás a las manos de Dios» (vea Hch 26, 18). Evangelizar es enfrentarse con las potencias del mal. Un cristiano sin la «unción» del Espíritu Santo está perdido en su intento de evangelizar. Pero un cristiano con el poder de lo alto es una mano poderosa de Dios para salvar almas.

En el mismo libro de Hechos se consigna algo muy digno de tomarse en cuenta. Apolos se llamaba un eminente teólogo que llegó de Alejandría. Predicaba maravillosamente. Sin embargo, Aquila y Priscila -personas muy espirituales- se dieron cuenta de que le faltaba algo: la unción del Espíritu. Con mucha caridad, lo llevaron aparte y le ayudaron a abrirse a la acción del Espíritu

Santo; de esta manera Apolos fue un gran evangelizador en las comunidades (Hch 18, 24-28). Un cristiano sin la unción del Espíritu Santo puede «asombrar» a los demás con su sabiduría, pero no es un instrumento que Dios usa para tocar sus corazones para que se conviertan, para que pasen de las tinieblas a la luz, de las manos de Satanás a las manos de Dios.

## **Como obtener la unción del Espíritu**

El día de Pentecostés, cuando la gente vio a los apóstoles llenos del Espíritu Santo, les preguntó qué debían hacer para tener también ellos el Espíritu. Pedro les indicó sintéticamente el camino; les dijo «Conviértanse y bautícense en el nombre de Jesucristo para que sean perdonados sus pecados, y así él les dará el Espíritu Santo» (Hch 2, 38). Antes de ser llenados con la unción del Espíritu Santo primero hay que ser vaciados de todo pecado, de lo que desagrada a Dios en nosotros. Es lo que se llama la conversión. Hay que pasar de las tinieblas a la luz; de las manos de Satanás a las manos de Jesús. Es un proceso lento, es un caminar -como el hijo pródigo- hacia la casa del Padre.

En el libro de Hechos aparece el caso de Simón Mago. Todos creían que se había convertido de la magia a Jesús. Lo veían muy piadoso, siempre junto a Felipe. Cuando Simón vio los signos carismáticos que se daban, cuando los apóstoles imponían las manos a los fieles, quiso comprar con dinero ese poder. En ese momento, Pedro cayó en la cuenta de la falsa conversión de Simón Mago. Le dijo: «Tú tienes un corazón perverso» (Hch 8, 22). Más tarde, en la Historia de Eusebio de Cesarea -uno de los primeros historiadores de la Iglesia-, se cuenta que Simón volvió a la magia. Un día, anunció que iba a volar. Pedro estaba presente.

Hizo la señal de la cruz. Simón se lanzó desde lo alto y murió al estrellarse contra el suelo.

Las falsas conversiones son comunes. La persona cree que se ha convertido porque va con frecuencia a la Iglesia. Pero en el fondo de su corazón no ha habido un corte total con el mal, con las tinieblas. Todavía no ha pasado a las manos de Dios. San Agustín cuenta que cuando no lograba salir de su vida de pecados sexuales, le rogaba a Dios que lo librara de esos pecados. Agustín con sinceridad reconoció que, mientras pedía a Dios ser librado del pecado, escuchaba una vocecita dentro de su corazón que decía: «Pero... todavía no».

Este caso de la vida de san Agustín es un ejemplo clásico de una falsa conversión. La persona que afirma ser cristiana, pero que, como la mujer de Lot, no deja de ver hacia atrás, hacia la Sodoma del pecado. Sin una conversión sincera, nunca habrá una «fuerte efusión del Espíritu Santo. Acentúo lo de «fuerte», porque todo cristiano por su bautismo tiene la unción del Espíritu; pero no todos dejan obrar con poder al Espíritu en su vida. No en todos se manifiesta una «fuerte» unción del Espíritu Santo.

Dice el libro de Proverbios: «El que confiesa sus pecados y se aparta, alcanzará misericordia». (Pr 28, 13). No basta decir: «¡Qué malo que soy!». Hay que «apartarse», romper con el pecado. El Sacramento de la Reconciliación a nosotros nos ayuda en gran manera, porque tenemos que encararnos con un representante de Dios, que nos ayuda a ver nuestra realidad y a no engañarnos a nosotros mismos. El profeta Natán auxilió a David para que descubriera su triste realidad de pecado. David aceptó su culpa. En ese momento, Natán le aseguró en nombre de Dios que había sido perdonado. Cuando Saúl se metió a hacer de sacerdote sin serlo, fue reprendido severamente por el profeta Samuel. Saúl aceptó que había obrado mal. Samuel captó que Saúl no se había arrepentido sinceramente, por eso le dijo que Dios no lo perdonaba.

El Sacramento de la Reconciliación nos ayuda a ver más despacio nuestro pecado, a arrepentirnos y clamar a Dios, y aceptar su perdón, su misericordia. Los primeros Padre de la Iglesia llamaban al Sacramento de la Reconciliación «el segundo bautismo». Porque por medio de la confesión sacramental, realizada con las debidas condiciones, se nos limpia de todo pecado, y se nos renueva la «unción del Espíritu», que estaba obstaculizada en nosotros.

En el Levítico se recuerda que cuando un leproso quedaba sanado, antes de ser admitido en el campamento, se le rociaba con la sangre del sacrificio; luego se le ungía la oreja para que estuviera atento a la Palabra de Dios; las manos, para que se dedicara a servir a los demás; los pies, para que caminara por el sendero recto. Después de confesarnos, quedamos perdonados y se nos renueva la unción del Espíritu. Nuevamente nuestros oídos están abiertos para escuchar la Palabra; nuestras manos están listas para servir a Dios; nuestros pies están prontos para «caminar en el Espíritu».

## **Morir al yo**

Después de pedir perdón por sus pecados, lo primero que David hizo fue suplicarle a Dios: «Crea en mí un corazón puro» (Sal 51). La Biblia reserva el verbo crear sólo para Dios. Crear, en el sentido bíblico, significa «sacar de la nada». Sólo Dios puede sacar algo de la nada. Sólo Dios puede cambiarnos el corazón. Poner dentro de nosotros un «corazón nuevo».

El cambio de corazón es algo doloroso. Nosotros, a veces, cantamos: «Dame un nuevo corazón...». Seguramente no pensamos lo que eso implica. Se necesita una dolorosa operación

del corazón. Primero hay que sacar el corazón corrupto; luego, hay que colocar dentro de nosotros el «nuevo corazón». Es un proceso doloroso. No tiene nada de romántico, como nosotros, tal vez, lo imaginamos cuando cantamos: «Dame un nuevo corazón».

San Pablo expresó exactamente lo que significa la verdadera conversión, el cambio de corazón, cuando escribió: «Estoy crucificado juntamente con Cristo... Ya no vivo yo: es Cristo el que vive en mí» (Ga 2, 20). Estar crucificado indica estar inmovilizado. El que está crucificado ya no puede ir hacia lo mundano. Cuando alguien ya no puede llenarse de lo mundano –lo que va contra lo de Jesús–, entonces comienza a ser llenado por el Espíritu. Recibe una «fuerte» unción del Espíritu Santo. Todos apreciaban que Pablo era un «ungido» por Dios, pues podían apreciar cómo se manifestaba en él el poder de Dios.

Jesús le describió a Pedro en qué iba a consistir su «maduración espiritual». Le dijo: «Cuando eras joven te vestías para ir a donde querías; pero cuando ya seas viejo, extenderás los brazos y otro te vestirá y te llevará a donde no quieras ir» (Jn 21, 18). San Juan anota que Jesús se refería a la clase de muerte de que iba a morir Pedro. Este apóstol murió crucificado. Para Jesús la maduración espiritual se consigue cuando la persona ya extendió sus brazos y, como Pablo, se deja crucificar. Cuando ya se entregó en las manos de Dios. En ese momento, el Espíritu Santo tiene vía libre para llenar al individuo. Cuando el cristiano está crucificado, ha sido vaciado de su yo y llenado del Espíritu Santo. Es un cristiano ungido, preparado para ser un instrumento utilísimo en manos de Dios. Como Pedro. Como Pablo.

**Orar sin cesar**

«Oren sin cesar» (1Ts 5, 17), es la expresión que emplea san Pablo para hacer conciencia de que no podemos en ningún momento desconectarnos de Dios. «Vigilen y oren para no caer en la tentación» (Mt 26, 41) fue la orden que Jesús les dio a sus apóstoles en la noche del Huerto, la noche de las tentaciones. Los apóstoles «durmieron». Cuando despertaron, la tentación los zarandeó. Negaron a su maestro. Jesús, en cambio, veló, permaneció en agónica oración. Cuando llegó lo más rudo de la tentación, Jesús avanzó hacia ella y la derroto. Estaba fortalecido con el poder de Dios.

Es durante la oración que Dios derrama sobre nosotros la unción del Espíritu Santo. Es durante la oración que se nos concede una nueva efusión del Espíritu. Bien decía Jesús: «Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el padre que está en el cielo dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!» (Lc 11, 13).

Al iniciar su Evangelio, san Marcos relata una jornada triunfal de evangelización de Jesús. Predica con poder en la sinagoga y alguien dentro de la asamblea se contorsiona dominado por el maligno. Jesús inmediatamente lo libera. Luego Jesús pasa a la casa de Pedro; allí cura instantáneamente la suegra de Pedro. Se corre la noticia y aquella casa se abarrota de enfermos. El Señor los cura a todos. Después de haber presentado esta jornada tan fructífera de Jesús, Marcos mueve su cámara y nos indica de dónde saca Jesús el poder evangelizador. Nos hace ver cómo comienza Jesús su jornada de evangelización. Se va a un lugar solitario. No quiere que nadie lo estorbe; se hace el perdedizo. Todos lo andan buscando. Al fin lo encuentran. Cuando lo hallan, Jesús se pone de pie y dice: «Vamos a los otros lugares cercanos a anunciar también allí el mensaje, porque para esto he salido» (Mc 1, 38). Jesús en todo momento está lleno del Espíritu Santo. Sin embargo, antes de ir a evangelizar, madruga y se esconde en un lugar solitario para ser llenado del poder de Dios.

Alguien escribió que el violín hay que afinarlo antes de comenzar a tocar la sinfonía, y no cuando ya terminó de interpretarse. La oración prolongada, al iniciar nuestro día, es algo indispensable para poder estar «ungidos» por el Espíritu, para enfrentarnos con las tinieblas que nos circundan y para salir victoriosos en Cristo. Atreverse a ir hacia el duro trajín de cada día sin el poder de Dios es algo muy temerario. Con sólo nuestras fuerzas no podemos triunfar sobre el mal. Mucho menos podremos evangelizar, ayudar a los demás a pasar de las manos de Satanás a las manos de Dios.

Moisés estuvo cuarenta días en ininterrumpida oración en el monte Sinaí. Cuando bajó, venía despidiendo rayos de luz. Los demás no lograban mirarlo a los ojos, tenían que bajar la cabeza. Jesús llevó a tres de sus discípulos al Monte Tabor, para que tuvieran una noche de oración profunda. El resultado fue que vieron lo que nunca habían visto: a Jesús transfigurado. Oyeron como nunca la voz de Dios que les hablaba. Es durante la oración que Dios nos habla, y nos transfigura, nos llena de poder para bajar a la llanura del mundo a enfrentarnos con las tinieblas; ser instrumentos poderosos de Dios, para arrancar de las manos de Satanás a los pecadores y pasarlos a las manos de Dios.

Durante la oración prolongada se repite en nosotros la lucha de Jacob con el ángel de Dios. En la soledad de la oración nocturna, Jacob quería arrancarle a Dios su bendición para el momento crítico que le tocaba vivir. Quería hacer las cosas a su manera. El ángel tuvo que golpearlo duramente: lo dejó inmobilizado. Ahora, ya lo podía bendecir y cambiarle de nombre. Como Jacob, queremos las cosas a nuestra manera. Queremos vencer a Dios en la oración. ¡Tontería! A Dios sólo lo vencemos cuando somos vencidos por él. En la oración se da un «gana pierde». Ganamos cuando perdemos: cuando Dios logra vencernos. Entonces nos puede bendecir, nos puede cambiar de nombre. Nos llena de su Espíritu. Nos regala el poder de la unción.

Es durante la oración que el Señor «renueva» nuestro aceite que se había puesto rancio o que se había terminado. La unción que teníamos ayer ya no nos sirve para el día de hoy. Esa fue la gran equivocación de las vírgenes necias de la parábola. Se durmieron y no llevaron aceite de repuesto. Cuando se despertaron, ya no brillaba su lámpara. Se quedaron sin poder participar en la fiesta. No llevaban su lámpara encendida.

Durante la oración, el Señor nos va renovando el aceite de nuestra lámpara. Con qué facilidad se nos termina el aceite, se nos corrompe -lo corrompemos-. El día de ayer estábamos llenos del poder de Dios: todos lo notaban. El día de hoy, nos damos cuenta de que no es lo mismo que ayer. Nos sentimos áridos. El motivo es nuestra debilidad: con facilidad nos dejamos invadir por las cosas del mundo: descuidamos la oración, nos llenamos de resentimiento, de amargura. Todo esto, por así decirlo, hace que se evapore nuestra unción. Que nos quede muy poco aceite. Las vírgenes prudentes de la parábola, habían llevado frascos con aceite de repuesto. Apenas vieron que la luz de sus lámparas disminuía, renovaron el aceite. Continuamente tenemos que estar renovando nuestra unción por medio de la oración, la meditación de la Palabra, la purificación del sacrificio. La luz de nuestra lámpara volverá a brillar por la misericordia de Dios.

## **Perdida de la unción**

San Pablo escribió: «No apaguen el Espíritu» (1Ts 5, 19). Pablo presenta al Espíritu como fuego que iluminaba, que trae gozo; fuego poderoso para arrasar con lo malo. La Biblia, en varias oportunidades, simboliza a Dios por medio del fuego. Desde una zarza ardiendo, Dios le habla a Moisés.

En su carta a los Efesios, Pablo señala algunas actitudes negativas que pueden apagar en nosotros el fuego del Espíritu: resentimientos, amarguras, mentiras, malas palabras, robos, murmuración, autocompasión (vea Ef 4, 25-31). Nuestro corazón es como un cántaro: si hay alguna rajadura, no logra retener el agua. Gota a gota se va vaciando el cántaro. Los resentimientos, la amargura, la autocompasión, la murmuración, las mentiras, las malas palabras, los robos, son como rajaduras: a través de ellas se va saliendo el aceite del Espíritu. Se apaga en nosotros el fuego del Espíritu.

El mismo Pablo apunta: «No le den lugar al diablo» (Ef 4, 27). El maligno se aprovecha de nuestras debilidades para desestabilizarnos. Nos llena de miedos, de temores, de desconfianza. Nos confunde. Cuando nos damos cuenta, nuestra unción se ha escapado por las rajaduras de nuestro corazón que no fueron reparadas a tiempo.

Cuando Saúl fue ungido por el profeta Samuel, la Biblia lo muestra lleno de gozo, profetizando. Con el tiempo, Saúl dejó que lo invadieran el resentimiento, la envidia hacia David. Se volvió un neurótico. La Biblia señala que un mal espíritu lo dominaba. Antes, Saúl estaba controlado por el Espíritu Santo. Ahora, el espíritu del mal lo manipulaba. Saúl le había dado lugar al diablo en su corazón por medio del resentimiento y la envidia. Había perdido totalmente la unción que el Señor le había regalado.

En el libro del Apocalipsis, se habla de los «nicolaítas», una de las primeras sectas que aparecieron en la Iglesia. Los de esta secta buscaban contemporizar con las costumbres paganas, y, al mismo tiempo, seguir siendo cristianos. Según los investigadores, esta secta fue fundada por un tal Nicolás, uno de los siete diáconos que al principio de la Iglesia fue elegido como servidor porque todos notaban que estaba lleno del Espíritu Santo. Nicolás perdió su unción y se convirtió en el fundador de la secta de los «nicolaítas».

A Sansón se le concedió la plenitud del Espíritu Santo. Su consagración la exhibía Sansón por medio de su larga cabellera. Era signo de su consagración a Dios. El Señor le había concedido una fuerza excepcional para defender al pueblo de Israel. Sansón comenzó a emplear su carisma en beneficio propio. Se enredó con varias mujeres. Una de ellas, Dalila, logró cortarle la cabellera y lo redujo a la impotencia. Sansón perdió su fuerza excepcional: sus enemigos lograron reducirlo a la servidumbre. Le sacaron los ojos y lo convirtieron en un títere. Sansón se había quedado sin la unción que el Señor le había proporcionado.

Con frecuencia se pone de relieve el pecado de Sansón, la pérdida de su unción, y se deja en la penumbra su conversión, la renovación de su unción. Los enemigos habían reducido a Sansón a un vil esclavo. En medio de la soledad, del sufrimiento, le comenzó a crecer nuevamente la cabellera, señal de que se había arrepentido y que Dios le devolvía su consagración. Sansón murió heroicamente derribando el edificio en donde se encontraban los cabecillas del ejército enemigo. La misericordia de Dios es infinita. Dios siempre está dispuesto a devolvernos nuestra consagración -la unción-, cuando nos arrepentimos y pedimos perdón.

## **La doble porción**

Cuando el profeta Elías fue a llamar a Eliseo para que se dedicara a la profesión de profeta de Dios, lo encontró arando. La familia de Eliseo poseía doce yuntas de bueyes. Una persona muy acaudalada en esa época, sólo tenía seis yuntas de bueyes. La familia de Eliseo era riquísima. Eliseo, antes de seguir al profeta Elías, mató dos yuntas de bueyes y con el arado hizo una

hoguera. La comida la repartió entre los del pueblo. Luego emprendió el viaje. De esta forma la Biblia está poniendo de realce el «desprendimiento» de Eliseo para seguir la vocación a la que Dios lo llamaba: Eliseo renuncia a sus muchas riquezas para convertirse en un profeta de Dios.

Este primer paso de Eliseo es muy importante. Con el desprendimiento, Eliseo se estaba preparando para que Dios lo llenara de su Santo Espíritu. Un día, Elías le comunica a Eliseo que tendrán que separarse: será llevado por Dios. Elías le dice a Eliseo que le pida algo. Eliseo con sencillez dice: «Quiero una doble porción de tu espíritu». «No es poco lo que pides» (2R 2, 8-13), –le responde Eliseo–, y le promete que si lo logra ver en el momento que sea llevado, obtendrá lo que desea. Eliseo no deja de estar siempre pendiente de su maestro. Lo sigue a todos lados. Cuando Elías es llevado al cielo en un carro de fuego, Eliseo lo logra ver y recoge el manto que deja caer el profeta Elías. Eliseo se pone el manto que le ha dejado Elías. En la vida de Eliseo aparecen el doble de milagros que en la vida de Elías. Se le había concedido su deseo de tener una doble porción del espíritu de Elías.

En este pasaje bíblico se destaca la preparación de Eliseo para tener una fortísima efusión del Espíritu Santo. Comenzó por desprenderse de sus riquezas para seguir la vocación que Dios le proponía. El desprendimiento de lo que nos domina materialmente es indispensable para ser llenados por Dios. Cuando Jesús envió a sus primeros evangelizadores, les decía: «No lleven bolsa, ni alforja, ni calzado...» (Lc 10, 4). Jesús quería acentuar que no debían poner su fuerza en lo material, sino en el poder de Dios. El apego a lo material nos impide estar con libertad al servicio de Dios. El vaciamiento es un primer paso para ser llenados del Espíritu Santo. Para recibir una fuerte unción del Espíritu.

La actitud de Eliseo de estar siempre pendiente de los labios de su maestro señala la actitud del verdadero discípulo de Jesús. Debe estar constantemente sentado a sus pies escuchando sus

instrucciones. Jesús especificó cuál era el camino para tener una fuerte «unción del Espíritu Santo»; dijo Jesús: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba; del interior del que cree en mí brotarán ríos de agua viva» (Jn 7, 37-39). San Juan, en su evangelio, hace su comentario personal, y afirma que el Señor se refería al Espíritu Santo que iban a recibir los que creyeran en Jesús.

«Tener sed», indica el ansia de las cosas de Dios. De lo santo. De lo puro. Para ser llenos del Espíritu Santo, hay que tener gula de las cosas de Dios, y estar en ayunas de las cosas del mundo.

«Venga y beba», esta expresión define la actitud de fe del que se acerca a buscar con ansia a Jesús. Da pasos de fe hacia él. Se apropia sus palabras, sus promesas: se las bebe. Cuando esto sucede, los ríos de agua viva del Espíritu Santo -la fuerte unción de Dios- comienza a ser realidad en la vida del individuo.

En el libro de Hechos se describe un momento crítico de persecución de la iglesia primitiva. Un grupo de personas se reunieron en una casa y pidieron «signos y milagros» para que la gente creyera en Jesús. El texto bíblico cuenta que se vino un fuerte terremoto. Los orantes no se asustaron; vieron en el terremoto un signo del derramamiento del Espíritu Santo en la comunidad (Hch 4, 29). La oración en comunidad es una ocasión privilegiada para pedir nuevas efusiones del Espíritu Santo. Fue en una comunidad, en Jerusalén, en donde se derramó por primera vez el Espíritu Santo, en Pentecostés. El libro de Hechos describe esa primera comunidad en donde estaban los apóstoles –la jerarquía–, los discípulos y la Madre de Jesús; apunta el texto: «Perseveraban unánimes en la oración» (Hch 1, 14). Donde una comunidad de amor, persevera en la oración, en compañía de la Virgen María, allí se derrama en abundancia el Espíritu Santo como en Pentecostés. Es en la comunidad de oración, de amor, de fe en donde debemos buscar con frecuencia «nuevas efusiones» del Espíritu Santo, que renueven la luz de nuestra lámpara, a veces languideciente, y en donde «el poder de lo Alto»

descienda sobre cada uno para poder servir a Jesús como efectivos evangelizadores con la unción del Espíritu Santo.